
Dessire
JULIANA ZAVALA

Dessiré

Juliana Zavala

Derechos de autor © 2025, Juliana Zavala Soto
Todos los derechos reservados.
Impreso en los Estados Unidos.
ISBN: 978-607-29-4730-6

Dedicada para todos aquellos
que sueñan en grande… y a todas
las personas que creen en ellos.

Capítulo 1

—¡Esto es el cielo! —solté en medio de un gemido desplomando mi cuerpo desnudo entre las blancas sábanas.

Cerré mis ojos un par de segundos esperando a que mi ritmo cardíaco se estabilizara un poco. Me giré hacia la izquierda y al abrirlos, los ojos verdes de Aarón me miraban con dulzura.

—Eres maravillosa, Dessiré —pronunció con apenas un hilo de voz como si fuera el último aliento de energía que le quedaba a su cuerpo—. Por favor, dame una oportunidad. Te prometo que no te arrepentirás, ¿cuándo será el día que me digas que sí? —se atrevió a preguntar.

Se llevó mi mano hasta sus labios y le dio un tierno beso que casi me provocó nauseas.

«*¿Otra vez con lo mismo?*» pensé y casi puedo asegurar que me vio rodar los ojos.

Le tomé de la cara con ambas manos, más para soltarme de las suyas que para plantarle el sexy beso que le di mordiéndole el labio inferior.

Me paré de la cama, fui hasta el tocador del baño sin voltear y dejé entreabierta la puerta para que mi amigo observara desde su sitio. Lavé mi cuerpo y volví a ponerme mi entallado vestido rojo. Guardé mi teléfono móvil en mi bolso y cuando volví la mirada al espejo para maquillar mis labios de rojo carmesí, Aarón estaba tras de mí.

—¿Te he dicho que eres la mujer más hermosa del mundo? —dijo desde el umbral de la puerta del cuarto de baño.

—Vamos… no te pongas romántico, Aarón, mejor ayúdame —le pedí pegando mi trasero a su entrepierna.

Con cautela subió la cremallera de la tela y me dio un beso en la parte de atrás de mi cuello.

—¿Quedamos para cenar esta noche? —preguntó inhalando el olor a *Chanel* de mi cabello.

—Sabes, tengo algunos compromisos hoy. ¿Te parece si lo dejamos para otra ocasión? —me disculpé dándole otro sexy beso en sus labios.

Antes siquiera de dejarlo decir palabra me encaminé a la puerta de salida y la cerré tras de mí. Apresuré el paso antes de que se le ocurriera salir para despedirme.

Me subí a mi *Mercedes* deportivo blanco y le pedí al asistente de mi móvil:

—"Llama a Valebitch".

El teléfono sonó una sola vez y la voz de mi amiga llenó mi coche por los altavoces.

—¡Amiga! ¿Dónde te metiste? Te he estado llamando…

Me encendí un cigarrillo en los labios y bajé la ventanilla para que se fuera el humo.

—¿Aló? ¿Ágatha Dessiré?, ¿estás ahí? —volvió a preguntar al no tener respuesta de mí.

—Sí, Valentina, aquí estoy, y por favor deja de llamarme Ágatha, me haces parecer la bruja de los cuentos —solté poniendo los ojos en blanco.

—¿Y no lo eres?

Moví mi cabeza de un lado a otro como quien meditara la respuesta.

—Tienes razón. ¿Qué pasa? ¿Por qué tanto alboroto?

—¿Estabas con Aarón?

—Sí, ¿por? —afirmé doblando en la esquina a la calle de mi apartamento.

Valentina soltó unas risillas.

—Creo que te estás enamorando de él —afirmó a bocajarro sin venir a cuento.

Resoplé.

—¿Te volviste loca?

Y entonces ambas nos echamos a reír.

—Agawitch, hoy habrá una fiesta en casa de Milton, que era capitán de soccer en la preparatoria. Irá toda la gente más popular en el colegio, ya sabes… ¿Vamos? —me informó entusiasmada.

—¿Milton?

—¿No lo recuerdas? El que estaba obsesionado contigo hace años y le dijiste que ni en sueños —me siguió soltando datos para que recordara al chico.

Aún sin que la imagen del susodicho se dignara a aparecerse por mi mente, le mentí a mi amiga diciendo:

—Oh, creo que ya lo recuerdo… pero a decir verdad no quisiera ir… estoy un poco cansada, ya sabes… hoy estuvo… pesado mi día —sonreí, recordando la tarde de placer que tuve con mi amigo—. Aparte, qué flojera me da volver a ver a gente de ese lugar —confesé estacionando mi coche en mi sitio reservado.

—Anda, será divertido volver a ver a nuestros ex compa-ñeros —insistió—. Acompáñame, prometo que no te decepcionarás. *Please, baby* —rogó como niña pequeña queriéndose salir con la suya.

Solté un profundo suspiro. Me rendí.

—¿A qué hora es?

—10:30 de la noche, ¿pasas por mí? —me propuso con ilusión y casi pudiera jurar que la ví sonreír de oreja a oreja.

Le di la última calada a mi cigarrillo antes de apagarlo en el cenicero del basurero al entrar a mi edificio.

—Okay, te veo ahí.

Tres horas más tarde, con unos vaqueros oscuros de mezclilla, un top color burdeos anudado por encima de mi ombligo, unas zapatillas altas, mi cabello lacio y suelto, maquillaje casual, mi cazadora negra de piel y mi perfume favorito fueron suficientes para aquella noche.

Volví a subir a mi auto con rapidez para esquivar el viento de invierno en febrero y paré afuera de la casa de Valentina. Justo estaba por marcarle a su teléfono cuando ella salió disparada como un rayo a mi encuentro, como si hubiese estado toda la vida esperando por este momento.

—¿Qué tal me veo? ¿Se me ve bien así el cabello? ¿Me dejo estos zapatos o me pongo los negros? —me llovieron preguntas sin

dejarme siquiera pronunciar palabra—. ¿Traes tu labial, el que me encanta? Di que sí y préstamelo.

Solo sonreí y cuando Valentina dejó de hablar fue que le respondí:

—¡Preciosa! ¡Excelente! Esos zapatos lucen genial… Sí, el *lipstick* está en mi bolso.

La miré de fijo:

—¿Pasa algo, Vale? Te veo muy nerviosa.

—Estoy hecha un manojo de nervios, ¿sabes? En esa fiesta estará Mario.

—¿Mario? Valentina, ¿cuándo será el día que te animes a hablarle? Tienes como cinco años tras de él…

—Dessi, es que es muy guapo y popular… me da… miedo… ya sabes…

—¿Miedo?

—¡De que no le guste yo! ¡Por Dios! —soltó como si la sola idea de ser rechazada por el popular le costara decirlo en voz alta.

—¡¿Qué dices?! ¡Estás loca! ¿Cómo no le vas a gustar si eres hermosa! No puede ser que todos lo vean menos tú —la regañé hasta el borde de la molestia—. Si él está esta noche, prepárate, porque de mi cuenta corre que no nos vayamos de ahí sin que pase algo con él —acerté al decir, luego de apartar un mechón de su dorado cabello que le caía al rostro.

—¡Por eso te amo! —exclamó dándome un beso en la mejilla y luego aplaudió nerviosa.

Llegamos a la gran casa. Había luces de colores iluminando a la gente dispersa por todo el porche; la música estaba a todo volumen, el DJ hacía sonar un mix de los más recientes éxitos y los meseros servían bocadillos. Los presentes bebían copas y cervezas como si no hubiera mañana, comían y hasta los más aventureros aprovecharon para jugar dentro de la piscina, importándoles poco el frío.

—¡Dichosos mis ojos que pueden deleitarse con la presencia de la más hermosa de las mujeres! —escuché frente a mí y quité la vista de mi derredor para mirar que el que hablaba era… ¿Milton?

—Ese es Milton —me confirmó al oido Valentina.

Me limité a sonreír de mala gana. Aún no tenía ni dos minutos en esa fiesta y ya empezaba a fastidiarme.

—Dessi, ¡ahí está Mario! —me informó de pronto Valentina con un dejo de terror en su voz.

Sin pensármelo de nada caminé hacia donde estaba el chico.

—Dessiré, ¿qué haces? —escuché a Valentina decirme en un grito susurrado.

—¿Mario? —pregunté tocándole el hombro por detrás.

Volteó. ¡Realmente era guapo! Nunca antes le había prestado atención: medía alrededor de 1.90 metros de estatura, tenía un cuerpo atlético, los ojos castaños y una piel blanquísima. Me sonrió.

—Hola, guapa, ¡tanto tiempo sin vernos! —coqueteó levantando una ceja.

Rodé los ojos. «*Espero que valgas la pena para Vale*» pensé.

—¿Qué haces aquí tan solo? —sarcásticamente le pregunté luego de apartarlo de su grupo de amigos y llevármelo del brazo hasta donde Vale.

Soltó una risilla dejándose arrastrar por mí.

—Mira, esta hermosa mujer de aquí es mi amiga Valentina. ¿No crees que es una belleza?

Mario sonrió mirándole con ternura el rostro cubierto de un rubor rojizo que se le subía por el cuello y se le quedaba en las mejillas.

—Es muy hermosa —afirmó fijando sus ojos castaños sobre los verdes de mi amiga.

—A ella le encanta el fútbol americano —mentí para ayudarla.

—¿Qué? ¿En serio? ¿De qué equipo eres? —preguntó intrigado a Valentina.

—Bueno, la verdad es que no sé mucho de eso… —desmintió apenada—, pero me encantaría aprender.

Sonreí al verla así, con ese rubor inocente en sus mejillas, la hacía parecer una niña pequeña metida en problemas, ¡era encantador!

Me alejé un poco para dejarles seguir con su preromance, pero mantuve la mirada en Valentina. Era lindo verla con esos ojitos de

borrego enamorado.

Suspiré y no pude evitar preguntarme: ¿algún día me pasará a mí? Luego sacudí mi cabeza dejando ir el pensamiento.

—Ojalá que no —me atreví a responderme en voz alta.

Capítulo 2

Sentada en un gran sofá rojo, me tomaba un vodka en las rocas, a la vez que mi mente fantaseaba con la idea de estar tirada sobre la blanca arena de alguna isla paradisíaca y sentir los rayos del sol besándome la piel… hasta que una voz molesta irrumpió en el encanto de mis pensamientos. No sé cuánto tiempo llevaba Milton a mi lado, hablándome de algo, pero desde los dos minutos que comenzó dejé de prestarle atención.

—Entonces le dije: ella es la mujer más hermosa del mundo, obvio refiriéndome a ti, pero, o sea, no creas que me tienes enamorado —soltó antes de ponerse color de hormiga—. Solo que digo la verdad: ¡eres hermosa! Aunque bueno, Dessi, ¿te puedo llamar Dessi? Y es que… ¡wow!, se me hace un privilegio platicar contigo esta noche. Gracias por venir a mi fiesta, no creí que vinieras. Siempre he pensado que una chica como tú solo va a eventos exclusivos y cosas de esas.

Volteé a ver al chico con atención. Él seguía mirándome con esos grandes y muy abiertos ojos azules. Realmente era guapo, pero ¡la boca no le paraba!

—Halagas mucho para ser popular —le interrumpí.

Su mirada cambió a desconcierto.

—*Anyway.* ¿Sabes a dónde se fue Valentina?

Negó con la cabeza.

Me paré del sillón fingiendo una llamada.

—¡Aquí te voy a esperar, Dessi! —escuché que alzó la voz pero yo ya iba saliendo de la casa.

Me detuve en el pórtico, buscando a Valentina con la mirada. Justo estaba por encender un cigarrillo cuando escuché un alboroto y, del otro lado de la acera un auto deportivo negro se estacionó al lado del mío. Casi todas las chicas de la fiesta corrieron para ver a quién bajaba de él.

Con unos vaqueros de mezclilla, una playera blanca, botas estilo militar y una chamarra negra de cuero, se bajó del *Audi* un hombre alto y guapo, muy, muy guapo. Lo observé un par de segundos, el frio viento le ondeaba el cabello dorado.

Volví a llevar el cigarrillo a mis labios para quitar mi atención de él. Se dirigía a la fiesta y todas esas "niñas" porque eso es lo que parecían, se secreteaban y suspiraban por él.

—Escuché que es mayor, tiene como veintiséis, y estudia en nuestro colegio, en alguna maestría yo creo, porque no lo he visto en la escuela. He escuchado que es inalcanzable, pero ¡míralo!, ¡está como quiere! ¡Yo sí le daría todo! —murmuraba una rubia y menuda chica mordiéndose el labio—. ¡Hazme un hijo! —completó, a manera de secreto sobre el oído de su amiga, aunque yo, estando a dos metros de ellas podía escucharlas. El acto me pareció tan patético que casi me dio náuseas.

Él caminó hasta la casa sin voltear siquiera a ver a nadie, «*¡que odioso!*» pensé. De pronto, como si me hubiese escuchado, volteó hacia a mí. No sonrió, ni yo a él. Me limité a sostenerle la mirada. Cuando entró a la casa, como gallinas detrás del maíz, entraron también todas las otras chicas. Ese acto ridículo hasta me hizo sonreír de mala gana. Con mis manos frías tomé mi teléfono.

Valentina:
Veo que no te hizo mucha falta mi ayuda.
¿Dónde estás? Estoy a punto de dejarte aquí.
De: Dessiré. 23:22 horas. Febrero 24, 2018

Amiga, estoy con Mario.
Solo estamos dando un paseo y hablando.
¡Es tan lindo! <3
Te mando un beso. ¿Hablamos mañana?
De: Vale. 23:24 horas. Febrero 24, 2018

Rodé los ojos.

Dale, pórtate bien. Si necesitas algo, cualquier cosa,
o si ese wey no quiere llevarte a tu casa, avísame…
Que me regreso por ti, eh.
De: Dessiré. 23:25 horas. Febrero 24, 2018

Di al enviar y guardé el teléfono en los bolsillos de mi cazadora.

Caminé por el sendero de la calle observando mis pies chocar con las hojas naranjas que el otoño e invierno habían dejado a su paso. Las luces de los faroles me acompañaban y el sonido de la fiesta se hacía un poco más lejano. Yo continué hasta mi auto tratando de esquivar el viento con las manos metidas en los bolsillos.

—¿¡QUÉ?! ¡Lo que faltaba! —exclamé observando la llanta pinchada de mi auto —¡Maldición! ¿Por qué justo ahora? —luego, furiosa, le di una patada a la misma.

Abrí la cajuela para sacar la refacción y las herramientas. Me apoyé en el deportivo negro para poner en el suelo la llanta.

—¡HEY! —gritó alguien —¿Podrías no recargarte en mi auto? *Please*, me vas a dañar la pintura.

Volteé con asombro y vi al mismo tipo rubio de hace un rato, parado atrás de mí con la mano en la cintura.

Me quité de mala gana sin decirle nada, con la mirada fija en él. Me recosté en el suelo para meter el hidráulico bajo mi auto.

—¿Qué? ¿Es en serio? ¿Tú vas a cambiar la llanta? —soltó tan divertido como le fue posible, y se llevó las manos para taparse la boca, como si fuese algo tan increíble—. ¿Quieres que te ayude, nena?

—No —respondí a bocajarro.

Se acercó un poco más a mí y sacó un cigarrillo de su cazadora, se lo llevó a sus labios pero no lo encendió.

—Nunca había visto a una niña sexy cambiar una llanta, digo, eso es para señores gordos y feos —dijo con una sonrisa de lado sobre sus labios—. ¿Puedo grabar un video y volverte viral en internet?

En silencio le levanté mi dedo medio.

—¡Qué carácter! —continuó soltando unas risas—. ¡Lo que tienes de guapa lo tienes de amargada!

Estaba que me colmaba la paciencia.

Me levanté del suelo y me acerqué mucho a él.

—Muy bien, te tomo la palabra, cámbiala tú —le tendí mi mano entregándole la herramienta.

Se me quedó viendo muy de cerca, vi sus ojos castaños, su blanca piel, su cabello dorado perfectamente acomodado y su perfume entrando por mis sentidos. Dio un paso más cerca de mí y luego dijo:

—¡Claro! ¿Y manchar mi playera blanca? No lo creo. No estaba en mis planes cambiar llantas esta noche, lo siento, nena, ¿por qué no llamas a la aseguradora?

—Porque tardarán y ya me quiero ir de este lugar —aseguré dando unos pasos de vuelta al coche.

—¿Y por qué te vas? ¿Una fiesta no digna de una princesa? —preguntó con una estúpida sonrisa en los labios.

Volví a rodar los ojos.

—Si no vas a ayudar, no me estorbes. Fuera de aquí y déjame cambiar mi llanta —vociferé un tanto molesta volviendo a poner mi cuerpo sobre el asfalto.

—Nadie te está deteniendo las manos —se atrevió a decir.

—Entonces hazme el favor de irte de aquí —levanté un poco más la voz con un dejo de rabia.

—No estoy aquí por ti, estoy cuidando mi auto, ya sabes, de los raspones… no sé.

«¡Qué patético!»

Decidí ignorarlo por completo y continué el cambio de mi llanta, pero ese imbécil me seguía observando divertido… y como si no fuera suficiente, se sentó a un metro de mí al filo de la banqueta, sacó su teléfono y se puso a apuntarme con él como si fuese la cosa más divertida del mundo.

—Creí que era un mito, pero existe, señores: ¡la Mujer Maravilla existe! Sin ayuda de nadie, cambió esa llanta y miren, ¡qué chulada de mujer! —soltó un chiflido—. ¡Hola, Mujer Maravilla! Saluda a la cámara, que estás en vivo.

Volví a sacar mi dedo medio para él y toda su audiencia.

Se rió con ganas.

Cuando por fin terminé de cambiarla, guardé mis herramientas y la llanta dañada, me subí a mi auto pero cuando estaba por arrancar sonó mi teléfono.

Dessi, ¿sigues en la fiesta?
Oye si es así, llego en 15 minutos para irnos juntas.
De: Vale. 23:50 horas. Febrero 24, 2018

Okay.
De: Dessiré. 23:50 horas. Febrero 24, 2018

Apagué el motor para esperarla cuando unos nudillos tocaron la ventanilla de mi auto. Resoplé con fastidio pero bajé el vidrio.

—¿Y así sin más te vas, sin decirme tu nombre o algo?—expresó colocando su cuerpo sobre mi ventanilla.

La luz de las farolas de la calle aclaraban sus ojos aún más a tan poca distancia de mí.

—¿Para qué quieres saber? —solté con fastidio.

—La gente que te vio en vivo quiere saber tu nombre y además, ¿cómo te volveré a encontrar si no lo sé?

—No te será tan fácil descubrirlo, tengo un nombre poco común…

—Dímelo —me ordenó.

—No —susurré cerquita de su cara.

—¡DESSIRÉ! —alguien gritó mientras corría hacia mi auto—. No te vayas —era Milton—. Estamos por jugar botella, ¡ven!

Le di un golpe a mi volante, «*¡maldición!*»

—Dessiré —repitió saboreando mi nombre—. Con que tú eres la famosa Dessiré. Que nombre tan sexy —completó mordiéndose el labio inferior.

—Bien, ya lo descubriste… —reconocí sarcástica.

—¿No quieres saber cómo me llamo yo?

—*I don't mind.*

—Yo soy Salvador. Tu Salvador —declaró apartando un mechón de mi castaño cabello que caía desaliñado sobre mi cara.

Quité rápidamente su mano de mí.

—¿Mi salvador? —repetí irónica—. ¿Según quién?, Ah, y no pierdas tu tiempo, tus trucos baratos de seducción no funcionan conmigo, campeón —admití sacando su mano que aún estaba dentro de mi auto.

—Vamos a jugar botella un rato, baja del auto Dessi —imploró Milton en un acto casi ridículo.

—Mi nombre es Dessiré —lo corregí—. ¿Botella? De ninguna manera.

—¿Por qué? —se desinfló la ilusión del chico de los ojos azules.

—Demasiado tonto…

—Es que de seguro no sabe besar —se atrevió a soltar ese tal Salvador, sin apartar su cuerpo de mi auto—; ya sabes lo que dicen, una niña bonita algún defecto tendrá que tener…

Solté una risa cargada de irritación.

—No te voy a besar, si a eso es lo que quieres llegar —le afirmé.

—Oh, no, no mal entiendas, no estoy interesado en tus besos, créeme.

—Yo sí —interrumpió Milton.

Los dos nos quedamos en silencio, pero aún era demasiado temprano para saber que el juego entre nosotros ya había comenzado.

—Te reto. Un juego, solo uno y te vas —remarcó Salvador.

Me bajé del auto decidida y entré de nuevo a la casa. Ya todos esperaban sentados en círculo sobre el piso. Tomé la botella y la hice girar. Cayó de cola a una chica y se escuchó una voz que propuso: "que se den un beso". Me acerqué para besarla y se quitó, luego se excusó diciendo que su religión no le permitía besarse con personas de su mismo sexo. Entonces una voz detrás de mí exclamó en voz alta:

—Yo tomo su lugar. Bésame a mí.

Todos volteamos, estaba Salvador parado a la distancia con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. Decidida me acerqué a él, enterré mis dedos en el cabello de su nuca, cerró los

ojos y sonrió de manera triunfante y, justo cuando mis labios estaban a un centímetro de su boca, dije:

—No lo creo, no estaba en mis planes besarte esta noche.

Me di media vuelta y, en medio de un coro de bulla por parte de todos, salí hacia la calle. Vi el cabello rubio de Valentina esperándome fuera de mi auto. Subimos y pisé el acelerador hasta salir de ahí.

Capítulo 3

Esperaba sentada frente al escritorio de Arturo recorriendo su oficina con la mirada. «*¿Por qué tarda tanto?*» pensé. Me acomodé la minifalda y me pasé la mano por el cabello para alisarlo.

—Lo siento, tuve que atender una llamada urgente —se disculpó mi profesor.

No le respondí.

—Señorita Fontana, no puede estar haciendo eso —soltó de pronto reprendiéndome.

—¿Hacer qué? —lo reté inclinándome a él, desabrochando el primer botón de mi blusa.

—¡Esto! Provocarme en clase —exclamó nervioso.

Solté una risa.

—Provocando en clase… —saboreé mordiéndome sutilmente mi labio inferior.

—¿A poco crees que no me he dado cuenta de cómo me miras? Cómo muerdes tus labios cuando te pregunto algo, cómo juegas con tu cabello, cómo te quedas después de clases para estar a solas conmigo, cómo…

—¿Y tienes miedo? —lo reté de frente mirándole a los ojos.

—¿Miedo?

Asentí en silencio.

—¿Miedo a qué? —preguntó mi profesor soltando una risa nerviosa.

—A que te guste cómo te lo haga, profesor —pronuncié en apenas un susurro sin quitar mi vista de sus ojos grises.

Los colores se le subieron al rostro y se le quedaron en las mejillas tiñéndolas de sonrosado.

—¿De qué estás hablando? —articuló luego de carraspear como si le acabara de venir la voz. Se acomodó nerviosamente en su asiento aflojándose el nudo de su corbata.

—De sexo, profesor.

Me miró en silencio lo que me pareció una eternidad, pero en sus ojos se reflejaba ardiendo el deseo por mí. Se mordió el labio inferior con un poco de fuerza que hasta pensé que iba a hacerse daño, pero luego desvió su mirar a mis labios.

Incliné aún más mi cuerpo hacia él y le susurré:

—¿A poco no me deseas?

—Cada jodido segundo del tiempo —me confirmó con la mirada bien puesta sobre mí.

Fue cuestión de dos segundos y ya tenía sus labios en los míos dándome un largo y delicioso beso. Sentí su lengua acariciarme la mía. Le metí mis dedos entre su oscuro cabello y los abracé a su nuca respondiéndole apasionadamente.

Afuera de la oficina se escuchaban pasos de la gente en el pasillo y la puerta estaba ligeramente abierta; era cuestión de un empujón para dejar al descubierto nuestra pasión.

Arturo pasó su mano por debajo de mi falda, y con su otra mano me tomaba de la cintura con fuerza. Yo eché mi cabeza hacia atrás para darle un mejor espacio a sus besos en mi cuello.

Me puso contra la pared y yo desabotoné su camisa, pero en un movimiento rápido me tomó del trasero y me subió al escritorio. «*¡Oh por Dios! Esto es tan cliché*», pensé, pero había sido mi fantasía desde hacía tiempo.

Abrí más mis piernas dándole paso a su cuerpo en medio de mí y con lujuria desbordada tiró de mi camisa liberando mis pechos que conocieron el sabor de su boca. Gemí despacio y llevé mi cabeza hacia atrás de tanto placer. Arturo fue bajando sus besos por mi abdomen y se metió debajo de mi falda, con sus suaves dedos movió mi tanga para saborear mi sexo. Pasó su lengua por toda el área, la metió e hizo unos movimiento que me supieron a gloria, que casi me hacen alcanzar la cima del éxtasis. Lo separé de mí, y en un intento desesperado abrí su pantalón. Estaba grande y firme, y acaricié su miembro con mis manos. Se me pegó más y lo ayudé a entrar a mi cuerpo para sentir su erección dentro de mí.

De frente tenía un gran ventanal que solo lo cubrían persianas blancas, entre el espacio pequeño que se formaba entre una hoja y

otra podía ver a la secretaria y a otras personas andando, pero al parecer nadie sospechaba siquiera lo que ocurría dentro.

Arturo tomó mis piernas con ambas manos poseyéndome por completo. Pasé mi lengua por el lóbulo de su oreja, y le gemí suavecito solo para él. El vaivén de su cuerpo contra el mío llenaba todos mis sentidos. Así lo soñé ver desde el momento que lo conocí: rendido ante mí.

Exploté de placer y él seguido de mí. Un tanto exhausto se apartó, se subió los pantalones y se recompuso la camisa. Yo acomodé mi falda y mi blusa. Me reincorporé en el lugar que estaba en un inicio y saqué de mi bolso de mano mi polvo compacto y el labial, retoqué en silencio mi maquillaje. Saqué también un cigarrillo y me lo llevé a los labios pero cuando buscaba el encendedor, Arturo se atrevió a decir:

—Señorita, no se puede fumar dentro de la institución.

Lo miré desconcertada, se me escapó una risa sarcástica, pero lo regresé a su cajetilla.

Me devolvió la sonrisa.

—No se puede fumar, pero sí se puede cog…

—Shh, ven, te propongo algo —me interrumpió—. Te saltas la clase y yo diré que se me presentó un inconveniente; de todos modos solo estamos viendo repaso final del tema. Solo queda una semana antes del examen. Te veo donde tú quieras para almorzar y salimos a dar un paseo. Te invito.

—Lo siento, tengo clase en 10 minutos —reconocí.

—Claro, ¡la clase es conmigo!

—Sí, lo sé, pero a mí me encanta tomar álgebra integral contigo.

Resopló

—¿Qué me dices saliendo? Te invito al cine, a comer…, lo que quieras. Es más, esta noche tengo una reunión con unos amigos, ¿quieres acompañarme? —me propuso con una lindísima sonrisa mostrando sus blancos y perfectos dientes.

—¡Ay, profe! —le respondí abrumada levantando las manos para dejar en claro los roles—. Nuestra relación solo es profesor y alumna.

—Realmente me gustas mucho —confesó a bocajarro—. Más de lo que te imaginas. Me interesas, Dessiré, desde el primer día que te vi.

—¿Y crees que sea ético que comiences a salir con tu alumna? —observé divertida—. No creo que dirección lo vea correcto…

—Faltan 20 días para que dejes de ser mi alumna.

—Pues entonces en 20 días vemos, que necesito este tiempo para estudiar para mi final.

—No necesitas hacer examen —confirmó poniendo su mano sobre la mía. —Bien lo sabes…

—Claro que lo necesito. Que me gustes, que te deseé y que hayamos cogido no cambia que yo sea la alumna más destacada de la clase y por méritos propios. Soy muy inteligente, Arturo. Puedo sola con mis exámenes —exclamé un tanto molesta quitando su mano de la mía.

—Eso lo sé de sobra, Dessiré.

Incliné mi cuerpo sobre el escritorio para darle un beso en los labios, y luego fui hasta a la puerta. Estaba convencida de que él me observaba las espaldas, y justo antes de salir, levanté mi falda para mostrarle mi trasero. Lo escuché reír por lo bajo y volteé para lanzarle un beso.

—¡Lo veo en clase, profesor! —señalé en voz alta caminando por el pasillo, moviendo mis caderas y mi cabello.

Los demás compañeros de Arturo me miraban sin disimulo las piernas, pero yo ya estaba acostumbrada.

—Buen día, jóvenes, espero que estén estudiando porque su examen será dentro de cinco días y viene muy, muy pesado —anunció Arturo colocando sus libros y laptop sobre su escritorio, pero luego fijó su mirada en mí.

Le sonreí y me mordí el labio inferior para hacerlo recordar y desear un próximo encuentro. Él apartó su mirada con un semblante serio.

—Saquen su libro en la página 225, vamos a hacer los ejercicios del tema final —ordenó a la vez que escribía algo en su teléfono móvil y luego lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Al instante, vibró mi teléfono:

Necesito que me hagas tres grandes favores:
1. Acomoda tu falda, ¡tus piernas no dejan concentrarme!
2. Cámbiate de lugar.
3. Acompáñame, por favor, a una cena esta noche.
Ah, y tira esa goma de mascar.
De: Arturo. Profesor Álgebra. 11:20 horas. Febrero 28, 2018

Rodé los ojos y guardé el teléfono en mi bolso. Me levanté del pupitre y fui hasta un lugar vacío en el centro del salón, crucé mis piernas e hice una bomba de goma de mascar.

—Señorita, Fontana, ¿me haría el favor de tirar esa goma de mascar? —indicó mirándome fijamente a los ojos interrumpiendo la clase.

En silencio todos se voltearon hacia mí. De mala gana hice lo que me pidió.

—Se lo agradezco. Ahora sí, tienen 20 minutos para resolver los ejercicios I y II —retomó.

Me dispuse a hacer los ejercicios en el libro cuando mi teléfono volvió a vibrar.

Entonces, ¿a qué hora paso por ti?
De: Arturo. Profesor Álgebra. 11:26 horas. Febrero 28, 2018

¿Para qué?
De: Dessiré.11:26 horas. Febrero 28, 2018

Para la cena, preciosa.
De: Arturo. Profesor Álgebra. 11:27 horas. Febrero 28, 2018

Me pediste tres favores. Me cambié de lugar,
me senté correctamente e iba a acompañarte,

pero me pediste tirar la goma.
Entonces, ¡listo! Tres favores cumplidos ;)
De: Dessiré. 11:27 horas. Febrero 28, 2018

¡Qué graciosa resultaste!
Espera a que el salón se desocupe.
Tengo que decirte algo.
De: Arturo. Profesor Álgebra. 11:30 horas. Febrero 28, 2018

La campana se hizo sonar y me apresuré a guardar mi cuaderno.

—Estudien mucho, jóvenes, apréndanse lo de los teoremas —indicó Arturo apilando también sus libros.

—Señorita, Fontana, ¿podría permitirme cinco minutos para hablar con usted? —me detuvo cuando vio que me encaminaba hacia la puerta.

—Profesor, *sorry,* tengo prisa, ¿podemos dejarlo para mañana? —me disculpé con una sonrisa traviesa antes de salir del aula.

Capítulo 4

—Pero, ¿para qué quieres que vaya contigo? Si de todos modos vas a terminar dejándome botada por Mario, igual que la vez anterior —me quejé al teléfono pintándome las uñas, recostada sobre la cama.

—¿Cuántas veces más vas a echármelo en cara? —reconoció divertida mi amiga.

—¡Las veces que sean necesarias! Aparte no quiero ser el mal tercio —intervine abanicando la mano para que se secara mi manicura.

—Okay, vamos a hacer algo: invita alguno de tus amigos para que cene con nosotros y así hacemos una cita doble —indicó entusiasmada mi amiga—. No sé… puedes invitar a tu profesor sexy.

—¡Olvídalo!

—Entonces le diré a Mario que lleve a un amigo.

—Aunque espera… creo que le debo una cena a alguien —balbuceé pensando en Aarón —. Aunque… bueno, no sé si sea una buena idea.

—De todos modos te veo en *The Garden* a las nueve de la noche.

Puse los ojos en blanco.

—Me debes dos, Valentina —indiqué levantando dos dedos con mi mano como si ella pudiera verme.

—Hasta entonces, preciosa —se despidió ignorando mi comentario antes de colgar.

Miré el reloj de pared: marcaba las seis veintitrés. Me encaminé al baño para ducharme de nuevo. Al sentir el roce de las gotas sobre mi piel, un cosquilleo comenzó a recorrerme; algo dentro de mí pedía compañía en ese instante. Cerré los ojos y me dejé llevar. Al cabo de unos minutos, salí de la regadera tranquila y satisfecha.

Tomé mi teléfono y comencé a escribir:

Hey, me preguntaba si estás disponible esta noche.
Si la respuesta es sí, te veo en 15 minutos en The Garden
whatever…
De: Dessiré. 18:45 horas. Marzo 3, 2018

Resoplé y tiré el móvil a la cama.

Entré a mi gran armario y elegí unos pantalones de cuero en tendencia, un top manga larga y mis botas altas. Arreglé mi cabello en unas ondas suaves y me maquillé a la perfección, al final me rocié un toque de *Chanel*.

Tomé mi bolso y me encaminé hacia el ascensor. A mi paso, volteé hacia los grandes ventanales que daban a la ciudad y solo pude ver una noche gris y oscura. «*¿Cuándo va a ser el día que en esta maldita ciudad deje de llover. Es deprimente*» pensé. Agarré mi abrigo beige de la última temporada de *Chanel* y salí del edificio.

En mi auto me puse en marcha hacia la cafetería: un par de calles al sur, doblando hacia la derecha y había llegado. Estacioné y justo me llegó un texto a mi teléfono:

Hola, preciosa, estoy en la entrada.
De: Aarón. 20:59 horas. Marzo 3, 2018

El estruendoso sonido de un claxon hizo sobresaltarme, cuando de pronto ví que junto a mi coche se paró un *Audi* deportivo. Observé entre los cristales oscuros que se bajaron al instante.

—Tal parece que esta noche dormiremos juntos —anunció con sorna y una sonrisa juguetona el hombre dentro del auto.

—No puede ser cierto —articulé en voz alta al reconocer esos ojos castaños—. ¡Ni borracha dormiría contigo! —le alcé la voz, irritada, desde mi ventanilla.

—Ya lo veremos —se atrevió a desafiarme con esa sonrisa irónica que le adornaba la cara.

Se bajó del auto y yo apresuré el paso caminando por delante de él. Por fortuna, encontré rápidamente a Aarón, quien esperaba

con un ramo de rosas en la entrada. Fui hasta él y le planté un beso en los labios. Se sorprendió con mi muestra de cariño pero me tomó de la cintura. Miré a mi alrededor en busca de Salvador, pero no le vi.

—Dessiré, toma, esto es para ti —dijo Aarón dándome las rosas en la mano.

—*Whatever*, andando —lo jalé del brazo.

Entramos a la acogedora cafetería, me quité el abrigo previamente salpicado de finas gotas de lluvia, busqué a Valentina con la mirada.

—Dessiré, por acá —escuché la voz chillona de mi amiga, que alzaba la mano a unas mesas de distancia.

Aarón y yo nos dirigimos hacia allá.

A Valentina se le veía radiante y enamorada del tal Mario que estaba sentado a su lado, pero su expresión cambió a confusión cuando miró a Aarón.

—Dessi, ¿por qué no me dijiste que vendrías acompañada? —me preguntó al oído cuando me acerqué a abrazarla.

—Pues… creí que habías captado cuando te dije que no quería venir de mal tercio —le respondí entre dientes.

—Pues… yo le pedí a Mario que trajera a un amigo para ti —balbuceo también entre dientes quitando un mechón de mi cabello en mi cara.

—Humm… nosotros nos adelantamos en pedir, pero por favor pidan sus bebidas —señaló amablemente Mario.

Lo saludé con un ademán y tomé asiento.

—Bueno… yo… nos acompañará un amigo —anunció incómodo la cita de Valentina.

Salvador se acercó a la mesa manteniendo esa sonrisa insolente. Puse los ojos en blanco y solté un suspiro resignado.

—Señorita —dijo tendiéndome la mano y llevando sus labios muy cerca de las comisuras de los míos para darme un beso a modo de saludo.

—Él es mi novio, Aarón —solté de golpe.

Los ojos verdes de Aarón voltearon asombrados a verme al igual que los de Valentina.

—¿Tu novio? —cuestionó irónicamente el recién llegado.

—Sí —confirmé de golpe—. Disculpa… ¿tú eres...?

—Mi nombre es Salvador —me recordó en mi intento fallido de haberlo olvidado.

—Oh, ya, Salvador… tienes un nombre tan común que se puede olvidar fácil —me excusé con sorna.

—No te preocupes, te prometo que haré que no se te olvide nunca más —me desafió clavando su mirada en mí.

—Bueno, bueno, bueno, pedí para ustedes lo mismo que para nosotros —interrumpió incómoda Valentina—. Toma asiento, Salvador.

Él arrastró una silla hasta situarla frente a mí. Yo traté de esquivar a toda costa su mirada.

—Y… ¿cuánto tiempo llevan de novios? —intervino el tal Mario luego de un silencio incómodo.

—Un par de años… meses, realmente —escupí de golpe, corrigiéndome sola antes de que Aarón abriera la boca.

Valentina y Aarón volvieron a mirarme confundidos.

—Oh, creí que Vale me había dicho que no salías con nadie.

—Sí, llevamos un par de meses saliendo —confirmó Aarón llevándose mi mano hasta sus labios para besarla.

Una estúpida reacción de mi cuerpo me llevó a voltear a ver a Salvador al sentir los labios de Aarón sobre mi mano.

Nuestros cafés llegaron a la mesa.

—Y… ¿qué tal les va en el posgrado? —preguntó Mario queriendo salvar la noche cambiando de tema.

—Bien, pues… justo estoy por terminar la primera materia, pero enseguida comienzo otra —observé.

—Yo comenzaré el lunes próximo a estudiar el posgrado en gestión empresarial —me siguió Vale.

—Y, ¿de qué es tu próxima materia? —continuó indagando la cita de mi amiga.

—Álgebra Integral, nivel 2

Salvador soltó unas risas que casi lo hicieron escupir el café.

Me volteé furiosa a mirarle.

—¿Qué te parece tan gracioso? —le solté a bocajarro.

—¿Quién lo diría? —se atrevió a decir—. Toda la pinta de niñita hueca… nadie pensaría que eres un cerebrito.

La rabia me subió hasta las orejas.

—¿Tú que estudias? ¿Modelaje o algo así? —me burlé.

—Te sorprendería si supieras…

—Deberá ser una carrera mediocre…

—Ninguna carrera es mediocre —me interrumpió.

—Apuesto que la tuya sí… o a ver, ¿por qué no has dicho nada sobre ti? Estás ahí todo callado como si no existieras, es más, mejor para nosotros de no saber de ti…

—No todas las personas somos egocéntricas, ni nos creemos el centro del universo —expresó mirándome a los ojos, como retándome a lo que sea que tenía en la mente.

Me eché a reir.

—¿Es en serio? —me divertía su juicio.

—Estoy seguro que es de lo único que puedes presumir. Eres tonta, malcriada, superficial, egoísta y narcisista —le agregó al coctel de la rabia.

Todos en la mesa se quedaron en silencio fijando su mirada en nosotros.

—No quieres conocerme… —le amenacé acercándome mucho a su cara.

Nuestras miradas estaban a la defensiva, esperando que el otro soltara algo. Escuché el chillido de una silla moverse. Aarón puso un par de billetes sobre la mesa y se encaminó hacia la puerta.

—Por si no te has dado cuenta, se te está yendo tu novio —informó divertido Salvador apuntado hacia la salida.

Me paré de la silla y fui hasta él.

—¡Oye! Aarón. ¡Espera! —alcé la voz al salir de la cafetería.

Se detuvo en seco.

—¿Por qué te vas? —me atreví a preguntar.

—¿Qué carajos fue eso de allá dentro, Dessiré? —preguntó molesto.

—¿Qué fue qué?

—Esa escena con aquel tipo —dijo llevando su mano apuntando hacia dentro del local.

—¿De qué hablas? Solo estábamos discutiendo —le respondí lo obvio.

—Claro que no nada más es eso. ¡Me utilizaste para darle celos! Es obvio que te gusta, no te engañes, estás loca por ese chico y te frustra que él sea igual que tú.

—¿¡Qué!? ¿Estás loco? ¡Detesto a ese tipo! —le grité —Es… es… un estúpido, narcisista que cree que todo el mundo gira a su alrededor —completé con rabia.

Él me miró unos segundos fijamente y después dijo con desilusión en la mirada:

—Igual que tú.

Aarón se dio la media vuelta y se encaminó hacia el estacionamiento dejándome ahí parada justo afuera de *The Garden.*

—¡Pues… como quieras! ¡No te voy a estar rogando! —le grité a sus espaldas.

Me di también la media vuelta y entré hecha una furia a la cafetería. Tomé mi bolso ante la mirada atónita de Valentina y Mario, y la estúpida sonrisa burlona de Salvador. Puse un billete sobre la mesa y salí en dirección a la puerta.

—¡Con este billete no te va a alcanzar! —alcancé a escuchar la voz de Salvador cuando di un portazo a las puertas de salida.

Aceleré el paso lo más que pude; el coraje se me salía hasta por las orejas. Pasé por el deportivo negro a mi lado y le di una patada con mucha rabia en la defensa. Subí a mi coche y aceleré saliendo del lugar.

Del cielo comenzaron a caer gotas continuas que pronto llenaron mis cristales. Tuve que detenerme en la luz roja de un semáforo. Lancé un profundo suspiro al cristal y se me puso un nudo en la garganta, pero mi teléfono sonó, entonces carraspeé para aclararme la voz y contestar.

—Hola, mamá.

—Hola, mi niña. ¿Estás desocupada? —resonó la voz de mi madre por todo el auto.

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

—Tu padre y yo hemos estado analizándolo y llegamos a la conclusión que lo mejor es que después de que termines el posgrado, te vengas a vivir con nosotros a Francia.

—¡¿Qué?! ¡Mamá no me pueden hacer esto! —expresé dolida y furiosa.

—Dessiré, no es una pregunta. Te vendrás a vivir a París. Claro, cuando termines las materias del posgrado —anunció importándole poco mis sentimientos.

—¡No me voy a ir! Mi vida está aquí, mamá —declaré mirando mi reflejo a punto de echarme a llorar por el cristal.

—Mi niña… somos tu familia. Vas a venir a vivir a Francia, aquí vamos a comprarte un departamento. El que tienes ahora tu papá lo está poniendo en venta. No estamos negociando contigo; la decisión está tomada, Dessiré.

De los ojos se me escaparon un par de lágrimas.

—¡Yo no quiero irme a Francia! ¡No necesito de su dinero! Yo voy a trabajar y comprarme todo —me atreví a alzar la voz.

Mamá soltó una risa que rayó en la ternura.

—Mi reina, ¿sabes lo que cuesta ese penthouse? ¿Sabes lo que cuesta vivir en esa zona exclusiva? ¿Ese *Mercedes*? ¿La ropa que usas?

Me llevé las manos a mis mejillas para limpiarme las lágrimas.

—Sé que voy a poder pagarlo, tengo prácticamente el trabajo asegurado cuando termine el doctorado —le aseguré convencida.

—Si quieres que te apoyemos con el doctorado, vas a tener que venirlo a estudiar a Francia, cariño. Sirve que practicas lo que aprendiste de francés y, ¿quién sabe?, quizá aquí encuentres el amor en un parisino.

Volví a suspirar mirando el agua chorrear por mis cristales pero un estúpido hizo sonar su claxon detrás de mí bajándome de mis lamentos.

—Tengo que dejarte mamá, estoy conduciendo.

—¿Qué hora es allá? Tú te la pasas de fiesta, niña, por eso no quieres venir a vivir acá —observó.

—Mamá, por favor, después hablamos —le pedí porque estaba a nada de ponerme a suplicar.

—Te amamos. Cuando estés por finalizar tus estudios, dime para mandarte el vuelo.

Colgué la llamada y aparqué afuera de mi edificio. Observé con atención mi hogar. Ese hogar que había sido mío durante seis años. Lo contemplé desde afuera, era el último piso; el penthouse, el más grande, el más bonito, el que tenía la vista más privilegiada a la ciudad. «*Tal vez pudiera comprar un apartamento más pequeño y viajar en transporte público… ¿Transporte público? ¡Ni loca!*»

¿A quién quería engañar? Ni trabajando un año entero apenas y completaría mi coche.

Di un golpe con las palmas de mis manos al volante en un gesto desesperado.

Descansé la cabeza en el cristal de mi ventana y cerré los ojos, pero queriendo despejarme de todo aquel embrollo de mudarme, vinieron a mí los ojos castaños del idiota de Salvador y su estúpida risa… y después las palabras de Aarón: "No te engañes, estás loca por ese chico y te frustra que él sea igual que tú".

Abrí los ojos de golpe y me miré al espejo, acaricié con seducción mi castaño y largo cabello.

—¡Qué sexy eres! —me dije en voz alta.

De mi bolso saqué el polvo compacto y recompuse el maquillaje que había estropeado mis lágrimas a su paso. Finalicé con mi *lipstick* rojo.

Ni el estúpido de Salvador ni el imbécil de Aarón…, es más, ni mi propia madre iban a dejarme con mal sabor esta noche, así que sabía bien como salvarla. Volví a encender el auto y eché reversa.

Capítulo 5

Detuve mi auto afuera de *Candil's Bar*; el frío me calaba hasta los huesos, por eso entré corriendo para librarme del viento. En la recepción me pidieron mi identificación para corroborar que era mayor de edad, «*¿es en serio?*» La saqué de mi billetera y se la mostré al guardia, quien echó un vistazo a la foto y luego a mí, finalmente me la devolvió como qué no muy convencido y entré.

El clima era muchísimo más confortable adentro, por lo cual me quité el abrigo salpicado por la lluvia, lo acomodé sobre mi brazo y me senté en las sillas altas de la barra del bar. Iván, el *bartender* con el que hace un tiempo tuve un *affaire*, me recibió con una sonrisa.

—¿Qué hice para merecer semejante milagro, que esta belleza venga a alegrar mi noche? —dijo apenas verme mientras preparaba unos tragos detrás de la barra.

Le sonreí apartando el cabello de mis hombros y echándolo para atrás en un movimiento coqueto.

—Hola, Iván, ¿cómo has estado? —saludé dándole un suave beso en la mejilla cuando se acercó a mí.

—Bien, nena, ya sabes, lo mismo de siempre: trabajo. ¿Qué hay contigo? —indagó a la vez que entregaba la bebida a un chico que esperaba a un lado de mí.

—Pues… estoy triste —confesé sintiendo cómo se me iban volviendo a llenar los ojos de lágrimas—. Mis padres quieren llevarme a vivir a París —completé airando mis ojos con la mano para espantar el llanto que amenazaba con salir.

Iván me volvió a sonreír con ternura, llevando su mano a acariciar mi barbilla.

—Eres una princesa, ¿sabías? Me dan ternura tus preocupaciones. Ojalá todos tuviéramos esos problemas…

Puse los ojos en blanco.

—Tú no me entiendes… igual que mis padres. Nadie me entiende —lancé un suspiro en un acto dramático.

—Hey, que estoy aquí para apoyarte. Si ya no quieres depender de tus padres, pues… ¡mírame! No soy un hombre perfecto, pero conmigo no te faltaría nada, te lo prometo —me dio un suave beso en el dorso de la mano.

Solo pude sonreírle, a veces que un chico sexy te proponga él mismo bajarte la luna, le sube a uno el autoestima hasta por los cielos.

—¿Qué quieres tomar esta noche, mi reina?

—Vodka, por favor.

Rápidamente comenzó a prepararme la copa, la tomé y di el primer sorbo. Soltó una risilla cuando lancé una mueca por el alcohol.

No sé qué estaba diciéndome Iván, pero me perdí observándolo detenidamente, me perdí en esos ojos negros y esos bíceps de acero tan marcados por el ejercicio y por los tatuajes que dejaban al descubierto su ceñida playera negra…, y que lo hacían ver tremendamente sexy.

Luego pasó sus dedos por su cabello castaño y, cuando volví a la realidad, le escuché decir:

—La última vez que te vi quise seguir saliendo contigo, pero cambiaste de número. Sinceramente quería intentar algo serio contigo, pues, ¿qué te digo? Me sigues encantando. ¡Solo mírate! Eres la perfección hecha mujer —y luego llevó de nuevo su mano varonil a acariciarme la cara, y su dedo pulgar quedó tan cerca de mi boca que comenzó a cosquillearme la entrepierna.

—¿Me podrías servir otro trago por favor? —pedí distrayendo al deseo que crecía dentro de mí.

—Cuando ya no supe de ti, pensé que tenías, ya sabes, algún novio o algo, entonces decidí que si tú no me contestabas, era obvio que yo no te interesaba —continuó diciendo mientras me servía el otro trago.

—Gracias.

—Preciosa, no tomes tantos cocteles, vienes sola y… ¿traes tu auto? Si necesitas quién te lleve a casa, no dudes en avisarme.

Quise decirle que él me llevaría a casa… y también a la cama esta noche, que él me arrancaría la ropa y yo pasaría por mi lengua

cada parte con tinta en su piel, y donde no hubiera también. Me mordí el labio inferior con tantas ganas que hasta me dice daño, pero cuando estaba a punto de soltarle mi plan, mi teléfono sonó poniéndome un mensaje de texto en la pantalla.

Dessiré, soy Arturo.
Quiero verte, voy por ti donde quiera que estés.
De: Arturo. Profesor Álgebra. 01:00 horas. Marzo 4, 2018

Pero cuando volví la vista enfrente ví a Iván a la distancia y con un ademan me dijo: "ahora vuelvo".

Miré de nuevo a mi celular y el reloj marcaba pasada la una de la madrugada. Ya llevaba un rato ahí y había perdido la cuenta de los tragos que había tomado. Empecé a sentirme un tanto mareada, pero para pasarlo desapercibido jalé una botella de alcohol a mi alcance y le di un gran trago.

Me llevé un susto de muerte cuando un hombre bastante grotesco me susurró al oido:

—¡Qué estará pasando en el cielo que se están cayendo los angelitos!

Derramé el alcohol en mi ropa por el puro susto, pues yo le daba el trago cuando me lo dijo.

Lo miré, era enorme, llevaba unos vaqueros sucios y desteñidos, y la barriga le salía por debajo de su camisa a cuadros. Tenía barba y un bigote rubio y largo.

—¿Qué quieres? —lo reté de manera agresiva, dándole un manotazo por reacción.

—Eres una chica con mal carácter ¿eh? Una niña traviesa —dijo luego de pasar su lengua por sus gruesos labios—. Te invito lo que quieras si aceptas estar esta noche conmigo —se atrevió el muy hijo de puta a decirme, inclinándose mucho a mí y dejándome ver de cerca sus pequeños ojos azules.

Le saqué mi dedo medio.

—Ni aunque estuviera muerta —le respondí con asco muy cerca de su cara.

De inmediato se le borró la sonrisa e hizo una especie de gruñido muy cerca de mí. Me dejó el tufillo del alcohol en su aliento, pero Iván se acercó prontamente.

—¿Todo en orden? —preguntó dirigiéndose al tipo a mi lado.

Él no respondió nada, solo se alejó, pero dejó su mirada puesta en mí.

—¿Te puedo pedir otro vodka, cariño? —dije de manera seductora a mi *barman* favorito.

—Ya es el último que te sirvo, Dessiré. Ya llevas ocho y estás comenzando a ponerte ebria.

—Te las voy a pagar, Iván. Dame otra —le ordené de mala gana.

—No se trata de eso…

Ambos escuchamos que desde la oficina del bar, en la planta alta, un hombre llamó a Iván, quien salió de la barra y fue directo a las escaleras cerca de la entrada, no sin antes pedirme que no me moviera de mi sitio. Yo lo seguí con la mirada, pero todo me resultaba tan confuso… las cosas me parecían borrosas, pero entonces, clavé mi mirada cerca de la puerta principal que se abrió y entró una luz de las luminarias, que esclareció a una figura que se delineaba con las sombras. Me pareció conocido, tenía el cabello dorado y una cazadora de cuero negro. Me miraba fijamente y le sonreí, pero los párpados me pesaban demasiado. Puse mis brazos sobre la barra y apoyé mi cara, sin quitarle la vista de encima, él también me sonrió a lo lejos… o eso creo.

Esa carita tan linda y esos ojos marrones no pueden ser de nadie más que de…

—Dessiré, ya estás muy ebria, vamos, ya pedí permiso para llevarte a tu casa. Salgamos de aquí —me dijo Iván ahora con una chamarra de cuero negro encima.

—No, ¡aquí está él! Quiero estar con él… —le respondí en voz baja cerrando los ojos para que todo a mi alrededor dejara de dar vueltas.

—¿Quién? Aquí no hay nadie que venga contigo —señaló volteando a ver hacia todas las direcciones—. No debí hacerte caso

con las copas —se lamentó.

—¡Iván! El jefe está llamándote en la oficina —le dijo otro chico que se acercaba hasta la barra.

—Dessiré, voy a volver a subir. Espérame aquí, no te muevas, por favor —me rogó Iván, muy cerca de mí—. ¡No te muevas de aquí! —insistió como si fuera yo una niña pequeña.

Lo vi moverse demasiado a prisa que me provocó un terrible mareo. «*¡Oh por Dios!, ¡No, no, no! creo que voy a vomitar».* Corrí lo más rápido que pude al baño, donde logré vaciar mi estómago. Limpié mi boca con papel y me la enjuagué. Después le compré a la señora de la limpieza un cigarrillo y unas mentas. No salí del baño sin retocar mi *lipstick* rojo, acomodé mi cabello y regresé a la barra para dejar unos billetes.

Caminé a la puerta y me pegó con fuerza el viento frío; sentí mis huesos helarse. Como pude, caminé buscando mi coche pero escuché unos pasos detrás de mí; me detuve y el sonido también cesó. Traté de recordar dónde lo había dejado, por lo que repasé cada auto estacionado sin éxito.

—Este no es el mio… este no es el mio… este tampoco … —decía al pasar cada vehículo.

El sonido de los pasos seguía detrás de mí. Me alarmé y caminé más a prisa, pero todo me daba vueltas.

De pronto sentí una mano en mi cintura y otra en mi trasero; un hombre se me pegó mucho a mi cuerpo y mi corazón pareció detenerse.

—¡Ahora sí, pequeña zorra! ¿A quién le levantaste el dedo?

Reconocí la voz del tipo del bar y traté de correr, pero él me sujetó con fuerza por el brazo y me dio un asqueroso beso en el cuello.

—¡SUÉLTAME! —le grité con fuerza.

Él se rió y volvió a darme un apretón en el trasero.

—¡¿No escuchaste que sueltes a la señorita?! —se escuchó por detrás de nosotros.

Los dos nos quedamos quietos.

De pronto todo fue muy rápido. Solo puedo atisbar una chamarra de cuero negro y cómo su portador soltaba un tremendo

golpe justo en la cara del tipo. Yo retrocedí y caí sobre mi trasero en el pavimento frío y mojado. Miré hacia arriba y traté de ver un poco más, pero la luz brillante del farol y el agua cegaron mis ojos. Vi sangre correr sobre el agua en el piso. Entre la escasa luz de la ciudad y mi mareo, todo se volvió blanco, pero más rápido de lo que pudiera recordar, todo se difuminó a negro cuando sentí el duro golpe del piso sobre mis mejillas.

Capítulo 6

La luz de la mañana que entraba por los ventanales me abrumó la vista cuando traté de abrir los ojos. Cuando por fin lo logré, me encontré con una habitación totalmente blanca. Algo más atrajo mi atención. Deslicé lentamente mi mirada hacia mi mano derecha, que permanecía bajo una manta, pues sentía que alguien la toma con delicadeza. Temerosa, quise saber quién se aferraba a ella y solo alcancé a ver un cabello dorado reposando sobre la cama, como el de alguien dormido en el pupitre del salón. Su cabeza estaba oculta entre sus brazos y su cuerpo descansaba en el sofá junto a la cama. Era Salvador. Pude reconocerlo fácilmente. Tenía el torso desnudo, solo lleva los vaqueros puestos. Lo observé con detenimiento y comprobé que estaba dormido. «*¡No puede ser! ¿Qué pasó anoche?*»

Traté de hacer memoria de lo ocurrido, cerré de nuevo los ojos, pero solo pude ver como flashes de algunos momentos. Por mi mente pasó el rostro de Iván, después un apretón en mi trasero y todo se volvió a poner confuso. Abrí de nuevo los ojos y los dejé clavados en el techo tratando de encontrar más información en mi cabeza. Recordé a un hombre de una cazadora negra que me llevó cargada hasta su coche, me metió con él al ascensor y luego a una recámara… tal vez esta. Me llevó a un cuarto de baño y empezó a quitarme la ropa. Vomité encima de él. Me sentó en la taza del váter para quitarse la playera sucia, me metió a bañar, y enjuagó mi cabello que tenía restos de vómito.

—Mira nada más cómo te pusiste, no puedes estar haciendo esto. ¿Dónde está tu noviecito? Claro que sabía que todo esto era una mentira tuya.

Logré rescatar algunas frases que se retuvieron en mi memoria de lo sucedido anoche. Sonreí al recordarlo y el dolor en mi mejilla derecha me hizo notar un raspón… pero rápidamente también vino a mi mente la frase que me dijo justo unas horas antes: "Tal parece

que esta noche dormiremos juntos" y sentí una punzada de rabia en el estómago solo de imaginármelo.

Me observé y descubrí que llevaba puesta una playera gris de hombre y unos calzoncillos celestes. «*¿Es en serio que me puso su ropa?*»

Traté de hacer el menor movimiento posible, pero Salvador levantó su cara de golpe, y yo en automático cerré los ojos. Me soltó la mano, se levantó y se metió a la ducha. Abrí los ojos, pero no sabía qué hacer, así que me quedé otra vez mirando al techo, escuchando a Salvador cantar bajo el grifo del agua. Se me escaparon unas risillas por lo bajo por lo mal que lo hacía.

Después de unos minutos salió del baño y yo volví a simular que dormida, porque… ¿qué rayos iba a decirle?

Abrí un ojo, muy como quien no queriendo la cosa, y lo vi pasearse por la habitación con una toalla blanca alrededor de su cintura. Se detuvo frente al espejo para peinarse. Luego se quitó la toalla, regalándome la vista perfecta de sus preciosas nalgas y de su espalda sexy y trabajada. «*Si no fueras un completo idiota ya te habría follado ahora mismo».* Se giró hacia mí, así que volví a cerrar con fuerza los ojos. Escuché que escribía algo sobre un papel. Agudicé el oído y, por los sentidos, supe que se ponía la ropa y los zapatos. Sentí el olor de su delicioso perfume muy, muy cerquita de mí, y de pronto plantó un beso en mi frente. Casi se me escapó una sonrisa pero luego escuché la puerta cerrarse.

Abrí los ojos y me giré hasta la mesita de noche donde estaba una nota, la leí:

¡Qué vergüenza contigo, borracha!

Capítulo 7

Puse los ojos en blanco, me levanté y corrí hacia el baño el cual estaba impregnado del olor de su perfume. Inhalé con fuerza para llenarme de su aroma.

—¡Qué vergüenza! ¡Me veo fatal! —me dije asustada al espejo al ver el maquillaje corrido de mis ojos y mi cabello hecho un desastre por dormir cuando aún estaba mojado.

Me metí a dar un baño lo más rápido que pude y maldije en voz baja porque estaba segura de que mi cabello se vería horrible por no usar mis mascarillas para hidratarlo. Salí en lo que parecieron dos minutos. Necesitaba salir con urgencia de aquel departamento y huir hasta el mío y no mirar nunca atrás…, hasta creo que consideré la posibilidad de irme a París con tal de no volver a verle la cara a Salvador y morir de humillación.

Robé un poco de pasta dental y la apliqué en mis dientes con mis dedos, luego di un trago a su enjuague bucal; hice gárgaras y dejé ir el líquido en el lavabo.

Escuché sonar a mi teléfono y corrí hacia la cama, lo encontré en la mesita de noche, justo de lado de la "graciosa" nota que Salvador me dejó. Recé porque fuera Valentina… o mamá para decirle que me mandara el vuelo hoy mismo, pero no era una llamada, era un recordatorio con alama. Leí en mi pantalla:

Hoy inicia la última materia de posgrado.
¡PROCURA NO LLEGAR TARDE!

—¡Mierda!

Llevé mi mano a mi cabeza como si eso pudiera calmar los dolores punzantes. Miré la hora, eran las ocho en punto de la mañana. Hice un cálculo mental del tiempo que me llevaría volver a mi apartamento para vestirme decentemente, pero había un problema, ¿dónde rayos me encontraba yo?

Busqué desesperadamente las llaves de mi auto y no las encontré por ningún lado.

—Espera… ¡¿Dónde está mi coche?! —me pregunté alarmada en voz alta.

Corrí hasta el gran ventanal en busca del *Mercedes* blanco pero no había rastro de él. «*¡No puede ser! ¿Ahora cómo le haré?».* Regresé a toda prisa al cuarto de baño. Me di un último vistazo rápido, me puse mis pantalones del día anterior y me acomodé la playera gris con la que había dormido. Luego me puse mi abrigo y me calcé mis botas altas.

—¡Maldición! ¡No tengo mi maquillaje! —grité estresada.

Encontré mi top en el cesto de la ropa sucia, pero ¡eww! el olor a vómito era asqueroso. Hice un puchero y lo metí a mi pequeño bolso de mano. Salí lo más rápido que pude e hice la señal de alto a un taxi.

—A la Universidad de Estudios Superiores, por favor.

Eran las ocho y veintisiete de la mañana cuando bajé del auto, le arrojé un billete al señor del taxi y salí corriendo hacia los pasillos, importándome poco el vuelto.

Días antes escuché el rumor de que la materia de Álgebra Integral Nivel 2 la impartiría el doctor Ross, un viejo amargado lleno de sabiduría y la persona más exigente que he conocido jamás. Así que apresuré el paso lo más que pude y entré al salón de clases con mi esófago en llamas.

Mi mirada recorrió el aula y no vi ningún rostro conocido; algunos chicos me sonrieron, «*¡genial!, ya ni porque parezco recién salida de una película de zombies dejan de coquetear*», pero sin perder el tiempo, también les regalé mi mejor sonrisa acompañada de un movimiento coqueto de cabello.

—Buenos días, jóvenes —saludó el profesor al entrar al aula.

—¡Oh, por Dios! —exclamé por lo alto al reconocer la voz.

La clase volteó a mirarme y me llevé la mano hasta mi boca para hacerla callar.

—Yo soy el doctor Arturo Báute, y voy a ser su docente en esta materia —dijo presentándose aquel sujeto al que me follé en su oficina.

Vi cómo mis nuevas y escasas compañeras no le quitaban los ojos de encima y hasta suspiraban por él.

—Señorita Fontana, qué gusto verla… de nuevo —expresó con esos ojos grises mirándome fijamente. Luego me regaló una sonrisa traviesa.

Sonreí de manera obligada.

—Bien, no hay tiempo de presentaciones. Ya nos iremos conociendo. Voy a comenzar a escribir el temario de este ciclo, fechas de entregas de trabajos finales y exámenes. Tomen apuntes por favor.

«*Pff! ¡Nada puede salirme peor hoy! No tengo nada para apuntar*» pensé buscando a alguien a quién pedirle algo para tomar nota.

Un chico muy amable me ofreció una hoja y un bolígrafo. Giré a mi izquierda para agradecerle, cuando de repente escuché una voz que provenía de la puerta.

—Buenos días, doc. ¿Me permite la entrada?

Los ojos casi se me salen de las cuencas de la impresión al reconocer su voz, pero me quedé inmóvil dándole la espalda.

—Disculpe, ¿usted es? —preguntó molesto mi profesor.

—Salvador Dieste. Estoy en esta clase.

Corrección. ¡SÍ PUEDE SER PEOR MI DÍA!

No volteé la mirada, es más, me agaché tratando de ocultarme lo más que pude para pasar desapercibida.

—Llegas tarde, licenciado. Es una falta de profesionalismo llegar así el primer día de clases, y sin avisar —indicó molesto Arturo.

—Le ofrezco una disculpa profesor, pero tuve problemas con mi *Mercedes* esta mañana.

Al instante me erguí y volteé a verlo. Seguía parado en el marco de la puerta con esa sonrisa ladina y la mirada firme sobre mí.

«*¡LO VOY A MATAR!*» pensé luego de apretar el puño de mi mano contra mis piernas.

—Quiero que sea la última vez. Puede pasar, pero la falta ya la tiene, usted sabe si toma la clase o no —remarcó de mala gana Arturo sin siquiera voltear a verlo.

Salvador entró al aula y, como si le divirtiera estarme jodiendo la vida, se sentó en el pupitre detrás del mio. No levanté la mirada y fingí estar tomando nota mientras garabateaba la fecha en la hoja.

—Buenos días, señorita —susurró Salvador acercándose a mi oído.

Miré la pizarra que ahora tenía anotaciones de Arturo sin responderle el saludo.

—¿Por qué no saludas, preciosa? ¿Dormimos juntos o qué? —pronunció soltando una risa.

Aproveché que el profesor estaba de espaldas y levanté mi mano y le mostré a Salvador mi dedo medio. Escuché otra risa en voz baja y luego dijo:

—Qué complicado y bonito coche, igual a la dueña —luego sacó su cuaderno y tomó apuntes.

Terminó la hora de clase y Salvador salió a toda prisa del aula. Tomé mis apuntes y me lancé tras él, pero se me perdió de vista entre la gente y no volví a verlo.

Estaba confundida; no sabía si agradecerle por lo de anoche o matarlo por lo de esta mañana. Me refugié un momento en el baño para intentar arreglar la fatalidad de mi cabello, recogiéndolo en una cola de caballo, cuando de pronto reconocí el rugido de un motor y salí de inmediato.

—¡HEY IDIOTA! ¡Deja de hacerle eso a mi coche! —le grité a Salvador, pues metía con fuerza el pie en el acelerador estando aún sin movimiento.

Estaba entre un grupo de chicos que reían y rodeaban divertidos mi auto.

Furiosa, di unas zancadas hasta donde estaba, abriéndome paso entre los chiflidos de los tipos. Me apoyé en la ventanilla del conductor.

—¡Tiene buena máquina! —exclamó Salvador con cara de aprobación.

—¡BÁJATE DE MI AUTO! —le exigí con firmeza.

—¿Qué? ¿No me vas a dar un aventón a mi casa? —soltó divertido mirándome muy de cerca con esos ojos castaños.

—¡No!

Hizo una mueca y levantó las manos rendido, se bajó del coche y yo tomé su lugar.

—Oye, disculpa —gritó rodeado de esos chicos—, solo para no quedar como un mentiroso con mis amigos, ¿verdad que anoche dormimos juntos?— y luego esbozó una gran y maliciosa sonrisa.

—¡JÓDETE! —vocalicé apretando los dientes.

Di reversa con rapidez y él se quedó viendo jocoso. El auto no avanzó ni 20 metros cuando se detuvo en seco.

—¿QUÉ? —exclamé confundida.

Volteé por el retrovisor y vi a Salvador carcajearse y subirse a un *Jeep* con una rubia. Mi mirada lo siguió y la camioneta se detuvo junto a mí.

—Guapa, para que el auto pueda avanzar, debes mantener la llave cerca de ti —observó divertido. Luego me aventó un beso en el aire.

Me quedé atónita. «*¿Quién… quién es ella?*»

Logré cachar la llave cuando él la lanzó en el aire. Se volteó y besó en los labios a la rubia, luego se volvió para verme con placer.

Metí el pie en el acelerador y salí lo más rápido posible del plantel.

Capítulo 8

La lluvia repiqueteaba en los cristales de mi apartamento. Me acomodé entre las almohadas en mi cama, viendo una serie sobre la élite de Manhattan; protagonizada por una chica indiscreta que divulgaba los chismes de todos. Por un instante me pregunté qué pasaría si nosotros tuviésemos también a alguien que ventilara nuestros romances secretos... Sacudí la cabeza para sacar esa idea de mi mente.

Sonó mi teléfono.

—Ágatha, esta noche es el concierto de Manu y, adivina:¡Tengo tickets! Uno para ti y otro para mí —anunció Valentina con mucho entusiasmo.

—¡Oh, por todos los cielos! ¡Manu! —Fingí de manera exagerada estar muy emocionada.

—Sí, ¡es el chico más sexy sobre la faz de la tierra! —volvió a llenarse de euforia sin notar mi sarcasmo.

—¿Tengo opción?

—Dessiré…

—Ok, paso por ti a las 9.

Valentina y yo llegamos al centro de espectáculos de la ciudad. Como sanguijuelas logramos colarnos hasta llegar a los mejores lugares de la zona principal. Mi amiga estaba feliz y comenzó a cantar aún sin haber comenzado el show.

—Dessi, ¿siempre cómo vas con aquel? —preguntó muy segura de sí misma.

—¿Quién es aquel? —articulé con asombro esperando que con "aquel" no se refiriera a Salvador.

—Pues, ¿quién va a ser? ¡Tu sexy profesor! ¿Cómo dices que se llama? —habló tratando de hacer memoria.

—Se llama Arturo. Pues no hay nada especial que contar, fue solo sexo y ya.

Me lanzó una mirada traviesa y luego dijo:

—Recuerdo cuando entré contigo al salón y me sorprendí. ¡Por Dios, amiga! ¡Es guapísimo! ¿Cuántos años tendrá? ¿Unos 33?

—Sí, unos 33 o 35.

—¿Nunca le has comentado que le quedaría bien ser actor o modelo?

—¡No! —señalé extrañada regalándole una mueca como diciendo "qué rayos contigo".

—Bueno, y ¿qué tal con el sexy del deportivo?

Mi estómago dio un vuelco.

—Mmmm, ¿cuál? —fingí no recordar.

—¿Cómo que no sabes? ¡Salvador, amiga! —remarcó llevando las manos arriba como si estuviera invocando a un Dios.

—Ah sí, ¿qué tiene? —le respondí con el menor interés que pude fingir.

—Pues no sé, pensé que ya había brincado a tu lista.

—Es un estúpido.

—Cuando saliste como alma que lleva el diablo de la cafetería, él salió detrás de ti.

Sentí como si me cayera algo pesado en el estómago al confirmar mis sospechas. Había estado siguiéndome todo el tiempo. El recuerdo del deportivo haciendo sonar el claxon cuando estaba al teléfono con mamá, apareció de golpe.

—¡Por el amor de Dios! ¡Está hecho un papi! —continuó diciendo Vale —¿Si le viste esos bíceps?, esa boquita perfecta… esa nariz…

Tragué saliva, ¿por qué no podía contarle a mi mejor amiga lo que me provocaba ese tipo? Quizá porque me daba miedo que creyera que por fin alguien pudiera tenerme con las emociones confundidas y yo, Dessiré, juré que jamás ningún hombre podría hacerme sentir algo más que no fuera placer. El amor no iba conmigo.

—No, no me gusta —dije al fin.

La luz se apagó y mil destellos de colores caían sobre el escenario dándole la bienvenida a Manu… tan sexy. Con los brazos

llenos de tatuajes y una voz melodiosa, comenzó a bailar moviendo sus caderas de tal manera que me quedé muda ante la belleza del colombiano.

Al cabo de un rato, anunció que subiría a una chica al escenario y todas comenzaron a gritar de emoción. Sonó un redoble de tambores y la luz de un reflector se posó sobre mí.

Manu me invitó a subir, pero yo solo sonreí y empujé suavemente a Valentina hacia delante.

Ella, perpleja y sin poder creérselo, subió al escenario aún con las manos cubriéndose el rostro por la impresión. El colombiano me lanzó una mirada que no logré descifrar. De inmediato saqué mi teléfono para grabarlo todo.

Comenzó a cantarle y bailarle a Vale, ella estaba al borde de las lágrimas en un estado de euforia casi irreal. Le cantó dos canciones más y luego la despidió entre aplausos del escenario.

Cuando Valentina llegó a mi lado, me abrazó y me susurró al oído:

—Dice Manu que al finalizar el concierto te lleve detrás del escenario.

—¡Qué! ¡No te escucho! —le grité.

Valentina siguió bailando y pareció ignorarme.

La noche continuo al ritmo de música urbana y nosotras bailando. Manu se despidió y Vale me tomó de la mano y se encaminó a detrás del escenario.

—¿A dónde vamos? —pregunté intrigada.

—Prométeme algo —dijo pegándose a mi oído.

—¿Qué cosa?

—Si tienes la oportunidad de follarte a Manu, hazlo por mí. Por favor —luego puso sus enormes ojos verdes muy cerca de los míos.

—¿Qué? ¡Estás loca! —le respondí asombrada entre risas.

—¡Promételo, por favor! —suplicó—. Hazlo por mí y por todas las fans que mataríamos por esta oportunidad —completó llevando mis manos entre las suyas como si aquella petición fuera a salvarle la vida.

No entendía por qué estaba pidiéndome eso, pero una voz detrás de nosotras me lo confirmó:

—Buenas noches, señoritas —se escuchó un acento colombiano muy sexy.

—¡Hola! —respondimos las dos volteándonos a verlo.

—¿Te gustó la noche, linda? —preguntó directamente a Vale. Ella lo miraba con tanta admiración, casi que con devoción.

—Ha sido lo mejor de mi vida —confesó luego de soltar un suspiro.

Él se rio.

—Vale, mamacita, usted tiene a una amiga espectacular. ¿Sabía que esta noche era para ella? Pero ella la eligió a usted —reconoció el cantante fijando sus ojos castaños en mí.

—Lo sé —respondió—, por eso es mi mejor amiga.

De pronto Valentina se dio la media vuelta para marcharse. Intenté ir detrás de ella, pero Manu me tomó del brazo con sutileza.

—Ya todo está arreglado con su amiga, bebé.

Sentí mi teléfono vibrar en mi mano, leí en la pantalla:

¡Fóllatelo! ¡Fóllatelo, por favor! ¡Te lo imploro!
De: Vale. 23:39 horas. Marzo 5, 2018

Solté unas risas a mi pantalla y el colombiano me invitó a unos tragos en su suite. Conocía esa mirada, así que solo lo tomé de la mano.

Llegamos a su habitación: amplia, impecable y rodeada de lujo en el mejor hotel de la ciudad.

—¿Por qué no quisiste pasar al escenario? —preguntó incrédulo destapando una botella de *champagne*.

—Le gustas más a mi amiga —solté sin más con la mirada puesta en su cuerpo perfecto.

Me miró con asombro como si mis palabras le hubieran insultado, pero luego pareció ignorarlo.

Charlamos un rato y, sin saber cómo, una cosa llevó a otra. Entre risas y copas sentí sus labios sobre los míos. Pasé la yema de

mis dedos sobre sus brazos desnudos, y me tomó con ellos subiéndome a horcajadas sobre él.

Me echó la cabeza hacia atrás y con sus manos expertas, bajó mi top, dejando mis pechos en libertad. Los llevó a su boca, lo que provocó que mi sexo se humedeciera al instante. Continuó besándome mientras sus manos recorrían y delineaban las curvas de mi trasero.

Oculté mi cara sobre su cuello llenándome del olor de su piel…, su aroma tan varonil. Siguió dándome placer con su boca y sentí entre mis nalgas la dureza de su erección.

Me paré y me acomodé de espaldas para frotarlo con mi trasero y calentarlo más. Con su mano derecha me siguió tomando los pechos y con la izquierda viajó a mi sexo por debajo de mis pantalones acariciándome. Luego, introdujo un dedo, luego dos, y yo gemí de placer dejándolo sentir lo mojada que estaba. Manu los llevó a su boca para saborearlos.

Le quité la playera y besé su pecho desnudo, él me hablaba al oído con ese acento paisa que me excitaba más de la cuenta.

Me tomó por detrás y me pegó al ventanal; mi cuerpo estaba de frente a la gran ciudad, pero realmente no me importaba si alguien de afuera volteaba su mirada arriba y se llevaba la imagen de mis pechos pegados al cristal y él penetrándome desde atrás.

Los dos gemimos de placer hasta explotar en un delicioso orgasmo. Me separé de él y nos tumbamos en el sofá extasiados.

Solo habían pasado dos minutos cuando tomé mi ropa del suelo y me fui al baño. Me vestí y retoqué mis labios del rojo que había sido borrado por los labios del cantante.

Volví a la habitación y Manu seguía desnudo, sentado contemplándome con una copa entre las manos.

—Eres hermosa. Me encantaría volver a verte —reconoció.

Me limité a sonreír, porque era obvio que lo iba a decir a continuación:

—¿Quisieras acompañarme mañana a otro concierto que tengo en esta misma ciudad? —tomó mi mano y le dio un beso coqueto.

—No creo que pueda, tengo planes para mañana.

—¿Ah sí? —expresó asombrado como si nunca nadie hubiera despreciado su invitación—. Bueno, ¿podrías pasarme tu número de teléfono? Mínimo para vernos en otra ocasión.

Sonreí ladina.

—No será necesario. A la próxima vuelve a encontrarme entre el público —le susurré cerquita de su boca luego de guiñarle el ojo y darle un último beso en los labios.

Tomé mi bolso y me fui al ascensor.

—¿Cómo te llamas, reina? —preguntó en voz alta para que lo alcanzara a escuchar.

—Valentina —mentí cuando las puertas del ascensor en la habitación se cerraban ante su mirada atónita.

Salí a prisa del hotel, el aire pegó fuerte contra mis mejillas. Saqué mi móvil del bolso y escribí:

Tu ídolo folla tan rico <3
De: Dessiré. 1:40 horas. Marzo 6, 2018

Sonreí esquivando los gritos eufóricos de decenas de fanáticas que esperaban al colombiano con pancartas y fotos afuera del hotel.

Capítulo 9

—Desearía que fuera una noche cálida —murmuró Valentina fijando su mirada en la piscina llena de espuma frente a nosotras.

—¿QUÉ? ¡No te escucho! —le grité a consecuencia de la música a todo volumen.

—QUE – QUISIERA – QUE – HICIERA – CALOR —repitió haciendo pausa entre cada palabra para que pueda leerle los labios.

—Oh, sí, yo también —admití con una mueca.

Tomé otro coctel de la charola cuando pasó el mesero a ofrecerlas.

—¡VALENTINA, YA VUELVO! —volví a gritar para que pudiera escucharme.

—¿A dónde vas?

—Al baño —dije moviendo mis labios para que los leyera y le di a cuidar mi cazadora.

Entré a la mansión y dejé que mis ojos recorrieran su elegante decoración… hasta que me detuve de golpe al descubrir, entre luces y sombras, una espalda desnuda y magnífica moviéndose con naturalidad por la cocina.

—Hey, ¿sabes dónde está el tocador? —le hablé en voz alta de forma coqueta a la vez que me acariciaba el cabello.

Se volvió hacia mí y me regaló una hermosa sonrisa.

—Claro que sé dónde está. Es mi casa. Bueno, de mis padres —se corrigió dando unos pasos para acortar la distancia entre los dos.

No pude ser sutil. Le clavé la mirada en su trabajado cuerpo, pero cuando estuvo muy cerca, la desvié a sus ojos.

—Tienes unos ojos hermosos —señaló atreviéndose a apartar un mechón de mi cabello.

Fingí ruborizarme, aunque sabía de sobra que en un par de minutos estaríamos follando en su alcoba.

—¿De verdad lo crees? Nunca antes me lo habían dicho—mentí.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —me preguntó muy de cerca.

—Oh, qué mal educada soy. Me llamo Dessiré y vine con mi amiga Valentina que está allá afuera —me presenté señalando a Valentina a través de los cristales en forma de paredes.

—¿Valentina? No la recuerdo, pero no importa. Gracias por venir a mi fiesta.

—Y, ¿qué hace el dueño de la fiesta tan solo por aquí? —observé dándole un sorbo a mi martini.

—Asegurarme que todo marche en orden, con tanta gente que no conozco en mi jardín…

El liquido me escoció en la garganta y me hizo toser un poco.

—Oh, no lo digo por ti —se disculpó—, pero no creí que mi fiesta se hiciera tan… popular. Hay muchísima más gente que no conozco que la que sí. Por cierto, soy Aldo —se presentó estrechándome su mano.

No dudé ni un segundo en tomarla, acercarme a él y plantarle un beso suave y sexy en las comisuras de los labios.

—Lo siento —murmuré quitándome rápidamente—, tú… ¿me podrías ayudar a llegar al tocador?

—Claro —titubeó—, si quieres vamos al de la planta de arriba, creo que estará solo.

Le sonreí mordiendo mi labio inferior. Tomé la delantera en la escalera, suplicando en mi interior que me estuviera viendo el trasero.

—Esa es la puerta —anunció señalándola—. Te espero abajo. Quieres… ¿quieres que te cuide la copa? —se ofreció.

Con un vistazo rápido a las escaleras, me aseguré de que nadie estuviera por subir, y fingiendo torpeza, me tiré el cóctel encima de mi blusa blanca.

—Oh, no… lo siento mucho. ¡Qué torpe soy! —balbuceé pero él ya estaba ayudándome, quitando la copa vacía de mis manos.

—No, no te preocupes, déjame ayudarte.

En menos de un segundo me quité la blusa mojada de mi cuerpo, él volvió perplejo su mirada a mis frondosos pechos aún cubiertos con mi sostén blanco de encaje.

—Mira, también te ensucié —observé limpiando prácticamente nada con la blusa en mis manos.

Aldo… o cómo quiera que se llame, me miró fijamente a los ojos, por lo cual sonreí. Justo esa, esa mirada, es la que más amo ver en un hombre, justo cuando crece el fuego interno provocado por mí, cuando veo que arden de deseo por mí. Es en ese momento, cuando de su boca no salen las palabras pero puedo verme reflejada en sus ojos.

Me posé frente a él llevando mi mano derecha hacia mi espalda para desabrocharme el sostén y dejar al descubierto mis pechos. Luego lo tiré al suelo. El filo de la luz que se colaba por la escalera lo reveló mordiéndose el labio inferior, para después tomarme con fuerza por la cintura. Puso sus labios sobre los míos y nos besamos descargando el deseo que nos hacía arder esa noche. Me cargó y yo anudé mis piernas a su cintura, dándole besos por todas las partes posibles. Caminó un poco más por el pasillo y abrió la puerta de una habitación. Me arrancó los vaqueros. Alcé mis brazos a manera de rendición apoyando mi espalda contra la pared y parte de la ventana para darle la bienvenida a su cuerpo dentro del mio. Él me hizo subir y bajar al vaivén de sus movimientos. La música afuera seguía, por lo que mis gemidos no se hicieron notar.

—Eres perfecta, tu cuerpo es perfecto —susurró a mi oído mientras me follaba.

Volteé las posiciones y ahora él estaba de espaldas al ventanal de esa alcoba. La fiesta continuaba en el jardín y la gente seguía haciendo lo suyo. Cerré los ojos de puro placer a la vez que me corría. Cuando los abrí vi entre la fina tela de la blanca cortina qué…

—¡NO PUEDE SER CIERTO! —casi grité.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien? —preguntó Aldo aún sosteniendo mi cuerpo entre sus brazos.

Me aparté de él enseguida, tan furiosa que me puse a toda prisa mis vaqueros y busqué mi sostén por el suelo cerca de las escaleras. Él se asomó por la ventana, haciendo correr completamente las cortinas sin encontrar nada extraño.

—Oye, lo siento. Creí que tú también querías hacerlo —dijo apenado malinterpretado mi enojo.

Tomé mi blusa pero volví a dejarla en el suelo porque estaba muy húmeda. Me acomodé el cabello con las manos y bajé lo más

rápido que pude por las escaleras vistiendo solo los vaqueros y el sostén. Aldo venía detrás de mí.

Salí de la casa, dominada por la rabia y fui directo hasta donde estaba él. Lo tomé del hombro y, en un movimiento brusco, lo volteé frente a mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —solté apretando los dientes —¡¿No te cansas de seguirme?!

Salvador tenía una sonrisa ligera en los labios, y su mirada se quedó fija en mis pechos.

—¡Qué buen recibimiento! —exclamó ensanchando su sonrisa espontánea.

—Responde, Salvador. ¿Qué estás haciendo aquí? —repetí muy enojada.

—¿No te parece obvio? Vine a la fiesta.

—¿Acaso me estás siguiendo?

—¡¿Qué?! ¡Estás loca! ¡Bájate de esa nube, niña! No todo el mundo gira alrededor de ti —remarcó muy cerca de mis labios.

Nos quedamos fijos unos segundos a los ojos, cuando una estúpida y chillona voz detrás de Salvador hizo que volteara mi mirada.

—¿Pasa algo, cariño? —dijo la misma rubia del *Jeep* acercándose mucho a Salvador.

Él no dijo nada, siguió con la mirada clavada en mí. Yo, arrebatada, me di la media vuelta y me fui a donde estaba Valentina.

—Dessiré y… ¿y tú blusa? —preguntó asombrada y un tanto asustada.

Le quité mi cazadora de las manos y me la puse.

—No… no lo sé —balbuceé dejando mi mirada insistente en Salvador.

—¡Santo Dios! ¿Ya viste quién está por allá? —exclamó Valentina mirando donde mismo que yo.

—Sí, ya vi —respondí apartando mi vista.

—Dessiré ¿Podemos hablar? —dijo Aldo a mi lado.

—Bueno yo… yo voy a… mmhh… lo que sea —intervino Valentina dejándonos solos.

—Oye, disculpa por… lo que sea que haya pasado allá dentro. No suelo ser así, pero me has cautivado. Déjame conocerte mejor, ¿qué tal si me aceptas una cita? ¿Qué dices?

Vi a Salvador dar unos pasos hacia donde estábamos Aldo y yo, y sin pensarlo ni un momento le planté un beso en los labios.

—Procura que este novio no se te vaya —escuché a Salvador decir detrás de mí.

Lo ignoré y seguí besando a Aldo.

—¿Dijo algo? —preguntó este, confundido.

—¿Quién? No lo sé…

—¿Entonces? ¿Me aceptas la cita? —quiso saber a la vez que tomaba mis manos entre las suyas.

Mi mirada recorrió el lugar en busca del estúpido de Salvador.

—¿Dessiré?

—Oh, sí, yo te llamo. ¿Te parece? —prometí poniendo un último beso en sus labios y apartándome de él.

—Pero no tienes mi número… —escuché.

Fui en busca de Valentina para marcharnos; pasé a lado de unos chicos que me miraron sin disimulo. Luego avancé por un lado de la piscina y me detuve. Tomé mi teléfono para escribirle a Vale, cuando escuché por detrás de mí:

—¡Qué rápido cambias de novio!

Rodé los ojos y volteé a verlo cruzándome los brazos sobre el cuerpo.

—¿Alguna vez te han dicho que te ves hermosa enojada? —dijo acariciando mi mentón con sus dedos.

—NO ME TOQUES —hice énfasis en cada palabra.

—Me encantaría saber qué le pasó a tu blusa y por qué andas paseándote en sostén —soltó curioso mirando mi cuerpo.

—¿Quieres saber? ¿De verdad quieres saber? —lo reté.

—Me parecería interesante.

—Ok, estaba teniendo sexo delicioso con el dueño de esta casa y perdí mi top —confesé muy cerca de su cara.

—¿Ah sí? —exclamó incrédulo—. No te creo.

—¿Por qué no me creerías? —solté irónica e iracunda.

Se me quedó viendo a mis ojos castaños. Sonreí con placer al ver la rabia en los suyos.

Le quité el vaso rojo que llevaba en su mano para darle un sorbo.

—Ten cuidado con los tragos, no vaya ser que esta noche también termines en mi cama como el otro día.

Una punzada de rabia desde mi interior me recorrió la médula y le lancé el trago en la cara. Luego con todas mis fuerzas lo empujé hacia la piscina, solo para caer junto con él cuando me tomó de la mano en el acto.

Sentí el golpe frío del agua en mi cuerpo y sin poder evitarlo me sumergí hasta el fondo. Llevé mi cuerpo a la superficie y con mis manos trae de esquivar la espuma flotante. Tomé una bocanada de aire.

—¡Te odio! —le grité con rabia a Salvador, quien también sacaba su cabeza del agua.

Él nadó hasta mí con la cara llena de espuma. Traté desesperadamente de salir de la piscina ante la mirada de los presentes. De pronto, algunos comenzaron a lanzarse al agua también sin importarles llevar ropa.

Salvador me tomó del brazo y me giró hacia él, luego me susurró muy, muy de cerca:

—No sé cuál sea tu juego, pero no vas a ganar.

Lo desafié con la mirada antes de darle un manotazo para zafarme.

—Ya lo veremos —respondí, dándole la espalda y saliendo de la piscina.

Capítulo 10

—¿Estás segura de que te quieres quedar? Justo Mario pasará por mí en un par de minutos, no me gustaría dejarte sola —dijo Valentina ayudándome a secarme el cabello con una toalla en la sala de la casa de Aldo.

Mantuve la mirada clavada en las paredes de cristal. Afuera, en el jardín, la rubia se aferraba a Salvador como si le perteneciera, hundiendo los dedos en su aún húmedo cabello. Él la acomodó sobre sus piernas y comenzó a besarle las mejillas con una dulzura que me irritó hasta los huesos. Ella se reía y le devolvía las caricias.

Vi como le desató el moño de la cola de caballo y dejó caer su melena sobre los hombros; luego enrolló la liga en su muñeca como si fuera un trofeo. Finalmente, acercó su boca a la de ella y la besó sin prisa.

Fue como mirar un edificio en llamas al que, en lugar de agua, le lanzaran gasolina. La rabia me ardió por dentro, expandiéndose con violencia. Mis pupilas parecían devorar aquella escena romántica, que me resultaba patética y estúpida.

—¿Dessiré? —insistió Valentina al no tener respuesta.

—No, no me quiero ir, aún no ha terminado la noche —declaré dibujando en mi rostro una sonrisa que rayaba en lo malévolo.

Valentina se puso detrás de mí y continuó secándome el cabello, siguió de pronto mi mirada y encontró la misma escena que yo.

—¿No es adorable ese par? —se atrevió a pronunciar refiriéndose a Salvador y a la chica.

Giré lentamente mi mirada fulminante hacia ella. Vale me miró con los ojos muy abiertos y asustados, pero luego dije:

—Totalmente adorables… pero no por mucho tiempo. Me paré del sofá y volví a pasar mis manos por mi cabello para acomodarlo, luego me miré rápido al espejo de pared y acomodé también mi sostén, que para esta hora de la noche ya parecía formar parte de

mi *look* inicial. Retoqué un poco mi labial. Tomé una botella de vodka que estaba en la barra, la abrí y di un trago largo.

—¿Qué tienes en mente Dessiré? —me cuestionó Valentina un tanto asustada.

—Solo divertirme un poco.

—Tengo que irme. Prométeme que vas a estar bien y no harás locuras —dijo contestando una llamada en su teléfono.

—Descuida, toda esta noche será perfecta —prometí sin quitar mi vista de aquel par.

Ambas salimos de la casa, cuando de nueva cuenta me interceptó Aldo.

—Hola de nuevo —dijo con una sonrisa.

—Siento mucho lo de la alberca… yo…

—No te preocupes, ¡estuvo genial! Temía que nadie se metiera por el clima, pero… ya ves que todos la pasan bien. ¿Quieres que te preste alguna chamarra? —se ofreció al verme aún con esa pinta.

—No, solo agradecería que me trajeras mi top —indiqué con una sonrisa.

Volví mi vista hacia donde estaba Salvador, y su mirada encontró la mía. La sonrisa se le desdibujó.

—Claro que sí, ya vuelvo.

De nuevo puse mis labios sobre los suyos antes de que se pusiera en marcha.

Vi que Salvador quitó de sus piernas a… esa… y se adentró también a la casa. Yo, ni tarda ni perezosa lo hice también.

Él estaba haciendo una llamada y yo fingí ir a servirme otra copa.

—Y bien, ¿a quién llamas? —cuestioné divertida.

Él me miró a los ojos y luego echó una risa.

—No sabía que tenía que informarte de cada cosa que hago —soltó con sarcasmo.

—No, a mí no, pero… ¿te alejas para hacer una llamada?¿No quieres que ella te escuche? —señalé sembrando cizaña.

—En primer lugar: "ella" tiene nombre, se llama Samantha y en segunda: deberías estar cuidando a tu nuevo novio en lugar de a mí.

El comentario me hizo casi escupir mi bebida cuando solté una risa.

—No te confundas, Salvador. A mí me viene valiendo un cacahuate lo que hagas o dejes de hacer —le anuncié apretando la mandíbula con rabia dejando fija mi mirada en sus ojos.

Recargué mi cuerpo en la barra para hacerle parecer despreocupada, luego caminó un poco hasta llegar a mi lado.

—¿Qué tal resultó el bañito de espuma, eh? Cuando quieras podemos darnos otro —propuso muy cerca de mi boca—, o si lo prefieres puedo quitarte poquito a poco la ropa y meterte a la ducha como aquella vez.

—Suenas patético, ¿lo sabías? Suenas como si haberme llevado a tu cama fuera lo mejor que te pudo pasar en la vida —señalé asqueada dando un sorbo a la botella de vodka que tenía en mi mano.

—¿De verdad lo crees? ¿Crees que eres lo mejor que me pudo pasar en la vida? —preguntó con júbilo acercándose mucho más de la cuenta.

Levanté mi mano por reacción para poner distancia entre los dos, pero él la tomó entre las suyas y la bajó poco a poco hasta a la altura de nuestros pantalones, luego, por debajo, entrelazó sus dedos con los míos.

Mi corazón comenzó a acelerarse poco a poco. Sentí su cuerpo pegadito al mío, su aroma entrando por mis sentidos y la piel desnuda de su pecho rosar mi torso semidesnudo. Mis latidos elevaron su frecuencia a tal grado que creí que se escucharían por encima de la música. Los labios de Salvador estaban tan cerca de los míos que casi podía sentirlos. Mis ojos y los suyos se fijaron en nosotros mismos durante un par de segundos, luego él desvió su mirada hacia mis labios que por reacción pudiera asegurar que me los saboreé con mi lengua.

Liberé suavemente mi mano de sus dedos y comencé a acariciarla lentamente. Me tomó suave de la nuca y me atrajo aún con más fuerza a él.

En definitiva mi corazón en cualquier momento iba a tomar vida propia y salirse de mi pecho.

Entonces, así, teniéndolo tan cerquita de mí, cerré los ojos y él susurró casi pegado a mi boca:

—Lo mejor que te va a pasar en la vida a ti es tenerme en tu cama.

Abrí los ojos de golpe, bajándome de aquella patética nube en la que me había montado, tragué saliva y después le dije:

—¿Tan especial te crees?

—No es que yo crea que sea especial —manifestó con una sonrisa —. Eso lo vas a creer tú cuando te des cuenta de que seré el primero en estar ahí sin que sea por mera calentura.

Sus estúpidas palabras me quitaron la sonrisa del rostro.

Se apartó de mí y me quitó la botella de la mano, dio unos pasos atrás sin quitarme la vista de encima para salir a la fiesta, no sin antes decir:

—Para evitar vergüenzas —luego señaló con el dedo a la botella que había dejado en la barra.

Me quedé parada viéndolo marcharse, y una sonrisa se me pintó en el rostro. Caminé hasta donde estaba el espejo en la pared y con delicadeza acomodé el moño de... ¿Samantha?, mismo que antes Salvador le había quitado del cabello y yo de la muñeca de él; lo acomodé sobre mí en un moño alto y salí de la casa.

Me paseé sutilmente cerca de donde estaban y escuché a ella reclamarle por la tardanza de hace un momento. Me planté frente a ellos sonriendo, con las manos en la cintura. Mi objetivo se cumplió: observó su moño en mi cabello y rápidamente volteó a ver la muñeca desnuda de Salvador.

—¿Es por eso que te tardaste tanto allá dentro, Salvador? ¿Estabas con ella? —balbuceó la rubia abriendo mucho sus ojos azules como quién no se lo pudiera creer.

—Samy… no es lo que parece —se excusó el hombre.

Ella viajaba su vista de los ojos del rubio a mi cuerpo, hasta creo que me veía mucho más que él. Sus ojos miraban mi abdomen plano, mi cintura, mis caderas, mis pechos…, y mi sonrisa.

En cambio yo… bueno, no había nada que mirarle; una tabla lucía mejor que ella. En cambio a Salvador, ese sí que tenía mi atención por su cara de preocupación.

—Dessiré, dile a Sam que tú y yo no tenemos nada que ver —se atrevió a pedirme.

Una sonrisa burlona me brotó desde el interior. ¿De verdad me estaba pidiendo eso? Ja, era como pedirle al mismísimo Satanás que no obrara mal cuando tenía la oportunidad frente a él.

—Le diría, cariño, pero no me gusta mentir. ¿O no te acuerdas que me quitaste la ropa poquito a poco, luego me diste una ducha para después llevarme cargada hasta tu cama?

Los ojos azules de la chica comenzaron a ponerse cristalizados.

—Dime que miente Salvador, di que ella miente —imploró patéticamente.

Salvador resopló rendido, volteó a verme fugazmente pasando la lengua por sus labios y luego afirmó:

—No. No miente.

—¡Sabía que entre los dos había algo! ¡Te lo pregunté mil veces, Salvador! Pero qué más da si son el uno para el otro, igual de detestables los dos —insultó con lágrimas y coraje en los ojos.

Tomó su bolso y salió directito hacia la calle.

—Sam, nena, olvidas tu moño —le grité divertida luego de quitármelo del cabello y aventarlo al césped del jardín.

Vi a Salvador desaprobar la escena con un movimiento de cabeza, ¿enojado?, ¿decepcionado? *Anyway.* Tomó su chamarra y fue tras de ella. Le grité:

—Ya me lo agradecerás, era demasiado insípida para ti —luego solté el aire que no había caído en cuenta que estaba reteniendo.

Retrocedí unos pasos y me encontré con Aldo que llevaba mi blusa entre sus manos. La guardé en mi bolso.

—Me encantó conocerte, pero debo irme. Queda pendiente la cita —le prometí al ojiazul.

Le tendí mi *iPhone* para que anotara su número.

Caminé hacia mi auto, cubriendo mi cuerpo con mi pequeña cazadora. El viento había arreciado.

Cuando me acerqué lo suficiente a mi coche, vi que Salvador estaba recargado en la puerta del conductor.

Rodé los ojos.

—¿Podrías quitarte de mi auto? ¡Me vas a rayar la pintura! —le grité.

Tenía un semblante serio y su mirada perdida en el pavimento. Llevaba colgando de su brazo un *hoddie* de algún equipo de americano. Parecía pensativo y distante.

Me quedé parada viéndolo a dos metros de distancia, luego suspiré rendida y puse los ojos en blanco acercándome a él.

—Oye… yo… yo… —me quemaba decirlo, pero tal vez debería hacerlo. Me tragué el nudo en mi garganta que me impedía escupir las palabras—. Lo siento —me disculpé al fin—. Creo que me pasé de la raya al decirle eso a tu novia.

Salvador no dijo nada, pero en cuestión de segundos me tomó de la cintura y me atrajo hasta él. Apuesto que vio en mi cara la confusión ante sus movimientos. La luz de los faroles alumbraba con sutileza nuestros cuerpos. Levanté la mirada a él y me quedé en silencio estudiando su rostro. Su piel era tan tersa y blanca que los vellos dorados de sus cejas y sus pestañas brillaban con la luz de la luna. Puso sus manos en mi pequeña cazadora, me la quitó. Confundida no puse objeción. Luego, sin pedirme permiso, me puso el *hoodie* y en automático mi cuerpo dejó de temblar.

—Oye, no sé qué esté pasando, pero ya te dije que lo sien… —silenció mis palabras con su dedo índice.

Apartó un mechón de mi cabello y ocultó su cabeza en mi cuello para inhalar mi perfume. Me quedé de piedra. No sabía qué estaba pasando, no sabía qué hacer, ó qué decir; solo estábamos los dos ahí, alumbrados por los faros de la noche; yo con su ropa puesta y él recargado en mi auto abrazado a mi cintura. De verdad, juro que no tenía idea de que era lo que estaba pasando, pero sentía que quería quedarme justo ahí… justo en ese momento tanto como me fuera posible.

Cerré mis ojos y descansé mi cabeza en su pecho. Me dió un tierno beso en el cabello, pero después abrí los ojos de golpe.

En efecto, no sabía lo que estaba pasando, pero no debía ser bueno. No después de lo que le hice. No conociéndolo. Y ahí, cerquita de su pecho, mi mente recorrió en busca de alguna lógica y

entonces lo entendí: él quería jugar conmigo y confundirme con sus acciones, pero lo que no sabía es que yo sabía jugar mejor.

Capítulo 11

Abrí los ojos al escuchar movimiento en la habitación. Cubrí mis pechos desnudos con la sábana blanca y me reincorporé en la cama, luego vi una preciosa espalda andar de prisa de aquí para allá poniéndose la ropa. Llevé mi mano a mis ojos y los tallé ligeramente.

—¿Qué hora es? —le pregunté desorientada.

—Las siete y treinta de la mañana —me respondió Arturo.

—Todavía falta más de una hora para la clase —protesté luego de volverme a tirar sobre la fiesta de almohadas, sábanas y ropa que era la cama.

—Sí, pero tengo que llegar temprano para hacer unas cosas. Tú no te preocupes, quédate en cama. Puedes llegar tarde a la clase si te apetece.

Le sonreí y me puse a observar la habitación unos momentos. Era pequeña y acogedora, muy diferente a lo que acostumbraba: grandes ventanales con vista privilegiada a la ciudad y espaciosos *penthouse*. Aquí todo era un poco más sencillo, un apartamento para uno y era todo.

—Me gusta tu apartamento —confesé.

Él se rió en voz baja.

—No tienes que mentir, es… pequeño, nada a lo que estás familiarizada.

—Quizá por eso me gusta —declaré.

Mi atención se quedó fija sobre él. Lo observé arreglando su oscuro cabello y ponerse loción.

—Eres hermosa, Dessiré. Me encanta pasar tiempo a tu lado.

Entrecerré los ojos limitando la luz que entraba por ellos desde el hueco que había entre el cristal de la ventana y la cortina, pero al parecer, mi profesor estaba a la espera de algún comentario por mi parte porque detuvo sus movimientos y me miró por el reflejo del espejo regalándome una preciosa sonrisa.

Como no supe que responderle, solté:

—¿Por qué todo mundo usa sábanas blancas?

Su tierno mirar, cambio de pronto a extrañado frunciendo el ceño, pero luego me contestó:

—No lo sé, creo que… porque se ve más limpio, más luz y dan más ganas de descansar —fue hasta la cama para dame un beso sobre los labios.

Me hinqué sobre la misma hundiéndome un poco en el colchón y pasé delicadamente mi mano sobre su cuello para ayudar a anudarle la corbata.

—¿Qué vas a hacer saliendo? —quiso saber.

—No lo sé, creo que ir a mi apartamento y descansar un poco.

—Me refiero al salir de la maestría. ¿Qué planes tienes para ti?

Resoplé al recordar el plan que mamá ya había ideado sin antes consultarme.

—No lo sé, mi mamá quiere que me vaya a París un tiempo —anuncié luego de volverme a tirar a la cama en un acto dramático.

—¿París? ¡Es asombroso! ¿Vas a completar el doctorado allá?

—Tal parece.

—París es precioso, yo también cursé mi doctorado allá. Si quieres puedo hablar con un colega de la universidad para que te tomen en cuenta y te den prioridad.

—¿Crees que no puedo entrar a la Universidad de Francia por méritos propios? —le interrumpí exasperada.

Arturo suspiró.

—Dessiré, sabes que no me refiero a eso… —me le quedé mirando mal—. Se me hace tarde, ¿te veo en el salón? —completó queriendo zafarse del tema. Luego se agachó para darme un último beso en los labios.

—Solo me doy un baño y salgo a la uni —le avisé.

—En el refrigerador hay fruta, yogurt, huevo…, lo que necesites para desayunar.

—Gracias, Arturo. Te veo más tarde.

Me metí a bañar con agua tibia relajando mi cuerpo, lavé mi cabello con toda la linea de cuidado del mismo. Como tenía previsto pasar todo el domingo por la noche con mi profesor,

afortunadamente me llevé ropa para iniciar la semana y todo mi *kit* de belleza.

Di un vistazo al espejo y me acomodé la minifalda de la nueva colección de *Dolce & Gabbana*; me puse mis botas altas, mi bufanda y abrigo, luego tomé una manzana del frutero y salí del apartamento.

Ese día me sentía especialmente positiva, tal vez fue por toda la noche de sexo que pasé con mi sexy profesor que me elevó hasta niveles insospechados la dopamina o la serotonina…, o lo que sea…, ó es que tal vez, solo tal vez, ¿me estaba enamorando de Arturo? Me dio un vuelco al corazón solo de pensarlo. Entonces, un recuerdo muy alojado en el fondo de mis pensamientos se hizo presente: Salvador. Como *flashes* se presentaban ante mí la sensación del latido de mi corazón cuando entrelazó sus dedos de la mano a la mía, aquella pelea donde terminamos cubiertos hasta la cejas de espuma, y, por sobre todo, aquel abrazo a la luz de los faros cuando me esperaba recargado sobre mi auto.

No fui consiente de que llevaba pintada una sonrisa en los labios hasta que el mismo recuerdo de la escena con la rubia me fastidió todo.

Exhalé sacudiendo mi cabeza y llevando mis dedos a mis sienes para dejar ir el pensamiento.

Después de un par de canciones llegué al plantel, pero no me bajé de inmediato, me quedé unos segundos admirando las pequeñas gotas de lluvia golpear con sutileza el cristal de mi parabrisas y el baile del repiqueteo sobre mis oídos. El cielo estaba completamente gris y lleno de nubes.

—Prometo que algún día me iré a vivir a Ibiza o Cartagena…, o quizá Tulum, algún sitio donde los rayos dorados del sol pueda abrazarme todos los días y salirme de una vez por todas de esta ciudad sombría y desangelada —manifesté en voz alta.

Bajé el espejo interior de visera de mi auto y retoqué mis labios de rojo. Acomodé mi cabello y salí. Pasé mis palmas sobre mi abrigo y sobre la minifalda. Vi a unos chicos y chicas secretearse cuando

me vieron, ellas desviaban la mirada y ellos me sonreían coquetamente. Todo me parecía muy raro, digo, era obvio que estaba acostumbrada a las miradas, pero, en aquella ocasión, había algo más en sus chismorreos. Me vi de nuevo en el reflejo del cristal en mi auto para ver si llevaba la falda levantada o qué era lo que pasaba.

Avancé unos cuantos metros y entré por el pasillo principal, el que llevaba a las aulas, a la plazoleta, al deportivo y a todos lados.

Me detuve en seco. Un frío glacial me estremeció todo el cuerpo y al mismo instante, un calor abrasador me picaba en la piel desde la planta de los pies hasta las palmas de las manos. Tenía la cara y las manos entumecidas y el estómago como si plomo hubiera caído sobre él. Giré a mi alrededor ante la mirada de todos los presentes.

—¡NO PUEDO CREERLO! ¡ESTO NO ESTÁ PASANDO! ¡NO ME PUEDE ESTAR PASANDO A MÍ! —balbuceé entre dientes.

El corazón comenzó a latirme con tanta fuerza que de pronto se convirtió en un zumbido en mis oídos y los cuchicheos en un murmullo amortiguado. Di vueltas sobre mío propio eje. ¡ESTABAN POR TODOS LADOS!

Me calvé las uñas en las palmas de mis manos provocándome dolor para ver si así lograba despertar de aquella absurda pesadilla.

Cuando pude salir del *shock*, y fui capaz de acordarme de respirar, fui consciente de que no era un sueño. Era real. Estaban ahí ante mis ojos y los de toda la universidad: docenas de carteles pegados por doquier, en cada rincón. En ellos aparecía una fotografía mía durmiendo entre unas sábanas blancas… ¡DESNUDA!, con una leyenda que rezaba:

“SOY UNA RAMERA CALIENTE”.

Capítulo 12

No fui consciente de que estaba hiperventilando, hasta que alguien me tomó de la mano y la apretó con fuerza. No podía apartar mi vista de los carteles. Luego aquella mano me soltó y comenzó a arrancarlos con fuerza, arrugarlos y romperlos. Hice lo mismo, me moví de aquí para allá quitándolos ante la mirada de algunos cuantos.

—¿De qué te ríes, imbécil? —escuché una voz decirle a otro chico detrás de mí.

Miré hasta ahí, Salvador estaba muy cerca de un chico como si quisiera partirle la cara. El pobre solo se asustó al verlo.

—Dessiré, ¡hey, tranquila!, todo va a estar bien —intentó calmarme Salvador, poniéndose frente a mí y tratando de llevar mi mirada a sus ojos, aunque fue inútil: no pude apartarla de todo lo que me rodeaba.

—¡Suéltame! —le grité, dando un manotazo —¡No necesito nada de ti!

Se me quedó viendo cuando a paso rápido me fui de ahí y entré directo al baño. Apoyé mi cuerpo en el lavabo, tratando de recobrar la frecuencia de mis latidos. Levanté mi mirada hacia el espejo y me observé un par de segundos y rápida e inconscientemente me llevé la mano a mi mejilla para limpiarme una lágrima. Respiré profundo, inhalé y exhalé despacio, luego saqué de mi bolso mi polvo compacto y puse un poco debajo de mis ojos, retoqué mi labial, y acomodé mi cabello.

—Todo va a estar bien —me calmé ante el espejo —Cualquier hijo de perra que haya sido, se va arrepentir —manifesté con ira apretando los dientes.

Volví a soltar el aire que estaba reteniendo. Salí de los baños con la misma clase y elegancia de siempre, y avancé hacia el salón no sin antes mirar disimuladamente hacia mis lados y percatarme de que ya no había ningún cartel.

Entré al salón y tomé asiento. Arturo ya tenía todo el pizarrón lleno de anotaciones y apenas habían pasado un par de minutos de que había iniciado la clase. Mi profesor volteó y al encontrar mis ojos dijo:

—Oh, ¡se quedó dormida la señorita! ¿O por qué el retraso? —luego se le pintó una sonrisa en el rostro.

El corazón me latía desenfrenadamente y mi mente era un manojo de dudas. Pensé en la imagen de hace un rato, acostada entre sus sábanas blancas y luego la foto de allá afuera… casi pudiera apostar que…

—No importa, solo comience a tomar nota, señorita Fontana —completó luego de no recibir respuesta de mí.

Toda la clase me la pasé tratando de encontrar la manera de saber quién lo hizo, quién fue el reverendo hijo de puta que pudo hacer esto. ¡Tenía que encontrarlo! ¡Tenía que averiguarlo!, pero… ¿cómo? Lo más fácil era ir a dirección y pedir que revisaran las cámaras de seguridad, pero, primero: si se lo pedía a Arturo y si él tenía algo que ver, era obvio que no me lo diría. Segundo: si fuera con el consejero o director, y suponiendo que Arturo fuera el culpable, se armaría tremendo escándalo que perjudicaría mi carrera y mi doctorado por haberme liado con un profesor, entonces, tenía que investigarlo por mi propia cuenta. Necesitaba pedirle ayuda a alguien… pero… ¿a quién? Bueno sí, sí sabía a quién, pero acababa de decirle que no lo necesitaba.

Giré mi vista hacia el otro extremo del salón y ahí estaba Salvador, viéndome cuando creía que yo no lo estaba viendo.

El tiempo de la clase se me fue volando hasta que me sobresaltó el sonido la campana, todo porque mi cerebro iba a mil por hora tratando de encontrar una respuesta.

—Oye… espera —le pedí a Salvador cuando estaba por cruzar el umbral de la puerta.

Se detuvo y se volteó a mirarme.

—Siento… —aclaré mi garganta —siento haberte hablado así hace rato…

—¿Hablado?

—Bueno, gritado —rodé los ojos—, solo que yo… estaba algo furiosa —me excusé—. Salvador tú… ¿pudieras ayudarme a investigar quién lo hizo? —le susurré casi en secreto sintiendo el rubor esparciéndoseme por las mejillas.

—¿Para qué quieres saber quién lo hizo? Deja de darle importancia a esa clase de personas. Demuestra que no te afectó.

—¡Estás loco! ¿Cómo lo voy a dejar así? —le levanté de nuevo la voz.

Se me quedó mirando en silencio.

—Lo… siento… de nuevo —me disculpé avergonzada.

—Pues no le veo sentido. Tú eres una mujer inteligente y fuerte, no deberías andar jugando a las venganzas…

—No se trata de eso, solo que yo… quiero saber.

—No creo, nena, estaré ocupado —indicó antes de salir del aula.

—Salvador, espera… yo sé que tú sabes *hackear* y esas cosas…

Se rió en voz baja.

—¿*Hackear*? —repitió divertido.

—Sí o cómo sea que se llame… —giré la mirada con desdén.

—Sí que me has investigado, bonita…

Resoplé con hastío.

—¿Y piensas que puedo *hackear* un pedazo de papel o qué?

—¿Sabes qué? ¡Olvídalo! Pensé que querías ayudar.

—Dijiste que no me necesitabas —completó antes de ponerse en marcha.

Sentí una mirada sobre mí, la devolví por entre las ventanas del aula y Arturo estaba ahí, como que no queriendo la cosa prestando atención en la conversación que tuve con Salvador. Me di la media vuelta y me fui de ahí.

Me subí a mi coche y avancé hacia la salida mientras mi mente trataba de hacer una copia exacta de aquella foto memorizando cada detalle, solo para intentar descifrar en qué cama fue.

La luz del semáforo me indicó un alto y lo hice, cuando un claxon a mi par hizo sobresaltarme. Miré ahí y del *Audi* negro de Salvador vi que bajaba la ventanilla del copiloto, hice lo mismo con la mía.

—Sígueme, te ayudaré —propuso.

Le sonreí y doblé en la esquina igual que él.

Llegamos al edificio y esperé mientras me permitían el acceso al estacionamiento privado. Vino a mi mente aquella noche en la que Salvador me llevó en sus brazos hasta su habitación, luego me vino una oleada de calor en las mejillas al recordar lo ebria que estaba. Bajé del auto y fui hasta él.

Salvador con mucha amabilidad saludó al portero y yo me sorprendí, ¿quién diría que debajo de esa faceta de *bad boy* se escondiera un hombre cortés y educado? Ambos subimos por el ascensor hasta llegar a su penthouse.

—¡Qué bonito apartamento! —exclamé al entrar y ver la espaciosa estancia y la vista perfecta a la ciudad que daban los ventanales.

—Sí, se ve diferente una vez que uno está sobrio —observó soltando unas risillas por lo bajo—, pero gracias, linda.

También solté una risa discreta.

Dejó las llaves en la mesita en la entrada y se quitó la cazadora.

—Ponte cómoda, ya vuelvo —indicó yéndose hacia su recámara. Eso sí que recordaba bien donde estaba.

Me acerqué a los ventanales y me puse a contemplar la ciudad, que parecía olvidada por el sol. Las gotas de agua aún marcaban los vidrios y los arboles abajo estaban cubiertos del agua de la lluvia. Aunque fría, parecía una tarde linda.

Me puse a buscar mi edificio y lo encontré. Me di cuenta de que vivíamos relativamente cerca.

Me quité mi blanco abrigo y lo puse en el perchero. Crucé mis brazos y caí en cuenta de la paz asombrosa que sentía en aquel momento que hasta yo misma me reí al recordar lo de esta mañana.

Salvador volvió a la estancia, se había cambiado de ropa, llevaba puesto un pantalón deportivo color gris y una playera básica en negro. Caminó con cautela y pies descalzos hacia la cocina y me dijo:

—Qué linda te ves sonriendo… ¿puedo saber el motivo?

—Bueno solo… es que de aquí se alcanza a ver mi apartamento —reconocí.

Él continuó haciendo lo suyo en la cocina, así que lo seguí hasta ahí. Sacó del microondas una pizza instantánea que puso minutos antes, luego sacó dos cervezas del refrigerador y me tendió una en la mano.

—¡Oh! No, muchas gracias, yo no tomo cerveza.

—Tengo también vino de mesa, vodka, ron…

—Salvador, no vine a una cita. Vine a que me ayudaras —le recordé.

—Tranquila, el mal ya está hecho, ya la gente lo vio. Da exactamente igual si lo haces ahora o en quince minutos con el estómago contento.

Puse los ojos en blanco.

—Aunque déjame decirte que quizá haya gente como yo.

—¿Cómo tú?

—Sí, gente que se guardó una copia para verla con atención en casa.

Le lancé un débil golpe mientras sonreía.

—¡Eres un enfermo! —exclamé divertida.

—Es que… ¡Por Dios! ¡Qué cuerpo! —soltó luego de carcajearse.

Ambos continuamos la risa un par de segundos hasta que mi risa cesó y lo contemplé: se le formaban unos pequeños y casi invisibles hoyuelos en las mejillas y sus labios eran tan rosados que contrastaban con sus dientes blancos y perfectos. Se veía tan… tan…

—Entonces… ¿ron o vodka? —me bajó de la nube.

—Es mediodía… ¿cómo crees? —le recordé.

—No sabía que el hígado tuviera hora de apertura —bromeó.

—Va… te acepto una cerveza —dije rendida.

Tomé la botella que abrió antes y le di un trago, automáticamente hice un puchero y Salvador se volvió a reír.

—Perdona que no haya preparado una comida a tu altura pero… no estaba en mis planes tener visitas hoy.

—La pizza está bien —le afirmé.

Recargué mi cuerpo aún de pie en la mesa y Salvador se acercó para tomar un pedazo de pizza que estaba cerca de mí y luego lo llevó a su boca.

—¿Te gusta? ¿Es buena verdad?

Asentí en silencio degustándola con calma.

—Ahora bien, vamos a comenzar con la investigación. Necesito hacerle una serie de preguntas, señorita —habló como si se tratase de un detective en alguna serie policiaca—. ¿Promete decir la verdad y nada más que la verdad?

—Lo prometo —respondí con la palma de mi mano en alto siguiéndole el juego.

—Bien. En base a lo acontecido esta mañana, esa serie de sucios sucesos que podrían dañar su reputación y causarle traumas de por vida, responda lo siguiente: ¿con quién ha dormido recientemente?

Sentí una oleada de calor recorriéndome desde la planta de los pies hasta la cara. Mastiqué muy lento el pedazo de pizza en mi boca, para ganar tiempo. Luego de tragar el pedazo di un largo, muy largo, sorbo a la cerveza hasta acabarla. Salvador me observó como si me estudiara.

—Bien, tomaré eso como información confidencial —dijo al fin —. Aunque ese sujeto sí que tiene suerte… pero bueno, eso no es el tema de hoy —se interrumpió rápidamente—. Ya que no se me permite saber el nombre, preguntaré: ¿sospechas de él?

Procuré mantener mi boca ocupada así que le di otro mordisco a la rebanada de pizza. ¿Cómo iba a decirle: "oye, sí, creo que fue nuestro profesor, pero no estoy segura. Quizá fue Aarón… o no, espera, quizá fue uno de los tantos con los que he dormido, pero ni siquiera estoy segura de quién?" Es imposible.

—Solo quiero que me digas de dónde vino esa foto. Es todo.

—Bien, ya que no quieres decirme con quién duermes… lo tendré que averiguar, pero antes debo hacerte otra pregunta —murmuró llevando otro pedazo de pizza a su boca—. ¿Estás preparada para la decepción?

—¿Decepción?

—Claro… digo, si le entregas tu cuerpo significa que confías en él ¿no? Entonces…

—Estoy preparada para lo que sea —solté con coraje.

—¿Puedo saber qué le harás al responsable?

—No lo sé, pero de una cosa estoy segura… le daré en donde más le duela —gruñí apretando los dientes iracunda.

—Espera un segundo —dijo acercándose a mí y llevando una servilleta a las comisuras de mi boca—. Ahora sí, vuélvelo a decir, pero ahora sin esa mancha de salsa de tomate que no te permitía lucir malvada.

Me eché a reír. No había caído en cuenta de que ya estaba sentada sobre la mesa y él literalmente entre mis piernas; todo muy natural y sin connotación sexual. Me miró en silencio, riéndome aún por lo del tomate, pero luego acarició mi cabello con suavidad y mi sonrisa se fue. Lo miré a los ojos y de nuevo el corazón comenzó a latirme como si estuviera corriendo un maratón. Salvador pegó su cara a mi cabello e inhaló su olor, luego sin esperármelo me plantó un tierno beso en la frente.

Volvió a pasar. Me sentí igual que en aquella noche de fiesta: confundida y… ¿feliz?

Alcé mi cabeza para encontrarme con él y nuestros labios quedaron a solo dos centímetros de distancia, casi podía rozarlos. Él cerró los ojos, contrario a mí, que los mantenía muy abiertos para no perderme ninguno de sus movimientos. Sus dedos fueron a mis mejillas acariciándolas con suavidad. Mi corazón, mi mente y mi cuerpo me pedían a gritos que lo besara, pero luego reaccioné y bajé la cabeza, lo aparté sutilmente de mi cuerpo. Él carraspeó y yo desvié mi mirada hacia otro lado.

—Bien, ¿ya podemos investigar? —rompí vilmente la tensión en la atmósfera.

—Sí, vamos al estudio —me pidió.

Di un salto y me bajé de la mesa para seguirlo. Él abrió una puerta que daba hacia una oficina minimalista y ordenada. Se puso frente al computador, luego sacó su teléfono del bolsillo y lo dejó encima del escritorio. Yo aún trataba de controlar los latidos de mi corazón. Me recargué sobre el umbral de la puerta viéndolo en silencio, y luego vi que sacó una hoja doblada de su mochila.

—¡Eres un imbécil! —me reí —¡Era verdad que habías conservado uno!

—Y no fui el único —rió también—. Ven acá —ordenó con un ademán—. Escucha, no quiero que esto te afecte —señaló clavando sus ojos en mí—. Tú eres una mujer inteligente y no tienes nada que demostrarle a nadie de quién eres o quién no. Quien te quiera o te ame, te va a querer por lo que eres, por lo que conozca de ti, no por lo que piensen los demás.

Sentí un alivio dentro de mí, pero solo me limité a regalarle media sonrisa.

—¿Estás lista para saber quién fue el hijo de puta que lo hizo?

Mi estómago me daba vuelcos, las manos me sudaban y el corazón comenzó de nuevo a desbocarse.

Asentí en silencio. Salvador colocó el papel sobre el escáner y luego lo miró en la pantalla. Continuó haciendo movimientos un par de minutos que a mí me parecieron una eternidad.

—Bien, ya está el resultado. Está arrojándome el número de teléfono del que salió la foto, pero escucha, prométeme algo —susurró tomándome de las manos—: sea quién sea no vas a tomar venganza.

—¿Qué dices? ¡Claro que sí!

—Demuestra que eres mejor persona. Muchas veces las personas nos equivocamos y quizá esto lo hayan hecho por enojo o por idiotas pero…

—¡YA! —le grité —¡DIME QUIÉN FUE!

Salvador volvió su mirada a la pantalla y se quedó sin palabras. Rápidamente leí el número de teléfono que arrojó el programa y con las manos temblándome aún, marqué desde mi teléfono. Mi corazón latente se unió con el primer timbrazo y luego todo pareció detenerse. El teléfono de Salvador encima del escritorio comenzó a sonar. Ví que él mantenía sus ojos cerrados y luego volteé hacia el aparato que mostraba mi número en la pantalla. Había sido él. La fotografía había sido tomada con el teléfono que estaba a diez centímetros de mí. El de Salvador.

Capítulo 13

La cabeza me dolía mucho. Sentía un dolor punzante que me daba desde el lado derecho y se me alojaba en la nuca. Repasaba de arriba a abajo, de pies a cabeza la manera en la que esa foto pudo llegar hasta ese teléfono. Mi mirada estaba perdida en las luces que atravesaban los cristales de los ventanales, mojados por unas pocas gotas de la lluvia que ya había cesado. Estaba sentada con las piernas cruzadas en el centro de la cama como en posición de yoga. El sonido de la ciudad parecía muy lejano y se mezclaba con toda la maraña de mis pensamientos.

Salvador me cubrió con una manta y se dejó caer de espaldas en la misma cama. Hice lo mismo y dejé caer mi cuerpo hacia atrás, acostándome a la par y a la inversa de él. Los dos fijamos nuestras miradas en el techo y nos quedamos en silencio unos segundos. Luego giré mi cabeza a la izquierda y me encontré con sus ojos viéndome.

—¿Por qué? —me preguntó.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no crees que haya sido yo?

Se me formó un nudo en la garganta, y con apenas un hilo de voz y mis ojos cristalizados le confesé:

—No quiero creerlo… no de ti.

Me tomó mi mano entre las suyas y la llevó hasta su boca para darle un beso.

—¿Por qué confías en mí, Dessiré?

¿Por qué confiaba en él? ¡Qué locura! No tenía sentido alguno, puesto que nos habíamos fastidiado la vida desde que nos habíamos conocido. No tenía lógica confiar en él, mi mente lo sabía, pero… algo dentro de mí no quería creerlo ni aceptar la idea de que eso fuera posible.

—No lo sé —solté en un susurro.

El silencio volvió a reinar mirándonos a los ojos y sin esperarlo, ni pedir permiso, una lágrima corrió por mi mejilla, pero antes de que pudiera hacer nada, Salvador delicadamente la secó con su dedo.

—Te prometo que vamos a averiguar cómo llegó esa foto a mi teléfono. Te lo juro.

Asentí en silencio y le regalé una débil sonrisa.

—Ven, te voy a preparar algo para que cenes —indicó animándome un poco.

—No tengo hambre.

—No me importa, tienes que comer algo. ¿Te parece bien si te das un baño con agua caliente y te relajas mientras yo preparo algo para cenar? —propuso.

Le sonreí al mirar ese extraño brillo en su mirada.

—Bien. ¿Te gusta el pollo? ¿Fajitas de pollo?

—Lo que sea está bien.

—Te voy a poner aquí sobre la cama algo de ropa que quizá te pueda quedar para que te pongas cómoda.

—Gracias.

Me metí a la ducha luego de verlo salir de la habitación. Me quité la ropa y me miré al espejo; qué fatal me veía. Maldije por lo bajo por no haberme puesto mi máscara de pestañas a prueba de agua pues mi maquillaje estaba algo corrido. Abrí el grifo del agua caliente y tomé con calma un baño.

Unos minutos después, salí con la toalla anudada a mi cuerpo. Fui directo a su cama, había un pantalón deportivo color negro y una sudadera color gris. Me los puse. El pants me quedaba un poco grande, pero decidí usarlo de todos modos.

Caminé descalza hasta donde estaba Salvador, y lo ví haciendo una llamada a la vez que cocinaba algo.

—Sí, por favor, Ricardo, ya te envié el archivo. Lo necesito urgentemente, sí, son las diez y treinta y cinco—confirmó luego de mirar su reloj—. Llámame cuando lo tengas listo.

Me detuve frente al ventanal para admirar la enorme luna llena que se abría paso entre las densas nubes.

—¿No te parece cansado que siempre llueva? —soltó de pronto.

—Bastante —le respondí regresándole la mirada.

—Quisiera irme a vivir a lugar con luz y sol —manifestó sonriendo ligera e inconscientemente. —Vamos, que esto ya está —dijo refiriéndose a la comida poniéndolo en platos—. Esta vez no vamos a comer en la mesa, te voy a llevar a mi lugar favorito del apartamento.

Lo vi cargar las cosas junto con una botella de vino en una charola de madera.

—Vamos, sube las escaleras —propuso señalándome el camino con la barbilla.

Obedecí y fui hasta ahí. Tenía razón. Esto debería ser el lugar favorito de cualquiera.

Sobre el suelo había un rincón con un gran tapete color vino y muchos cojines de diferentes tamaños. Estaba justo frente al ventanal y se podía ver la ciudad entera. La luna parecía posarse sobre nuestras cabezas y las pequeñas luces que adornaban el lugar alumbraban también el jacuzzi que lo hacían ver aún más de ensueño.

—Esto es… ¡es hermoso! —exclamé maravillada.

—¿Te gusta? Lo utilizo para leer o cuando necesito aislarme del mundo.

—Es precioso… —declaré tomando sitio en el suelo, acomodándome un cojín entre las piernas.

Salvador se sentó a mi lado y puso la comida encima de una mesita. Sirvió dos copas de vino de mesa y me ofreció una. Di un sorbo.

—¿Qué vas a hacer luego de terminar la maestría? —me interesé.

—No lo sé, quiero dejar pasar un tiempo antes de estudiar el doctorado. Quiero dedicarme a trabajar de lleno y, quizá, irme a vivir a otro lugar.

—¿Dónde están tus papás?

—Ahora en Lyon, Francia —me contó.

—Mis papás también viven en Francia —solté con casi una ridícula emoción por la coincidencia—. En París —completé.

—Y, ¿te gusta París?

—No mucho. Bueno sí, es lindo cuando vas de visita, pero no me gusta para vivir, es… ¿frio?, quiero decir, la gente y… todo.

—A mí tampoco. Prefiero la playa, me encanta el mar, el surf…, no sé, me gusta la libertad —confesó.

Me vino a la mente lo que dijo Aarón aquella vez en el café, lo de que éramos iguales.

Sonriendo me llevé la comida a la boca. Me percaté que Salvador me contemplaba como con dulzura y rápidamente llevé mis manos a limpiarme las comisuras, no quería pasar de nuevo la escena del tomate de la mañana.

—¿Qué? —pregunté casi angustiada al ver que me seguía mirando.

—Nada. Solo es que… me gusta verte así —murmuró luego de moverme un poco el cabello.

—¿Cómo? —articulé con comida aún en la boca.

—A ti.

—¿A mí?

Asintió.

—Pero siempre me ves todos los días —indiqué con una ligera risa.

—Veo a la chica que tú quieres que veamos, aquella glamurosa y refinada niña de papi, hermosa e inalcanzable. La que vuelve locos a todos… pero a mí… a mí me vuelve loco ella —remarcó señalando mi cara—. La que no trae los labios color rojo, la que no trae zapatillas altas, la que no trae maquillaje, la del cabello mojado, la que habla con la boca llena…, la que se mancha las comisuras de tomate…

Mi corazón parecía quererse salir por mi garganta, tenía los latidos a mil, el revoloteo en mi estomago anidaba mariposas que rogaban desembocar en sus labios.

Se me acercó un poco más y puso su mano en mi mentón, luego cerró los ojos y me acarició el cabello mientras su boca iba en camino a la mía.

No iba poder controlarme, lo juro, no iba a poder ser capaz de no rendirme ante él y tenía que hacer todo lo que estuviera a mi alcance para tenerlo lejos de mis labios.

—¿Y siempre traes a tus chicas a este lugar? —solté fuertemente rompiendo la atmósfera que había entre nosotros.

—¿Qué?

—¿Que si siempre traes a este sitio a las chicas con las que duermes?

Se quedó perplejo. Titubeó desconcertado y luego dijo:

—No. Este es mi lugar secreto, algo demasiado personal como para compartirlo con cualquier persona.

—Entonces, ¿por qué me trajiste a mí?

Salvador volteó su mirada a la noche a través del cristal y se lo pensó un par de segundos, luego como saboreando la respuesta que tenía en la punta de la lengua y con frialdad volvió a poner de nuevo su mirada en mí.

—No lo sé.

El silencio reinó en el aire unos segundos y la tensión en el ambiente comenzaba a apoderarse hasta que su teléfono comenzó a sonar espantándonos de pronto, así que se rompió aquella burbuja y solo reímos en voz baja.

—Sí, hola —contestó Salvador al aparato. —*Okay*, dame un segundo, te voy a poner en altavoz.

Salvador puso el teléfono entre nosotros y escuché:

—Sí, bueno, Salvador, ya estuve revisando el archivo que me mandaste y déjame decirte que necesitas presentarme a esa chica —soltó entre risas el hombre al otro lado de la línea.

Me ruboricé al instante confundida.

—Ricardo… —interrumpió Salvador un tanto molesto.

—Bueno ya, escucha: la fotografía ha sido modificada con un excelente *Photoshop*. La foto es real, salió de tu teléfono, pero ya estuve investigando un poco y hay una copia encriptada. En una sale la misma chica durmiendo pero con ropa, ella trae… humm… una playera gris como de hombre, espera ya te confirmo… estoy viendo la foto ahora mismo. Sí, una playera gris y se ve que alguien le está tomando la mano aunque no se ve de quién es. En la foto del cartel, está en la misma posición, pero cambiaron el cuerpo con el programa y borraron la mano. Aquí me aparece que fue enviada a otro dispositivo cinco segundos después de haber sido tomada,

pero… estoy teniendo problemas para ver el número… esto ya te lo resolvería mañana porque me hace falta un programa que tengo en la oficina.

—Gracias, Ricky, estoy al pendiente —señaló el rubio antes de colgar.

¿Qué persona tan enferma pudo hacer esto? Aunque, para ser completamente sincera, mi corazón sintió un alivio inmediato al saber que Salvador no era el responsable.

—Estamos cada vez más cerca de dar con quién lo hizo —me confirmó Salvador con una sonrisa reconfortante.

Las horas pasaron muy rápido a su lado. Continuamos viendo la luna acostados en el sitio favorito de Salvador, riendo y contándonos un poco de nuestras vidas. Las gotas de lluvia volvieron a llenar el cristal. Los ojos comenzaron a pesarme un poco y después demasiado. Salvador me acariciaba el cabello hasta que, poco a poco, el sonido del agua me pareció muy lejano.

Fue ahí, en la mitad de la noche, cuando mis ojos se abrieron de golpe como si quisieran salirse de sus cuencas. Miré mi teléfono, marcaban las cuatro con siete de la madrugada. Rápidamente volteé a mi izquierda.

—Salvador, Salvador, ¡despierta! —le grité en voz baja, si es eso posible…

Él estaba dormido a unos metros de mí, así que me arrastré hasta su lado. Se movió un poco y luego se talló los ojos antes de abrirlos.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es? —divagó entre un bostezo.

—Salvador, ¿qué carrera estudia ella? —le cuestioné ansiosa.

—¿Quién? —pronunció confundido.

—Ella… Amanda.

—¿Amanda?

—Sí, la flaca de ojos azules de la fiesta.

—Querrás decir Samantha —me corrigió.

—Sí, bueno lo que sea… para lo que me importa…

—Humm —se lo pensó un poco—, una maestría en informática.

Las piezas habían caído en su lugar.

—¡Eso es!… ¡ella fue!

—¿Qué? Samy es muy noble, no creo que ella…

—Prepárate para la decepción —le interrumpí.

Salvador se quedó pensando o quizá despertándose un poco, luego se sentó y se quedó mirando a la luna. Yo tenía la mirada clavada en él. Lo vi ponerse de pie.

—Vamos a averiguarlo —dijo tomándome de la mano.

Llegamos a la recepción y saludamos al encargado en turno. Salvador pidió las grabaciones de las cámaras de seguridad de ese día y, después de unos minutos en espera, por fin nos dejaron pasar al cuarto de seguridad.

Los tres mirábamos el monitor con atención. Los colores se me subieron al rostro al ver la escena en la que me llevaba cargada. Salvador volteó a verme divertido y yo rodé los ojos.

—Adelántele, por favor —pedí.

Lo hizo y horas más tarde pudimos ver a Samantha llegando al lugar, se paró en la recepción, pero al chico se le veía cabizbajo y… ¿dormido? Salvador le lanzó una mirada fulminante a quien estaba a su izquierda y este solo se limitó a decir:

—Lo siento mucho, señor.

Entonces la rubia subió por el ascensor sin dejar registro. El video continuaba siguiéndola, hasta que las puertas se abrieron en el *penthouse* de Salvador y, sin más, entró.

Los tres nos quedamos boquiabiertos al ver la escena.

—Bien. Gracias —dijo Salvador al chico—. Después veo contigo lo de quedarte dormido —indicó como reprendiéndolo.

Salimos de ahí y nos dirigimos de nuevo al apartamento.

Volvimos al dormitorio y recreamos lo acontecido.

—Jamás la creería capaz —repetía consternado—. A Samantha la conozco desde que éramos niños. Vivió conmigo en Irlanda cuando teníamos cinco años y, después de eso… crecimos juntos.

—¿Era tu novia? —solté con un pequeño latir del corazón más acelerado de la cuenta.

—No meramente. Estuvimos cerca muchos años que parecíamos hermanos, luego, ella se mudó a esta ciudad para estudiar junto

conmigo. Le dije muchas veces que no funcionaría, pero ella siempre insistía, hasta que un día creí que tal vez debíamos darnos la oportunidad y comenzamos a salir.

—¿Y luego?

—Te conocí.

—Espera… entonces, ¿por qué en la fiesta se hizo la sorprendida con lo del moño?, si ella ya nos había visto juntos esa noche en tu cama. ¡Ya había tomado la foto!

—No lo sé… —divagó Salvador muy pensativo y dándole vueltas al asunto.

—¡Esa maldita perra es una enferma! —dije por lo alto.

—Espera… esa noche… esa noche —murmuró haciendo memoria— me llamó por teléfono que quería verme y le dije que sí, pero luego salí detrás de ti en aquella cafetería, y… ¡Por Dios! ¡Qué imbécil soy! —se lamentó—. No me acordé de cancelarle… y entonces… Samantha llegó por la noche, entró a mi habitación y te vio tendida en la cama tomándome de la mano y…, sacó la fotografía. ¡Sí! ¡Eso es! ¡Por eso no paraba de preguntarme si tenía algo que ver contigo! —confirmó Salvador con los ojos muy grandes y una sonrisa como quién acaba de descubrir un enigma.

—¿Qué te dijo cuando fuiste por ella luego que le dije lo de la fiesta? —me intrigué.

—No mucho, solo dijo qué cómo le pude hacer esto, que yo era… —carraspeó un segundo cabizbajo— que yo era… el amor de su vida —balbuceó apenado Salvador—. Que si sentía algo por ella, que la buscara, que siguiera a mi corazón… pero luego, eso fue lo que detonó todo esto. No fui tras ella, me detuve en la entrada del jardín de la fiesta y no la seguí y eso fue lo que le dolió, porque en su lugar, fui a esperarte a ti… en tu coche.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté con un hilo de voz.

Salvador me sostuvo la mirada unos segundos y después reconoció:

—Porque eras a la única persona que quería ver.

«¡Maldita estúpida!» pensé para mí. Sí que era inteligente: darse el tiempo de hasta tomar la fotografía con el teléfono de

Salvador, luego se la había enviado al suyo y la mantuvo guardada hasta que fuera el momento.

¡Tenía que destruirla! Esto no se iba a quedar así, tenía que darle donde más le doliera… y entonces vino a mi mente la frase dicha hace unos segundos por Salvador: "me dijo que yo era el amor de su vida" y mi sonrisa se dibujó. Estaba todo tan claro y tan fácil.

Estaba dispuesta a quitarle aquello que más había querido desde niña… y estaba sentado justo frente a mí.

Capítulo 14

Me di otra vez un vistazo al espejo para retocar mis labios. Aquel día había puesto un poco más de esmero en mi arreglo personal, más que en cualquier otro día. Decidí ponerme un conjuntito que había comprado la última vez que fui a visitar a mis padres en París. Acomodé las ondas castañas de mi cabello y salí del baño de chicas.

Caminé por los pasillos para llegar hasta el aula escolar. Todo parecía tan normal; las miradas de los chicos y chicas estaban sobre mí, pero de eso, ya estaba acostumbrada. Hasta me costaba creer que hace apenas unos días todo a mi alrededor estaba tapizado con mi imagen desnuda… bueno… un cuerpo falso, pero al fin de cuentas bastante parecido al mío. Aunque, para ser sincera, una parte de mí sentía el ego elevado, pues gracias a esa imagen mi popularidad había aumentado.

Faltaban quince minutos para que comenzara la clase, pero aún así entré al salón y me senté en el primer lugar de la quinta fila.

—Buenos días —saludé de forma coqueta tomando un mechón de cabello entre mis manos.

—Buenos días —me respondió Arturo levantando la vista de un libro—. Señorita Fontana, ¿puede acercarse a mi lugar, por favor? —pidió ante la mirada de unos cuantos que ya esperaban la clase.

Fui hasta él y recargué mi cuerpo sobre el escritorio dándole vista a mis piernas. Le regalé una sonrisa, reflejándome en el gris de su mirar.

—Ya tuve acceso a las cámaras de seguridad de la universidad. Sé quién fue el responsable de lo del lunes pasado —dijo en voz baja luego de aclararse la garganta—. Ya se están tomando cartas en el asunto.

Su noticia me tomó por sorpresa.

—¿Qué? ¿Tú… tú los viste? —balbuceé sonrojada.

—Nada que no haya visto antes —soltó entre dientes.

Volteé hacia la clase para cerciorarme que nadie hubiese escuchado.

—Fuera de eso, es un delito penal y ya se están tomando medidas —anunció Arturo volviendo a ponerse serio.

—Sé quién fue. Gracias por querer ayudar, pero… lo mejor será que yo me haga cargo.

—Dessiré, lo que pasó fue algo muy grave. No me gustaría que esa persona que intentó perjudicarte se salga con la suya. Debes dejar que las leyes se encarguen.

—Sí, yo ya… tengo un plan —afirmé—. Aparte ese cuerpo no era mío.

—Sí, eso lo sé, les faltó ponerte el hermoso y pequeño lunar que tienes sobre tu pecho izquierdo.

Una oleada de calor se me subió hasta mis mejillas y rápidamente volví a voltear para asegurarme de que nadie estuviera cerca.

—Hablando de planes… ¿tienes algo para hoy por la noche? —quiso saber volviendo la vista al libro.

—Depende quién pregunte…

Sonrió mostrando sus perfectos dientes, luego se mordió el labio inferior.

—¿A dónde me vas a invitar? —le pregunté de forma traviesa—. Se me antoja tenerte dentro de mí —le solté de pronto.

Ahora los colores se le subieron a él por el cuello hasta quedarse en su cara. Carraspeó y se acomodó el nudo de su corbata recomponiéndose en su escritorio.

—Un amigo de la infancia festeja su cumpleaños hoy por la noche y me gustaría que me acompañaras. Además es abogado, podemos asesorarnos para el caso.

—Puaj, que aburrido —expresé.

Volvió a sonreír.

—Arturo, ¿no crees que es demasiado peligroso que nos vean juntos? —observé.

—Tranquila, no habrá nadie de quien debamos preocuparnos. Solo serán amigos míos de hace un par de años.

—Con una condición… —remarqué regalándole una sonrisa.

—Te prometo que cuando se acabe, iremos a mi departamento y estaré dentro de ti toda la noche —susurró ocultado su boca en un movimiento rápido de su mano tocando su barbilla.

Le sonreí ampliamente satisfecha de aquel plan.

De pronto una voz desde el umbral de la puerta nos hizo sobresaltar.

—Doctor, ¿me permite la entrada?

Recobré rápidamente la compostura de mi cuerpo al reconocer la voz, así que, sin voltear a la puerta, sabía que Salvador estaba ahí. Giré sobre mis talones y tomé mi lugar en el pupitre.

—Las ocho de la mañana en punto, Dieste. No quiero volver a tocar contigo el tema de la puntualidad —reprendió Arturo de mala gana.

Salvador entró al salón y se sentó en el segundo asiento de la sexta fila. Enseguida, volteé a su lado y le regalé una sonrisa. Él la correspondió.

Arturo comenzó a llenar la pizarra con anotaciones de fórmulas, teorías y teoremas, como de costumbre. Yo estaba tomando apuntes cuando Salvador me tocó el brazo para después entregarme un papel con una nota. Yo, dudosa, lo tomé. «*¿Estamos en la secundaria acaso para estar mandándonos recaditos?*» pensé, pero solo me limité a sonreírle y asegurarme de que nuestro profesor no estuviera viendo.

Abrí el papel y leí:

¿Quieres salir conmigo a divertirte esta noche?
Prometo te la pasarás genial.

La sonrisa se me dibujó en automático. Mis ojos volvieron a Arturo, pero luego recordé el plan que ya había hecho con él.

Miré de fijo las anotaciones fingiendo concentración; tenía que decidir con quién lo quería pasar. Aunque a decir verdad, no había podido dormir bien en toda la semana porque mi mente repasaba

una y otra vez cómo podría conquistar a Salvador, hacerlo que estuviera loquito por mí y así vengarme de ella. Debía aprovechar todas las oportunidades, invitaciones o cada momento que me permitieran estar cerca de él.

Volteé y le confirmé con un movimiento de cabeza.

Dos horas después, cuando sonó la campana, tomé mis cosas con calma, dando tiempo para que el salón se vaciara. Salvador parecía estar esperándome afuera del aula, así que con sutileza me acerqué a Arturo.

—Profesor, ¿puedo hablarle un momento?

—Sí, claro. ¿Pasa algo?

Me acerqué a él y le dije en voz baja:

—No podrá ser lo de esta noche, lo siento mucho.

—¿Todo está bien? —preguntó preocupado.

—Sí, lo que pasa es que voy a tener que cuidar a mi abuela. Ella está enferma y no recordaba que tengo que ir a verla —mentí de la forma más vil que pudo ser.

—¿Tu abuela? Creí que tu familia estaba en París.

—¡No! —solté de golpe—. Solo mis padres están en París, mi abuela vive aquí —volví a mentir.

—¡Oh vaya! Es una pena. ¿Quieres que te ayude con algo? Si quieres podemos ir a verla juntos…

—No, no, no. No debes preocuparte —señalé luego de voltear a la puerta donde seguía esperando Salvador—, pero… ¿te parece bien si adelantamos lo de la noche en tu apartamento y me paso por él en la tarde…

—Mi niña, tengo que quedarme aquí, tengo algunos pendientes que hacer en la oficina. Quizá mañana podamos salir —me propuso.

—De acuerdo. Me muero por besarte —le susurré para que me leyera los labios.

Caminé hacia la puerta para encontrarme con Salvador.

—Hola —saludé coquetamente.

—Hola… bueno yo… quería ponerme de acuerdo contigo para lo de hoy.

Miré a mis espaldas rápidamente para asegurarme que Arturo estuviera lejos.

—¿Pasas por mí?

—No me lo imagino de otra manera.

—Bueno, y a todo esto, ¿cómo debo ir vestida?

—Como quieras, es una salida bastante casual, pero antes solo voy a cumplir con un amigo. ¿Al atardecer paso por ti?

—Te estaré esperando —completé con una sonrisa luego de ver el ligero y adorable rubor en sus mejillas.

Caminé hasta mi auto sin mirar atrás imaginando cómo me miró marcharme.

Estacioné mi auto y me quedé un rato contemplando las gotas caer en el parabrisas de mi coche en una tarde de cielo apagado. Suspiré fastidiada. Tomé mi laptop y mi bolso de mano, y caminé sintiendo las gotas rosarme la piel del rostro. Entré a *The Garden* y tomé un lugar junto a la ventana. Puse mis cosas sobre la mesa, cuando un joven se acercó a mí.

—Hola, ¿te puedo ofrecer algo? —me preguntó un menudo chico con un uniforme color verde.

—Hola, sí, un té de manzanilla y una ensalada con pollo, por favor.

Me puse a hacer unas investigaciones en mi *Mac* que Arturo había dejado para trabajar en casa.

Me concentré tanto que el tiempo se me pasó volando, tanto que no me di cuenta de que afuera ya había una tormenta. Miré mi reloj de mano que indicaba las tres y treinta y tres de la tarde. Tomé mis cosas, pasé un momento al baño para retocar mi maquillaje, y luego salí de la cafetería y me volví a poner en marcha hacia la universidad.

Una vez ahí, aceleré el paso hasta a la oficina de Arturo. Saludé a un par de profesores que conocía de cursos anteriores, y luego me detuve frente a su puerta. Llamé dos veces, hasta que él me permitió la entrada.

Al verme parada en el umbral un tanto salpicada por gotas de lluvia se puso de pie.

—Dessiré, ¿qué haces aquí? —logró decir antes de que diera unas zancadas hasta él y le diera un largo beso en los labios.

Mi profesor pasó sus manos por mi húmedo cabello y comenzó a acariciarme mientras me besaba. Rápidamente me quité el cárdigan y, él en un movimiento rápido deshizo el nudo de su corbata. Me tomó el trasero entre sus manos y me sentó al borde de su escritorio, a la vez que sus besos iban cayendo sobre mi cuello. Arrancó de un acto los botones de mi blusa blanca y siguió besando mis pechos. Tomé su cabeza entre mis manos, y guié su camino hacia dentro de mí. Seguí besándolo, y él saciando mi deseo.

Cuando los dos llegamos al orgasmo, estábamos tan exhaustos que la risa se apoderó de nosotros. Me senté en sus piernas para que él acariciara mi cabello.

—¿A qué se debió esta maravillosa visita? —soltó entre unas risas.

—No soportaría no verte tanto tiempo —le confesé muy cerca de su boca.

—¿Sigue en pie lo de cuidar a tu abuela?

—Muy en pie. De verdad me hubiera encantado salir contigo, pero… es algo que no puedo cancelar.

—No te preocupes, no quiero que lo canceles, me gustaría ir contigo —se ofreció.

—No pasa nada —le dije dándole otro beso—. Te estaré extrañando cada minuto.

—Si te desocupas y quieres verme, márcame. No importa la hora.

—Hablando de la hora… —miré mi reloj— ya son las cinco y media. Debería irme. Solo pasé a decirle a mi profesor favorito que ya terminé lo que dejó de tarea —completé dándole un besito en la punta de la nariz.

Me respondió con una sonrisa, y luego me miró sin decir nada.

—¿Qué?

Abrió el cajón principal en su escritorio y sacó una rosa roja.

—¿Y esta rosa? —pregunté asombrada.

—Tenía pensado dártela esta noche, pero bueno, mejor te la doy ahora. Dessiré, escucha —continuó clavando sus grises ojos en mí—, yo sé que por ahora no podemos mantener una relación porque eres mi alumna pero… quiero que sepas que…

—¿¡Qué!? —remarqué ansiosa después de que se quedara callado un par de segundos.

—Yo…

Me quedé mirando fijamente sus ojos.

—Bueno… es que desde que te conocí me pareciste una mujer hermosa y estos momentos que hemos pasado juntos, solo han confirmado lo que siento por ti.

La capacidad del habla me abandonó por completo. Abrí la boca, no pude articular nada. Él me observó como esperando una respuesta.

—Estoy enamorado de ti —completó poniendo la rosa en mi mano.

Me paré de golpe de sus piernas y fui a prisa hasta la puerta tomando mi bolso en el camino.

—Bueno… yo… tengo que irme. No quiero hacer esperar a la abuela —escupí de pronto como si todas las palabras se hubieran agrupado y salido todas juntas.

—Buena suerte. Te estaré pensando todo el tiempo —le escuché decir antes de cerrar la puerta tras de mí.

Acomodé las ondas de mi cabello algunas veces antes de verme por última vez al espejo. Llevaba puesto un vestido ajustado color negro a juego con las zapatillas altas y mis labios rojos, tomé mi abrigo y oprimí el botón del ascensor.

Casi me voy de bruces cuando vi a Salvador parado en la recepción. Llevaba unos vaqueros negros a juego con una fina camisa del mismo color, además de su cabello dorado perfectamente acomodado y una sonrisa preciosa. No había caído en cuenta de que sonreía, hasta que se acercó a mí y me dió un ligero beso en la mejilla. Luego me dio también una hermosa y frondosa rosa roja.

—¿Lista? —me preguntó.

Asentí.

—¿Es amigo tuyo? —le pregunté una vez que llegamos al lujoso y moderno edificio.

—Sí, me asesoró una vez y después de eso nuestra amistad inició. Te va a caer bien, es un buen sujeto.

El ascensor llegó y entramos al penthouse del amigo. Nos encontramos con cuatro hombres y tres chicas que recibieron con un abrazo a Salvador, luego, él me presentó con ellos. Felicité al cumpleañero y, después, tomé una copa de vino del *catering* y me puse a admirar la espectacular vista a la ciudad, de otro ángulo diferente al de casa.

—¿La estás pasando bien? —preguntó Salvador.

—Sí, claro. Tus amigos son magníficos —exclamé luego de escucharlos reír en voz alta.

El tiempo corría y yo platicaba con ellos y con Salvador, comíamos aperitivos y bebíamos vino. Me acerqué a la mesa de billar en el centro de la sala de estar y comencé a hacer mis mejores jugadas ante la mirada sorprendida de algunos cuantos.

—Que ya viene entrando al edificio —dijo alguien en voz alta al anfitrión de la reunión.

Salvador se acercó a mí, y después me apartó el cabello de la cara. Yo, me recargué en la mesa y fijé mis ojos en los de él.

—Nos podemos ir de aquí cuando quieras —me susurró al oído.

Sentí su tibia mano en la piel desnuda de mi espalda baja sobre el escote de mi vestido. Se me erizó la piel y mis ojos se cerraron a su tacto, pero luego el sonido del ascensor me hizo bajar de la nube. Volteé hasta ahí, igual que todos los presentes, de pronto, esta se abrió para dejar ver al invitado que faltaba esta noche en la fiesta: Arturo.

Capítulo 15

Fue en menos de un segundo cuando volví a voltear mi cuerpo hacia la mesa de billar para darle la espalda al recién llegado. Todos saludaron a Arturo y yo solamente quería que me tragara la tierra. Ahora sí que quería ser una bruja y desaparecer en una nube de humo. Apuré de un sorbo lo que quedaba en la copa de vino, cuando escuché por detrás de mí:

—Señor, Dieste, gusto en verlo. Señorita, Fontana, ¡qué sorpresa! ¿Cómo sigue su abuela? —preguntó con ironía.

Exhalé en un suspiro el aire que no había sido consciente que estaba reteniendo y sin más remedio me giré de frente a él. Arturo sostenía una copa de vino en su mano y me miraba con una sonrisa forzada en el rostro.

—Eh… hola, profesor, ¿mi abuela? ¡Oh!, bien, recuperándose —seguí con mi vil mentira.

—Es un gusto. Bueno, no interrumpo más, estaré por allá —dijo señalando la sala de estar.

—Arturo, no sabía que compartíamos amigos —intercedió sorprendido Salvador con una sonrisa poniéndole la mano sobre el hombro.

—Llámame señor Báute —remarcó nuestro profesor con seriedad retirándose del hombro la mano de Salvador—. Créame que yo tampoco.

«¡Por todos los santísimos cielos! ¿Por qué todo me pasa a mí?» pensé.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Salvador.

—Sí, claro. ¡¿Por qué no debería de estarlo?! —exclamé tomando el "valor líquido" en otra copa.

—Estás como… nerviosa o inquieta.

—No, estoy a la mar de bien —le mentí mirándolo a los ojos.

—¿Prefieres que nos vayamos ahora?

Estuve a un segundo de decirle que sí, que nos marcháramos, pero… ¿qué más daba? Arturo ya me había visto e irme ahora no cambiaría en nada el hecho.

—No. Me gustaría quedarme un poco más si no tienes inconveniente.

Salvador me sonrió y me tomó de la mano, luego me llevó hasta a la terraza donde ya estaban algunos platicando a la luz de la luna aprovechando que la lluvia había cesado. Apoyé mi cuerpo en el balcón de cristal tratando de concentrarme en la conversación entre Salvador y sus amigos, pero sentía una mirada clavada en mí a la distancia, y la encontré, venía de Arturo, quien al hacer contacto visual conmigo me regaló una triste y decepcionada sonrisa. Estaba de pie junto a una puerta corrediza a unos veinte metros de mí, entablando una conversación con el festejado, pero no parecía muy interesado en la plática.

El tiempo corrió y la verdad es que me sentía cada vez menos incómoda. No sé si era porque a Arturo se le veía un poco más relajado conviviendo con sus amistades, ó por la cantidad de copas que yo ya llevaba encima.

—¿Tienes frío?

—¿Qué dices? —le contesté un poco distraída.

—Es que estás abrazándote el cuerpo.

—Ah, sí, un poco…

Sin que me lo esperara, rodeó mi cuerpo con sus brazos envolviéndome en un abrazo. Cerré los ojos sintiendo su aroma de cerca, así como la piel de su rostro.

—¿Alguna vez te han dicho que te ves hermosa con la nariz roja? —me susurró al oido.

Salvador tenía la particular habilidad de que sus palabras viajaran a través de todos mis sentidos y unirlos entre sí, cuando hacía eso, el hablarme al oido, el cosquilleo comenzaba ahí, pero terminaba erizándome cada rincón de la piel y se detenía en mi entrepierna. Levanté la mirada a donde provenía su voz y sus sonrosados y hermosos labios estuvieron a tan solo un roce de tocar los míos… pero luego me tuve que traer de vuelta a la realidad.

—Permiso —balbuceé liberando mi cintura de su brazo.—Voy un instante al tocador y nos vamos, ¿te parece? —le sugerí.

Creo que también le rompí su nube porque me regaló una sonrisa obligada mordiéndose el labio inferior.

—Vale, aquí te espero —dijo luego de darme un rápido beso en la mejilla.

Me encaminé al interior del apartamento despejándome la cabeza de aquella nube en la que me había montado al desear tanto besarlo, necesitaba refrescarme un poco el rostro con agua fría, así que doblé en el pasillo y abrí la puerta. Cuando estaba por cerrarla, sentí una fuerza que me lo impedía, y fue en cuestión de segundos cuando Arturo entró a toda prisa conmigo cerrando la puerta tras de sí.

—Arturo… ¿qué… qué haces aquí? —me alarmé.

Rápidamente presionó su dedo indice contra mis labios haciéndome callar y se acercó demasiado a mí.

—No hables tan fuerte que nos van a escuchar —indicó con sus grises ojos a escasos centímetros de mí—. ¿Qué estás haciendo con ese tipo? ¿Estás saliendo con él? ¿Por qué has estado toda la noche coqueteándole? ¿Por qué, Dessiré? ¡¿Por qué?! ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué lo preferiste?

Yo seguía con la boca sellada con su dedo, así que poco a poco fue bajándolo hasta dejar su mano en mi cintura.

—Arturo, yo… —alcancé a decir antes de que pusiera sus labios sobre los míos y me besara con fuerza. Su mano bajó por mis caderas hasta tocar mi trasero.

—Te deseo tanto, te deseo aquí y ahora mismo —gruñó besándome el cuello—. ¡Me tienes loco! Loco de celos, loco por sus besos, loco por ti…

—Arturo… ¡detente! —le ordené apartándolo de mi cuerpo.

—¿Qué pasa? —soltó extrañado.

Me acomodé el vestido y me aparté lo más que me permitía el espacio.

—Esto… esto, no es correcto. Yo vine a la fiesta con otra persona —articulé tratando de limpiarme las manchas de labial corrido en mis labios.

Arturo se me quedó mirando a los ojos por unos instantes, y luego apoyó su cuerpo en el lavamanos y soltó una risilla incrédula, como si no comprendiera mis palabras, luego se mordió el labio inferior.

—Es por él, ¿verdad?… todo ha sido por él —divagó más para sí mismo con un dejo de desilusión en la mirada.

—Arturo, lo de nosotros no iba para ningún lado —le confesé con un hilo de voz. —Tú eres mi profesor y… y eso complica las cosas.

—¡Faltan seis jodidos meses para dejar de serlo! —levantó la voz.

Esta vez fui yo la que corrió a cubrirle la boca.

—No puedes hacerme esto, Dessiré —proclamó con unos ojitos brillosos y suplicantes—. He arriesgado todo por ti. Me estoy jugando mi carrera, mi trabajo, mi reputación por estar a tu lado…

—Arturo…

—Me enamoré como un idiota de ti —intervino—, y… tú… solo me dices que no funcionaría.

Un golpe de debilidad me invadió por completo al verlo ahí, con sus preciosos ojos tristes y su vulnerabilidad a flor de piel. Le acaricié suavemente la mejilla y acerqué mis labios a los suyos. Él me rodeo la cintura con sus fuertes brazos y nos fundimos en un beso, pero de pronto el sonido de unos nudillos en la puerta nos sobresaltaron.

—¿Dessiré? ¿Estás ahí? —escuché la voz de Salvador desde el otro lado de la puerta.

Mi profesor y yo nos quedamos de piedra al ver que la perilla comenzó a girar.

—Eh, sí, sí, sí, aquí estoy, Salvador —le respondí por lo alto.

—¿Todo bien?

—Sí, solo es que yo… yo… ya voy a salir.

—Muy bien, estaba comenzando a preocuparme, pensé que te habías quedado dormida o que estabas vomitado —reconoció entre risas.

—¿¡Qué crees que haces!? —le susurré entre dientes a Arturo cuando vi que se apresuraba a la puerta.

—Voy a salir —me informó.

—¿¡Te volviste loco!?

—Quiero ver cómo se le parte también su corazoncito al verte conmigo —articuló con algo de rabia contenida.

—Escúchame, Arturo —expresé atrayendo su mirada a mis ojos —. Sé que estás celoso, pero, piensa por favor las cosas con cabeza fría, ¡eres nuestro profesor! No hagamos un espectáculo de esto —le supliqué.

La puerta volvió a escucharse.

—¿Dess?

—Arturo, te prometo que vamos a solucionar esto tú y yo. Mañana. Te lo prometo —remarqué con la esperanza de que dejara esa ridícula sed de venganza.

Arturo se quedó en silencio y le di un beso rápido en los labios.

—Voy a salir. En veinte segundos sales tú y continuaremos la noche normal —declaré.

Me miré al espejo por última vez y acomodé mi vestido. Inhalé y exhalé profundo, abrí la puerta de golpe y la cerré tan rápido como me fue posible tras de mí. Salvador estaba recargado en la pared esperándome.

Le tomé de la mano acelerando el paso para salir del pasillo de nuevo a la terraza.

—¿Todo está bien, Dessiré? No respondías a mi llamado —preguntó preocupado.

—Estaba drogándome —bromeé de la manera más sencilla que pude.

—¡¿Qué?!

—¡Es una broma! —rodé los ojos.

—¡Atención, queridos amigos! —se escuchó entre los invitados —Vamos a hace un brindis en honor a Eric, por su cumpleaños número treinta y dos.

Todos nos acercamos con nuestras copas y brindamos.

—Muchas gracias por estar aquí —dijo el cumpleañero—. Gracias a mis amigos de siempre: Arturo, Patricio, Tom y a mis nuevos amigos: Salvador y Luis y, claro, también a sus hermosas novias: Dessiré, novia de Salvador. Gracias por acompañarme.

Una ola de calor me recorrió las mejillas al escuchar la frase "novia de Salvador", instintivamente mi mirada encontró la de Arturo quien tenía una sonrisa fingida en su boca. Al final del brindis, todos volvimos a lo nuestro.

Salvador se quedó hablando un poco con Eric y yo aproveché para ir y tomar otro bocadillo a las mesas antes de marcharnos.

—¿Y si le mientes y le dices que se te presentó una emergencia y ya te tienes que ir? Podríamos hacer lo que me pediste en clase, pasar todita la noche juntos, en mi cama… —escuché una voz muy cerquita por detrás de mí.

—¿Por qué haría eso? —le respondí a Arturo sin voltearme siquiera.

—Si me mientes a mí, ¿por qué no a él?

—Arturo… las cosas no son así —dije girándome hacia él.

—¿Todo en orden? —nos interrumpió Salvador que llegaba hasta mí.

—¿Por qué no habría de estarlo? —bramó Arturo a Salvador.

—¿Algo anda mal conmigo, señor Báute? ¿Le molesta que compartamos amigos? ¿Qué no haya llevado el último trabajo al colegio? ¿O que la chica venga conmigo? —soltó con una sonrisa retadora en el rostro.

Me quedé perpleja mirando cómo ese par se retaba con la mirada y comencé a ponerme nerviosa.

—Salvador, tranquilízate —intervine—. El profesor ya se iba. ¿No es cierto, señor Báute? —señalé mirándolo de fijo.

Arturo no me respondió, solo se dio la media vuelta y se apartó de nosotros.

—Vámonos en este momento, Dessiré, no quiero estar más cerca de ese tipo —me indicó.

Sin perder más tiempo, solté los bocadillos y dejé la copa sobre la mesa. Salvador se despidió de sus amigos de camino al ascensor, y una vez dentro, de nuevo coincidí a la distancia con aquella gris y desolada mirada de Arturo antes de que las puertas se cerraran.

El *valet parking* trajo el auto y subimos de prisa. Afortunadamente ninguno de los dos tocó el tema de nuestro

profesor.

No quería que acabara la noche. No quería entrar a mi departamento y dejar de verlo, pero igual me bajé cuando afuera de mi edificio me abrió la puerta de su coche.

—Me la pasé muy bien, gracias por esta noche, y por llevarme a conocer lo que haces un viernes —agradecí con una sonrisa.

—Esto no es lo que hago los viernes —reconoció.

Me quedé mirando sus castaños ojos a la luz de la luna y los faroles de la calle que nos alumbraban.

—Entonces, ¿qué es lo que haces? —me interesé.

—Algo sin importancia —esquivó mi mirada.

—Quieres… —me aclaré la garganta—. ¿Quieres pasar a mi apartamento? —solté más nerviosa que nunca en mi vida.

¿Por qué? ¡No lo sé! Quizá es porque nunca había invitado a nadie hasta la intimidad de mi hogar.

Salvador dejó al descubierto sus perfectos dientes en una sonrisa pícara, luego se mordió el labio inferior, como quien disfrutase enteramente de aquel juego de palabras, se lo pensó un poco y al final dijo:

—Sabes que me encantaría, pero… tengo una cita justo ahora que no puedo cancelar.

«*¡¿Qué?!*» gritaba una voz en mi interior. ¡¿Tiene una cita después de haber tenido una cita conmigo?!

—Y, ¿con quién? —cuestioné con un dejo de rabia sin pensarlo.

Él continuó con aquella estúpida sonrisa, quizá hasta un poco más amplia.

—¿Qué te parece tan gracioso? —exclamé molesta.

—Disculpa, ¿estás… estás celosa? —preguntó con la satisfacción instalada en su rostro.

Resoplé y puse los ojos en blanco.

Me atrajo en un movimiento rápido hacia su cuerpo con su mano en mi cintura. El corazón comenzó a latirme cada vez más a prisa desapareciendo con una velocidad impresionante aquella rabia y convirtiéndola en cosquillas en el estomago.

—No… sólo que… quisiera saber —reconocí con un tono de voz más tranquilo.

—Se llama Beatriz.

Más pronto que tarde, sentí otra oleada de rabia que me subía hasta la cabeza, pero esta vez me mordí la lengua para evitar decir nada, simplemente me aparté de su cuerpo.

—Pues bien, que tengas una buena cita.

Me di la media vuelta y me encaminé a la entrada del edificio.

—¡Hey, celosa! —me habló—. Si quieres puedes venir conmigo.

Volteé sorprendida y lo miré de fijo.

—Solo que… quizá deberías cambiarte la ropa por algo más cómodo.

¿Qué clase de cita triple era esa?, o lo que sea que fuera, pero era obvio que no iba a dejar a Salvador irse con esa tal Beatriz así como así.

—Claro. Espérame un momento y ya bajo —le confirme.

Subí a mi *penthouse* enseguida y cuando el ascensor se abrió, yo ya tenía la mitad de mi ropa fuera de mi cuerpo. Corrí a cambiarme por algo más cómodo, me recogí el cabello en un moño alto y me puse de nuevo más *Chanel* en perfume. Me di un vistazo al espejo que me regresaba la imagen de mi maquillaje perfecto, así que solo me demoré cinco minutos.

Salvador aún esperaba afuera de su auto y sonrió al verme.

—Te ves tan hermosa así —pronunció tomándome de la barbilla y acercándome a él.

—¿Así? ¿Cómo?

—Sencilla y… celosa.

Rodé los ojos apartándome de él y me subí al auto.

—Y… ¿llevas mucho viendo a esa tal Beatriz? —solté de golpe.

—Como un año —reconoció con tranquilidad.

Otra vez se me revolvió el estómago.

—Y… ¿la ves todos los viernes?

—No, a veces la veo otros días de la semana, es que alterno con otras varias personas.

«*¡¿Qué tal el descarado éste?!*» pensé, pero mejor ya no quise indagar más, porque me estaba comenzando a sentir bastante indignada.

Avanzamos cerca de treinta minutos en el camino para después hacer una parada en un supermercado de 24 horas. Esperé confundida en el auto durante quince minutos. Luego vi a Salvador cargar unas bolsas en sus manos junto al personal del establecimiento que también lo ayudó a meter todo a la cajuela.

—¿Vas a restablecer a toda una colonia de víveres o qué? —me burlé.

—Ojalá fuera así, esto solo alcanza para una familia —me respondió.

Pocos minutos después, nos adentramos a una rara y descuidada parte de la ciudad donde había grafitis por doquier y muchos chicos en las calles saludaban a Salvador alegrados de ver el coche.

—¿Qué es este lugar? ¿A dónde me estás llevando? —dije un poco asustada sin comprender lo que pasaba.

Salvador paró el auto y me bajé junto con él. Parecía que aquella gente vivía de noche. Había chicos jugando al fútbol y señoras platicando afuera de sus pequeñas casas. Unos cinco chiquillos de entre unos cinco o siete años corrieron y con sus manitas sucias abrazaron las piernas de Salvador, él los cargó y les hizo mimos.

—Señora, Beatriz —saludó antes de abrazar a una baja y regordeta mujer—. Perdone la hora, me retrasé más de la cuenta, es que tuve un evento.

—Hola, mi Salvador, ¿cómo estás? No importa, nene, te extrañábamos mucho por acá.

—¡Pero si apenas vino el martes, mamá! —señaló una ruborizada adolescente.

—Pero, ¡mira nada más! ¡Qué hermosa chica! ¿Es tu novia? —indagó antes de abrazarme.

Me quedé de piedra como una idiota sin poder moverme ante la muestra de cariño inesperada. Todo parecía tan surreal. ¿Ella era Beatriz? ¿Quién era toda esa gente? ¿Por qué Salvador les traía comida y víveres?

—Neto, en tres semanas arranca el programa de estudios. ¿Estás listo para volver a la escuela? —alentó Salvador a un adolescente dándole unas palmadas de camaradería en la espalda.

—Más que listo, mi Chava. Muchas gracias por siempre apoyarnos a mi familia y a mí, a todos nosotros. Estamos en deuda, eres un ángel.

—No, no tienes nada que agradecer, yo los voy a apoyar siempre que pueda y estoy seguro que vas a hacer cosas grandes.

Me recargué en el deportivo contemplando la escena. No podía creer que aquel idiota *badboy* que me molestó cuando cambié la llanta, fuera el mismo que hoy tenía ante mis ojos.

Salvador seguía jugando con aquellos pequeños e inesperadamente mi corazón se llenó de ternura. Definitivamente él era una caja de sorpresas y estaba dispuesta a descubrirlas una a una, costara lo que me costara.

Capítulo 16

—No sabía que hicieras actividades altruistas —confesé mientras caminábamos bajo una hilera de faros viejos y amarillentos que arrojaban círculos de luz tenue sobre el asfalto húmedo.

—Creo que es necesario ayudar a las personas que tienen menos oportunidades de las que tenemos nosotros —declaró con la mirada en el suelo.

—Oye y… ¿no te parece un poco… peligroso este barrio? —le pregunté mirando a mi alrededor.

—Para nada. Ya viste que todos me conocen por aquí. En cambio, si estás cansada o tienes sueño, podemos volver a tu apartamento…

—No, no, estoy bien aquí —intervine—, contigo.

—¿Tienes hambre? Esos bocadillos de la fiesta parecían de juguete —bromeó entre risas.

—¿Qué dices? ¡Estaban riquísimos!

—¿Quieres probar algo realmente delicioso? Vamos a un lugar por aquí cerca que te encantará.

—¡¿A esta hora?!

—¡La noche es joven!

Le sonreí y seguí sus pasos, adentrándonos entre angostos callejones empedrados que resonaban bajo nuestros zapatos, hasta que el aroma cálido de un pequeño puesto de pizzas y pastas nos envolvió. Brillaba como un refugio nocturno.

—Pide lo que quieras, yo invito.

—Una *alfredo fettuccine* con tiras de pollo sazonado a las finas hierbas, por favor —pedí al encargado del lugar.

Salvador me miró un par de segundos con una sonrisa y después dijo:

—Podrás sacar a una chica de la élite, pero nunca podrás sacar a la élite de la chica. Jona, ya escuchaste a la dama —indicó dirigiéndose al cocinero.

—Claro que sí, campeón —respondió el hombre—. Haré lo que pueda.

—Ah y a mí, dos rebanadas de la mejor pizza que tengas, una para mí y otra para ella.

Cuando partimos del lugar nos llevamos la comida envuelta en cajas desechables.

—Llevémosla para comerla con la mejor vista posible —propuso —. Ya falta poco. Te prometo que valdrá la pena, pero antes tienes que cerrar los ojos —me pidió.

—¿Para qué? ¿Me vas a secuestrar o algo?

—Nada me encantaría más —confesó con media sonrisa.

Al poco tiempo de habernos subido al coche me dijo:

—¡Listo! Ahora ábrelos.

Estábamos en lo alto de una montaña, con la ciudad extendida bajo nuestros pies como un mar de luces.

Yo estaba acostumbrada a contemplar la metrópoli todos los días detrás del cristal en mi apartamento, pero estar ahí era distinto: más vivo, más cercano, más real… más especial. El viento nos rozaba el rostro con suavidad, y, sin decir nada, ambos sonreímos.

—Esto es… precioso Salvador, ¿cómo es que jamás escuché de su existencia?

—La ciudad tiene rincones hermosos que piden nunca ser descubiertos, pero este ya no es uno más.

Tomamos asiento en unas rocas planas, le quité mi pasta de las manos y comenzamos a comer. Estando ahí arriba todo parecía tan pequeño, silencioso y tan en paz.

—Quiero conocerte, Dessiré —soltó de pronto con seriedad mirándome a los ojos.

—Pues… ¡Ya me conoces! ¡Soy yo! —exclamé limpiándome las comisuras de la boca… no fuera a ser.

—No hablo de eso. Me encantaría conocerte cada vez un poco más, lo que eres, lo que sientes y lo que piensas…

—Lo que ves es lo que soy.

—No. Absolutamente no. Si te fijas, de frente a ti solo podrás ver a una niña rica que lleva pintadas las uñas de negro en señal de rebeldía. Eso es todo.

—Déjame decirte que las uñas en negro ya no son señal de rebeldía —me defendí—. El negro es el *must have* de temporada en manicura.

Se echó a reír.

—Me hacen falta unas clases de moda entonces.

—Definitivamente sí. Oye y hablando de moda, la moda es una de mis pasiones y quisiera hacer algo para ya sabes.. al igual que tú, poder ayudar a las personas, no sé muy bien qué, quizá algún evento a beneficio, una colección o algo que me permita estar… más… cerca de ellos —titubeé— y… de ti.

Rápidamente metí otra cantidad grande de pasta a mi boca para mantenerla ocupada, Salvador me vió con cierta ¿ternura? Apoyó su mentón en su mano y me contempló como si yo fuera la misma luna.

—¿Qué? ¿Dije algo malo o… algo?

—No, no, no, al contrario, es una estupenda idea. Cuenta conmigo.

Levanté mi mano para chocar los cinco.

—Háblame de ti —insistió.

Resoplé como si la simple frase me molestara, pero al final de cuentas terminé sonriendo.

—A ver, ¿qué te puedo decir? —giré mi vista en dirección a la luna como buscando una respuesta. Las nubes se habían disipado como si alguien las hubiera corrido con la mano, dejando ver un manto oscuro salpicado de estrellas —. Me llamo Dessiré Fontana, tengo 26 años, soy escorpio en el signo del zodiaco, y… no sé —dije luego de quedarme en silencio un par de segundos—, extraño a mis padres, pero no quiero irme a vivir a Francia —confesé cabizbaja.

—¿Eso es todo?

Volteé a verlo.

—¿Cómo que si es todo?

—Sabes, para ser tan popular eres una chica que pone muchas barreras para evitar que la conozcan. Creo que… cierras mucho la posibilidad de que alguien te conozca en verdad.

—¡Pues soy escorpio! ¡Así somos!

Se volvió a reír con ganas.

—¿Y quién crees que soy? ¡Sabelotodo!

—Me falta tiempo para saberlo, pero puedo ver algunas cosas —observó clavando su mirada en mí.

—¿Ah sí? ¿Cómo qué?

—Que no te gusta el invierno, o cuando el clima es frío.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sorprendida.

—Porque siempre tienes ese pequeño titilar de frío y la nariz roja —remarcó luego de llevar su dedo índice a mi nariz.

Puse la vista en mi cuerpo y me di cuenta de que, en efecto, temblaba ligeramente, así que me recompuse y dejé de hacerlo.

—Creo además que te gusta el álgebra, la economía y todo eso, pero tu pasión es otra cosa y quiero saber cuál es.

Lancé un suspiro profundo.

—Vamos, si pudieras hacer una sola cosa en todo el mundo, ¿qué sería?

Una sonrisa melancólica se adueñó de mi rostro.

—Oh no, es estúpido…

—¿Quién fue el idiota que te hizo creer que tus sueños eran estúpidos? —soltó mirándome a los ojos.

Luego, como si las palabras brotaran directo desde el interior de mis anhelos y no cupiera ninguna duda sobre ellos, dije:

—Surfear.

Creo que logré ver un cierto brillo en su mirada, pero como la luz era escasa no puedo asegurarlo.

—¿Con qué mas sueñas? —preguntó inquietante.

—Sabes, desde muy chica he escrito… novelas románticas… para adolescentes, ya sabes, la cursilería del príncipe azul, el amor verdadero y el "vivieron felices por siempre" que todas buscamos —confesé fijando mi mirada temerosa y castaña en sus ojos—, pero creo que nunca han visto la luz porque vivir en el mundo real es más importante ¿cierto?, por eso las finanzas y esas cosas que me traen de vuelta a la tierra.

Salvador no dijo nada pero me miró como… ¿sorprendido?, o, ¿asustado?

—¿Entonces crees en los "felices por siempre"?

No respondí, pero supo interpretar mi silencio.

—¿Cuántos hijos con el príncipe? —me preguntó con una sonrisa ladeada mordiéndose el labio inferior.

Me reí, y le respondí:

—Una niña y un niño.

Salvador seguía con aquella preciosa sonrisa en su rostro.

—¿Qué? ¡No te burles! —solté dándole un ligero golpe en el brazo.

—No me burlo solo es que… eres un enigma.

Me mordí los labios en una sonrisa.

—¿Por qué no lo haces?

—¿El qué?

—Surfear.

—¿En qué tiempo? Aquí no hay playa y bueno… tengo otros planes a futuro para mí.

—¿Otros además de seguir tu sueño?

—No es tan fácil, Salvador. Tengo que irme a vivir a París, completar el doctorado y probar y desarrollar teorías, diseñar modelos de equipamiento y hacer descubrimientos sobre la materia y energía, átomos, planetas, gravedad, tiempo…, digo no es que quiera ser Diofanto de Alejandría, pero vamos… es lo que será mi vida —anuncié clavando de nuevo mi mirada en la luna.

—¿Y es porque tú quieres o porque tus papás así lo decidieron?

—Mi mamá es economista y mi papá es astrofísico en la *NASA*, digo, si les hubiera confesado que quería ser surfista profesional o escritora, ¿qué crees que me hubieran contestado? —cuestioné con ironía sin apartar la vista del cielo.

—Que serías la mejor —me susurró moviendo un mechón de mi cabello.

Giré mi vista a él y nos quedamos así, viéndonos el uno al otro durante unos segundos.

—Soy la mejor, que no se te olvide —bromeé sonriéndole para restarle ensoñación al acto.

—La mejor de la clase, sin duda —admitió.

Sin pensármelo mucho y, aunque ni un millón de años creí que lo haría, llevé mi cuerpo hacia atrás y me recosté sobre el suelo, importándome poco si mi sudadera blanca se ensuciaba. Salvador

hizo lo mismo. Nuestras miradas se clavaron en el cielo que ahora era un manto negro salpicado de luces.

—Así que energía, átomos, planetas, gravedad y tiempo, ¿eh? —observó curioso.

—Y constelaciones —completé.

—¿Me puedes decir cuál es aquella? —apuntó a un conjunto de estrellas.

Muy segura de mí, solté:

—Es el cinturón de Orión.

—Inconfundibles las tres estrellas alineadas, ¿verdad?

—Casi nunca podemos verlas desde aquí. La ciudad rara vez nos regala algo así —me lamenté.

—Mira hacia allá —dijo volviendo sus ojos a las estrellas, señalando al sur—. Aquella curva preciosa con una estrella rojiza intensa. Es la constelación de Escorpio —me informó.

—¿Cómo lo sabes? —me intrigué.

—Porque no es delicada como otras constelaciones. No es perfecta, ni simétrica… es intensa, magnética. Tiene un aguijón que brilla al final, como si estuviera lista para defenderse. Es fascinante. En la mitología, Escorpio fue enviado por los dioses para derribar al orgulloso Orión; aunque es más pequeña que, terminó venciéndolo. Orión y Escorpio se consideran las constelaciones más hermosas del firmamento… como tú —añadió, volviendo su mirada a mí.

Salvador puso su mano izquierda sobre la mía. El corazón comenzó a latirme cada vez más a prisa, el roce de su piel con la mía me producía una electricidad que me viajaba desde los pies hasta el último de mis cabellos. Inclinó su cuerpo un poco más a mí, podía sentir su aliento y su respiración. Entonces, luchando contra lo que mi instinto, mente, cuerpo y sentimientos me gritaban hacer, cerré los ojos con fuerza y volteé a otra dirección liberando mi mano de la suya.

—¡Vaya! Eso sí que fue cursi —admití rompiendo la atmósfera—. Pero fuera de ello, sí que sabes de constelaciones.

—Tal vez —sonrió recomponiendo su cuerpo—. Pero mírala bien —insistió—. Brilla incluso cuando todo lo demás parece gris. Así eres tú.

Y por primera vez en toda la noche no aparté la vista de él.

—Háblame de ti —le pedí.

Se quedó unos segundos en silencio, como si se lo pensara, pero luego de aclararse la garganta, habló:

—Bueno, pues como ya lo sabes, mi nombre es Salvador Dieste, tengo veintisiete y tampoco me gustan los fríos inviernos. Para ser honesto, prefiero presumir mis abdominales en alguna playa —explicó conteniendo una sonrisa.

Rodé los ojos.

—Mis padres tienen cadenas de hoteles en distintas partes del mundo y estudio la misma carrera que tú porque me gusta y porque, al final de cuentas, terminaré al frente de la empresa. Soy hijo único, así que tocará hacerme cargo algún día. Aunque la verdad me gusta, me gusta mucho —admitió complacido—. A diferencia de ti, que vas a especializarte en el espacio y esas cosas, yo uso todos los números para hacer un buen trabajo el día que me toque hacerme cargo. Aunque claro, como ya te diste cuenta, tengo asociaciones y fundaciones que me permiten ayudar a personas que lo necesitan —completó satisfecho.

Guardé silencio, contemplándolo. Salvador tenía una gracia que llenaba con facilidad el espacio en el que estaba y es que, *¡joder!,* tenía el *kit* completo para ser el hombre perfecto: era inteligente, noble, responsable, educado, y encima, guapísimo, con ese cabello siempre tan perfectamente acomodado, esas pestañas espesas que abanicaban cada que parpadeaba, esas mejillas sonrosadas y esos labios tan… tan…

Me dio un ligerísimo toque con su dedo índice en la punta de mi nariz que me trajo de vuelta a la tierra.

—Parece que hace un poco más de frío, ¿quieres que bajemos?

Negué con la cabeza.

Era cierto, el aire se volvió más frio, casi trasparente, y las luces bajo nosotros empezaban a titilar como estrellas cansadas. Sobre nosotros, Escorpio parecía desplazarse lentamente, como si también esperara algo

Apoyé mi cabeza en el hombro de Salvador, sintiendo a nuestras almas abiertas en medio de la nada.

—¿Cuáles son tus miedos? —soltó con tranquilidad.

¿Mis miedos?, nunca antes nadie me lo había preguntado, así que me lo pensé unos segundos demorándome en responder.

—No lo sé… quizá no tener mi final feliz —solté con una temerosa risilla—, o bueno, hacer cosas que no me hacen feliz solo por una buena estabilidad económica, perder a mis padres o no ser la hija perfecta que ellos merecen —admití. —¿Y los tuyos?

—No poder hacer algo para ayudar a quienes lo necesitan.

Nos quedamos en silencio con la mirada puesta en el horizonte.

—¿Cuáles son las cosas que consideras magia? —articulé.

—Hacer aparecer un conejo de un sombrero, o quizá una paloma, o…

Le di un amistoso golpe en el brazo. Se rió con ganas.

—La risa de los niños, los alimentos, la libertad, el mar y unos ojos transparentes y sinceros —confesó volteando a mí—. Como los tuyos justo ahora.

—El color del sol cuando nace y cuando se pone al horizonte, el firmamento, el sonido del mar y la libertad de correr en su orilla, el destino… —le completé.

—Mira por allá —intervino emocionado, apuntando el oriente.

El cielo empezó a encenderse de un naranja tibio sobre las capas altas de la atmósfera, y se derramó lentamente sobre todo lo que nos rodeaba. Bañándonos también a nosotros con su luz dorada.

Y ahí estábamos, dos almas solitarias viendo el alba. Salvador me abrazaba los hombros por detrás y yo admiraba la creación divina. Y aunque llevaba puestos mis vaqueros, y mi sudadera, jamás me había sentido tan desnuda en toda mi vida.

Capítulo 17

Hacía un día precioso, pues el sol se asomaba de entre las nubes. Salvador bajó del auto y se paseó hasta llegar a la puerta del copiloto, me tendió la mano y me ayudó a salir.

Me sentía en una de esas escenas en las que la protagonista va en cámara lenta mientras el viento vuela su largo cabello y todo el mundo fija su mirada en ella cuando hace su entrada triunfal, así que, incluso giré mi cabeza para que mi cabello hiciera un acto dramático de presencia.

Aquel día llevaba unos vaqueros negros, un top de cuello alto y un glamoroso abrigo de pelos sintéticos en tono beige que mamá me había enviado de París: era de la más reciente colección de *Chanel*. Quizá para algunos sea *too much*, pero, ¿qué podían saber ellos de alta costura? Me acomodé el sombrero sobre el cabello en un gesto despreocupado.

Sentía las miradas clavadas sin disimulo en nosotros cuando Salvador me tomó de la mano para irnos por el pasillo central hasta el aula ¿Acaso puede haber una pareja más perfecta que nosotros?

—El sol te sienta bien, te ves más feliz —comentó el rubio antes de poner sus labios en mi frente y darme un tierno beso.

La sonrisa se me esfumó cuando vi a Arturo acercarse, iba cargando unos libros y su laptop entre sus manos. Me miró unos segundos y sin mayor expresión entró al salón.

Todos entramos tras de él. Tomé asiento en la fila del centro y Salvador justo detrás de mí. Arturo no saludó a la clase y se puso como un loco a escribir sin parar en el pizarrón. Al instante sacamos los cuadernos y *iPads* para tomar apuntes. Estaba por sacar la mía cuando sonó mi teléfono, lo saqué de mi bolso y leí la notificación de un mensaje de Valentina. No lo alcancé a abrir cuando escuché:

—¿Puede dejar ese teléfono sobre mi escritorio, por favor?

Giré mi mirada hacia los lados para ver a quién se refería, hasta que me percaté de que tenía sus ojos puestos sobre mí. Le sonreí

pensando que era una broma, pero repitió:

—Señorita Fontana, ¿necesita que se lo repita?

—¿Estamos en la secundaria acaso? —resoplé irónica.

—Responda eso usted que se comporta como una adolescente.

—Señor Báute, no creo que deba... —intervino Salvador.

—No estoy hablando con usted —lo reprendió Arturo sin dejarlo siquiera terminar la frase.

El silencio reinó en el aula pero todas las miradas de mis compañeros estaban puestos sobre mí. Entonces me levanté y dejé el teléfono sobre el escritorio.

Salvador y Arturo tenían fija la mirada el uno del otro.

Sabía que todo esto era porque mi profesor estaba enojado conmigo, que digo enojado, estaba decepcionado, celoso…, y con el corazón roto por lo del fin de semana y, sobre todo, porque prometí ir a hablar con él para arreglar las cosas, lo cual no hice porque pasé todo el fin de semana con Salvador.

Cuando la clase terminó y guardaba mis cosas. mi compañero me dijo:

—¿Te apetece ir a desayunar?

La sensación de alguien mirándome de fijo me hizo voltear hasta ahí. Era Arturo desde su escritorio.

—Licenciada, Fontana, ¿puedo hablarle un momento? —me pidió por lo alto.

—Sí, claro, lo escucho —le contesté cogiendo del brazo a Salvador.

—A solas, por favor —señaló.

—Lo que me vaya a decir, lo puede decir frente a mi compañero sin problema —lo reté.

Hubo un cruce de miradas entre los tres. Yo miraba a Arturo, Arturo a Salvador y Salvador a mí.

Luego de unos eternos segundos de suspenso silencioso, nuestro profesor pintó una falsa sonrisa en sus labios, dio unos pasos hacia mí y a Salvador, lo cual me hizo contener la respiración.

—Apague su teléfono al entrar a mi clase —ordenó entregándomelo en la mano, pero luego dejó su mirar retador en mi compañero.

Salvador me tomó de la mano y avanzamos hacia la puerta. Me volví una vez más para mirarlo: Arturo seguía nuestros pasos con la vista, inmóvil, solo en el aula, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Aquella escena me conmovió el corazón.

Fuimos a *The Garden,* y al terminar de desayunar, decidimos dar un paseo para aprovechar el cálido y poco frecuente sol que nos regalaba la mañana.

Compartíamos un helado mientras yo tomaba su brazo y me apoyaba en él al caminar sobre el sendero del gran parque. A nuestro alrededor, la vida parecía desplegarse en cámara lenta: niños corriendo y riendo, personas charlando animadamente, otros haciendo ejercicio y parejitas tomadas de la mano. Entre todos ellos: Salvador y yo, que parecía recién bajada de una pasarela.

Entonces vimos a un viejo artista, sentado debajo de un gran árbol, pintando sobre su lienzo, frente a una pareja que permanecía completamente inmóvil para que pudiera capturar cada detalle. Mi reacción fue la misma que la primera vez que mis padres me llevaron a *Disneyland:* mis ojos se llenaron de brillo e ilusión. Tiré del brazo de Salvador hasta ahí.

—¿Quieres que te pinten un cuadro? —me preguntó emocionado.

—Es una de las cosas en mi *bucket list* y este hombre maravilloso es el indicado —afirmé acercándome mucho.

—¡Hola, preciosa! Justo estoy por terminar a este par de enamorados, ya seguirá tu turno —observó el artista con voz suave.

Salvador me veía intrigado y con cierta ternura.

—Sabes, desde hace mucho tiempo quiero que me pinte un gran artista, pero quiero hacer esa cara… ¿sabes cuál?, como aquellas señoras ricas y elegantes de épocas pasadas, justo quiero poner esta mirada —levanté mi ceja en señal de seducción y poder.

Salvador se partió de la risa por mis ocurrencias.

—¡Este es el momento perfecto para hacerlo!

Tomé asiento cuando el artista me lo indicó y, en efecto, acomodé mi sombrero, levanté el rostro y aguanté la risa para pretender ser alguien poderosa. Luego de varios minutos, y de que

Salvador sacara tantas fotos como pudo, al fin quedó terminada la obra, para cuando dejé de contemplarla, Salvador ya había pagado al hombre.

—Con que un *bucket list,* ¿eh?

—¡Claro! ¡Todo mundo tiene uno!

—¿Puedes contarme más de eso?

—Aún no tengo completa mi lista, pero hay algunos puntos importantes hasta el momento.

—Quisiera conocerlos —observó.

—*Okay*, te voy a enumerar algunas cosas que tengo en mi lista, aunque recuerda que el orden de los factores no altera el producto —indiqué levantando el dedo índice como si fuera un profesor—. Quizás algunos te puedan parecer insignificantes, pero para mí tienen un valor especial. Dudas y preguntas al final.

1. Escribirle una carta a Santa Claus. Mis padres son unas personas que viven al cien en la realidad, y desde siempre se encargaron de darme el regalo que yo quisiera, pero siempre supe que venía de ellos.

2. Donar a la caridad ropa que ya no uso. Aunque realmente no sé si ellos les den el valor que merecen unas *Dolce & Gabbana* o *Christian Louboutin.*

3. Que alguien me cuente una historia de romance antes de dormir —mi mirada cayó al suelo avergonzada—. Bueno aquí no hay mucho que explicar —completé aclarando mi garganta.

4. Nadar con delfines. ¿Acaso hay algo más feliz que eso?

5. Ver un amanecer. Bueno, aunque ese ya lo cumplí a tu lado —declaré con los colores subiéndose por mi rostro.

6. Subir a un taxi y decirle: "siga a ese auto" igual que en las películas de acción. ¡¿Te imaginas la intriga y la adrenalina?! —exclamé soltando unas risas y unas palmadas de emoción.

7. Publicar una novela. Tantas y tantas historias que hay en mi cabeza —confesé llevando mis manos a ella—, y no tener el tiempo… o… ¿el valor? de que vean la luz.

8. Tener sexo con una súper estrella. ¿Lo dije en voz alta? —me asombré llevándome la mano a la boca para callar mis palabras ante Salvador—. Aunque eso… podemos omitirlo —solté con un ademan

para restarle importancia, pero un calor volvió a recorrerme al recordar la aventura con Manu.

Salvador se echó a reír con ganas.

9. Besar bajo la lluvia. Eso no necesita explicación ¿o sí?

10. Bailar bajo las estrellas, en un cielo limpio y con el firmamento brillante.

11. Hacerme un tatuaje con alguna frase que vaya conmigo.

12. Encontrar el verdadero amor, formar una familia y vivir en una casita linda y modesta cerquita del mar.

Para cuando dije el último punto ya me sentía demasiado expuesta, como si mis deseos y anhelos hubieran quedado al descubierto. Era una sensación nueva y extraña para mí, y pronto me incomodó: sabía perfectamente que, cuando uno abre demasiado el corazón, siempre existe el riesgo de que esa vulnerabilidad termine siendo usada para hacernos daño.

—¿Qué? —solté al ver a Salvador sin decir palabra.

Me tomó de la mano con su mano derecha y con la izquierda me ayudó a cargar la pintura.

—¿A dónde vamos? —divagué confusa.

Doblamos la calle, avanzamos dos cuadras más y ahí estaba, era un sitio de madera oscura y diseños adornando las paredes: un estudio de tatuajes.

Me llevé las manos a taparme la boca en un acto de impresión.

—Yo no sé… no sé si hoy sea el día para tatuarme… no vengo preparada y aparte hoy no es un día especial para hacerme un diseño en la piel —me excusé nerviosa.

—Si hoy no es un día especial, entonces conviértelo. Convierte este día como: "el día especial en el que me hice mi primer tatuaje".

Me sentí un tanto aturdida. Si bien era cierto que acaba de confesar que estaba en mi *bucket list*, me aterraba la sola idea de hacer las cosas tan inesperadamente y con algo que se quedaría marcado en mi piel para siempre.

—Yo voy a estar contigo —me exhortó Salvador poniendo sus manos sobre mis hombros y dándome un pequeño beso en el cabello.

—¿Tú tienes tatuajes? —inquirí con mis grandes ojos muy cerca de los suyos.

—No, pero si tú lo haces hoy, también yo.

Ambos sonreímos cómplices, así que con valentía entré al estudio.

—Quiero un tatuaje justo aquí —anuncié, bajándome los pantalones y quedando en bragas, señalando el muslo de mi pierna derecha—. Quiero que diga: *"Lo que el alma indique"* en un manuscrito cursivo y fino. Por favor.

El tatuado joven asintió poniéndose los guantes. Le tomé la mano a Salvador y cerré los ojos al sentir la primera aguja tocar mi piel.

—¡Por Dios! ¡No lo puedo creer! —chillé de emoción al salir del estudio—. ¡Por fin tengo un tatuaje! —completé con unos pequeños saltillos emocionados—. ¡Vamos!, déjame ver el tuyo —supliqué al niño de los ojos castaños a mi lado.

Salvador se sacó la cazadora dejando ver: "*Lo que el alma indique"* ahora cubierto de film transparente.

—¡No puedo creer que tengamos la misma frase! —exclamé fascinada.

Él soltó una carcajada.

—Hagámosle caso siempre al alma —dijo tomando mi mano para cruzar la calle.

Mis emociones no paraban, de verdad que quería correr hasta llegar a mi apartamento para sacarme los vaqueros y ver detenidamente mi tatuaje frente al espejo, pero definitivamente las zapatillas altas no me ayudarían, de hecho, me molestaban tanto que terminé diciendo:

—¿Quieres cuidarme esto un segundo? —y le di mi bolso para acomodarme los *stilettos.*

Pero cuando tomó mi bolso en su mano, y la pintura bajo el brazo, se acercó mucho a mi cara y, mirándome fijamente a los ojos, me susurró:

—Sabes que hacer.

Se echó a correr tan de prisa con mis cosas, que me quedé de piedra viéndolo alejarse.

—¡Hey! ¡Vuelve aquí! —le grité.

La gente a mi alrededor también dejó de hacer cualquiera cosa que hacía para poner sus ojos en Salvador, que arrancó el coche dejándome ahí.

—¡Taxi! —grité.

Un par de autos amarillos se detuvieron a mi señal, y subí a uno de prisa en el asiento de atrás. Me acomodé el sombrero y con una voz preocupada le ordené al chofer:

—¡Siga a ese auto!

El conductor un tanto alarmado se puso en marcha esquivando autos, personas y todo lo que se interpusiera en el camino para tratar de seguir la velocidad con la que iba Salvador.

Yo estaba que me partía de risa ante la mirada curiosa y dudosa del chofer que me veía desde el retrovisor.

El rubio detuvo su auto afuera del edificio de mi departamento y el taxi frenó en seco. Salvador se acercó a la ventanilla a paso tranquilo, abrió mi puerta y luego le dio un billete al chofer.

Él miraba confundidísimo la escena, pero luego tomó el dinero, volteó a vernos de arriba abajo y antes de poner en marcha su auto dijo con un tono preocupado:

—El amor pone loca a la gente.

Capítulo 18

La punta de mis botas altas repiqueteaban contra la madera del suelo delatando mi nerviosismo. Me di cuenta y dejé de hacerlo; en su lugar, me acomodé la minifalda y pasé la mano por mi cabello para alisarlo.

Suspiré. Tomé un bolígrafo fino que descansaba sobre el escritorio y lo observé con detenimiento… hasta que la puerta detrás de mí se abrió de golpe y me hizo pegar un brinco del susto.

—Siento el retraso, gracias por venir —se disculpó Arturo tomando sitio del otro lado del escritorio.

Continué en silencio y él, al no ver respuesta de mí, se aclaró un poco la garganta y continuó:

—¿Qué pasó con nosotros, Dessiré? Realmente no entiendo tu actitud; un día te digo que estoy enamorado de ti y unas horas más tarde te veo de romance con otro sujeto. Creo que mínimo merezco una explicación —se quejó.

Yo desvié la mirada de la suya, seguí en silencio un par de segundos más, pero al fin, después de aclararme la garganta me atreví a responderle:

—Arturo yo… no sé qué decir. El tiempo que pasamos juntos fue maravilloso, pero sinceramente nuestra relación no era correcta y bien lo sabes.

—¿Y hasta ahora te das cuenta? ¿Por qué? ¿Porque él te gusta más? ¿Por eso tú ya decidiste que es lo correcto e incorrecto?

—Arturo…

—Dime por qué —me exigía con frustración—. ¿Qué le viste a él que no pudiste ver en mí? —un nudo bajó por su varonil garganta—. ¡Oh, déjame adivinar! Él es un niño rico igual que tú, ¿o me equivoco?

—¡Basta, Arturo! —lo confronté levantando un poco el tono—. El dinero no tiene absolutamente nada que ver aquí —me defendí—, y aparte lo dices como si fueras… no sé, un miserable.

—¡Soy un profesor, Dessiré! ¡Él tiene cadenas de hoteles a su nombre! ¿O vas a decirme que no lo sabías? —soltó una risa sarcástica, áspera, casi cruel.

Y ahí estaba frente a mí: un hombre herido, lleno de celos, enojado, irritado, y al mismo tiempo, quebrantado por dentro, como si su orgullo se estuviera desmoronando ante mis ojos, con el corazón roto, que tan solo exigía saber por qué no fue él el elegido.

—¿Sabes una cosa?… Piensa lo que quieras —le expresé rendida levantando mi trasero de la silla.

—Sabes que yo hubiera dado cualquier cosa por ti —me confesó haciéndome detener mi salida—. Faltaba menos de seis meses para que dejara de ser tu profesor —me giré de nuevo a él, estaba ahí, con sus grises ojitos llenos de ilusión—. Yo quería irme contigo a París y trabajar allá mientras terminabas tu doctorado. Quizá no pueda darte las cosas a las que estás acostumbrada, pero una cosa nunca te hubiera faltado: amor.

Luché contra el nudo que se había formado en mi garganta para hacerlo desaparecer y que no se convirtiera en una patética lágrima, así que solo pude desviar mi mirada de la suya para impedirlo.

Arturo se levantó de su silla y se acercó a mí, luego, despacio y con pasión mezclada, me tomó de la cintura y me atrajo hacia él.

—Te amo —reconoció dejándome ver su alma a través de su mirar.

Se me acercó mucho a los labios, pero yo retrocedí un paso poniendo distancia.

—¿Qué pasa? —me preguntó con un débil hilo de voz.

—No —le indiqué.

Me volví camino a la puerta, pero me tomó del brazo haciéndome girar de nuevo a él, pegándome a su cuerpo y besándome con sus manos aferrándose a mi cintura.

Con impulso empujé su pecho lejos de mí.

—¡Te dije que no! —le remarqué con coraje mientras su imagen se me distorsionaba ante mis ojos llenos de lágrimas.

Se llevó las manos a la cara en un acto de frustración y desesperación total. Se alejó de mí, se situó detrás de su escritorio para poner suficiente distancia entre los dos. Exhaló como si hubiese

estado reteniendo el aire todo este tiempo, luego lanzó una risilla irónica que no venía a cuento.

—¡No puede ser! —exclamó mirándome a la distancia.

—¿Qué?

—¡Te estás enamorando de él! —anunció cubriendo su boca con la mano en un acto incrédulo.

Una especie de calor me recorrió cada célula al escuchar la frase y se me quedó alojado en la boca del estómago. Me quedé muda. No pude articular palabra alguna ante su predicción, así que di un paso atrás y salí de la oficina.

—¡Señorita Fontana, no he terminado de hablar con usted! —dejé atrás su voz caminando a paso rápido por el pasillo.

Llegué a la plazoleta principal en un logro, pues un extraño mareo me invadía, así que me senté en una banca para despejar mi cabeza de aquella ridícula frase que Arturo había sembrado en mi cabeza. El corazón me latía con fuerza. ¡Estaba aterrada! ¡Aterrada ante la idea de estar enamorada de alguien! ¡Yo, Dessiré Fontana, no debía estar enamorada! ¡Y menos de él! Debía recordar lo que la estúpida de Samantha me había hecho y tenía que vengarme de ella quitándole a Salvador… eso era todo.

Rápidamente saqué mi cuaderno del bolso con las manos aún temblorosas y la abrí en una hoja limpia. Tomé un bolígrafo y escribí con mi puño fuerte, desordenado y rabioso un recordatorio para mí, para mi tonta cabeza y para los estúpidos sentimientos que me estaban nublando el juicio:

Salvador es mi venganza a ella
Salvador es mi venganza a ella
Salvador es mi venganza a ella
Salvador es mi venganza a ella
Salvador es mi venganza a ella

Cinco veces fueron suficientes para descargar un poco el arrebato de ira que había dentro de mí. De un manotazo cerré el

cuaderno, y luego mis ojos, respiré profundo, tomé conciencia y la devolví al bolso.

—¿Dónde te habías metido? —me sobresaltó una voz cerquita de mi oido. —Te llamé un par de veces por la mañana para pasar por ti.

Salvador brincó la banca para sentarse junto a mí.

—¿Está todo bien? —se preocupó atrayendo mi atención con un toque suave de su mano a mi barbilla.

Le miré, sus ojos del color del chocolate liquido me desarmaban; igual que su piel blanca y tersa, siempre con un ligero rubor que causaba el viento, y esos labios que parecían suplicarme que los besara de una vez por todas.

Él se levantó de la banca y se agachó frente a mí. Se acercó tanto que su aroma a bosque me envolvió por completo y cerré los ojos. Pasó su dedo índice por mis labios y sentí derretirme.

No podía permitirme besarlo. No debía hacerlo.

Me sentía caminando sobre una cuerda floja, suspendida entre la cordura y locura. Sabía qué, si tocaba sus labios, sería yo quien terminaría perdiendo… yo quien terminaría enamorándome. Y eso no iba a permitírmelo.

Debía mantener a Salvador lejos de mi boca hasta ser capaz de separar un beso de lo que empezaba a sentir por él.

Así que abrí los ojos de golpe y me paré haciéndolo a un lado.

—¿Y ustedes qué miran? —les grité a un grupo de chicas que veían sin disimulo a unos cuantos metros, escondidas detrás de un árbol.

Creo que eran de algún raro club de fans de Salvador.

Las chicas se alejaron por el patio central y dejaron de vernos como si estuviesen apostando si nos besábamos o no.

—Dess, ya es hora, ¿vienes a clase? —me preguntó luego de reír por defender mi privacidad.

—Yo… tengo que hacer unas cosas. Entra a clase, luego me pasas las actividades —le indiqué antes de tomar mi bolso y salir a paso rápido por los pasillos.

Subí a mi coche, cerré la puerta y respiré profundo. Tenía que aclarar mis pensamientos y sacar las ideas estúpidas de mí. Debía

ocupar mi mente en otra cosa, así que di reversa y salí del plantel.

Cuando regresé a mi edificio y pasé por recepción, Francisco, el encargado del *lobby*, me saludó tan cortés como todo los días.

—Señorita, Fontana, ¿por qué tan pronto en casa? ¿Se siente bien?

—Hola, sí, solo un poco cansada. Te veo después —le respondí oprimiendo el botón del ascensor que me llevaba a mi *penthouse.*

Una vez adentro me quité el abrigo y fui a la cocina, me iba a preparar una taza de té pero ¡al diablo!, tomé una botella de vino tinto y serví una copa.

Me fui hasta los amplios ventanales y la degusté deseando despejar mi cabeza de todo el embrollo de esta mañana. Fijé mis ojos en la mojada y gris ciudad a través de los cristales y como *flashback* volvió la frase de Arturo a apoderarse de mis pensamientos. Sacudí la cabeza como si con eso me devolviera el juicio y puse manos a la obra para liberar ese espacio que me estaba consumiendo.

Fui directo a mi armario, lo vacié y me puse a contemplar cada una de las piezas de ropa, de esta y de colecciones pasadas, de distintos diseñadores y algunas cuantas comerciales, luego separé las zapatillas y accesorios de lujo por color, temporada y hasta diseñador. «*¡Dios mio!¡Qué cantidad de dinero hay invertido en estas piezas!».* Yo que siempre había estudiado las finanzas, economía y todo lo relacionado a los números, fui consciente de ello por primera vez. ¡Qué contradictorio! pero… hay gente que ama el arte y yo soy una de ellas. Algunos optan por comprarse una pintura o escultura de algún artista famoso y yo… yo elegía comprarme ropa de diseñador.

Observé por última vez todos esos vestidos, abrigos, faldas y demás prendas sobre la cama, me acerqué con dulzura a ellos y pasé las yemas de mis dedos sobre la fina tela, la seda, el mink…, y me recosté a su lado como quien se despide de algo que ama, pero de repente, llegó a mi mente aquella cara de felicidad de las personas a las que Salvador ayudaba, entonces le di un beso a la ropa.

—Ojalá que la persona que los tenga en sus manos, nunca los combine con poliéster —les solté con melancolía.

Acto seguido: me paré de la cama y metí las cosas en cajas de cartón y con un marcador escribí:

Para la caridad

El tiempo se me había ido volando, el reloj marcaba ya las seis de la tarde, y no fui consciente de ello hasta que de pronto sonó el interruptor de mi cocina. Esquivé ropa y zapatos aún por doquier para abrirme paso y llegar hasta él.

—Sí, hola.

—Señorita, Fontana, hay un chico en recepción buscándola, su nombre es Salvador.

Di un suspiro profundo cuando dije:

—Enseguida bajo, pero, por favor, Francisco, suba usted a mi apartamento y ayúdeme a bajar unas cosas.

—Claro que sí señorita, enseguida voy —me confirmó.

Minutos después tenía al encargado de recepción cargando con las cajas.

—Hola, Dess. Te traje el tema que vimos hoy en clase, para que vayas al corriente. ¿Te sientes bien? ¿Por qué no entraste hoy? —cuestionó preocupado.

—Ayuda a Fransisco con las cajas —le pedí.

Corrió hasta él para hacerlo.

—Ah, y por cierto, el doctor Arturo me preguntó por ti. ¿Qué es todo esto? —preguntó refiriéndose al cargamento.

—Llévame a donarla —solicité—, antes de que me ponga a llorar encima del mink.

Una hermosa sonrisa iluminó el bello rostro orgulloso de Salvador.

En un viaje rápido llegamos a la donación en la Catedral de la ciudad.

—¿Estás segura? —me preguntaba Salvador por tercera vez desde que salimos de mi edificio—. Es muchísimo dinero lo que tienes aquí invertido.

Observé por última vez las cajas en sus manos, cerré los ojos y suspiré profundo. Los iba a extrañar claro estaba, pero la imagen de las sonrisas en las personas aquella vez que Salvador me llevó con ellos, dejaba todo en claro.

—Estoy segura —confirme decidida—. Apuesto que ellos sabrán subastarlas para recaudar suficientes fondos —aposté quitándole la caja de las manos y dándola a las personas encargadas.

—¿Te importaría si entramos un momento? —me consultó dirigiendo su mirada hacia la catedral.

Sentí una paz indescriptible apenas entrar. Observé curiosa a mi alrededor y me maravillé con la arquitectura.

Estuve en silencio así como unas cuantas personas en oración. Salvador se persignó y se puso de rodillas para orar también, acto que me derritió por dentro y el estúpido nivel de mis sentimientos iba para el lado opuesto al que quería. Tenía mi mirada fija en él y el corazón latiendo al mil al verlo rendido ante la Divina Gracia, con los ojitos cerrados y las manos juntas que hasta parecía un ángel caído del cielo… uno guapísimo por cierto.

Salvador se puso de pie, encontró mi mirada y me sonrió, no pude hacer más que devolvérsela, se acercó en silencio a mí y me susurró en voz muy baja al oído:

—Estoy tan orgulloso de ti. Eres tan hermosa, más por dentro que por fuera, y eso que pareces un ángel de *Victoria's Secret.*

Levanté levemente mi mirada a él. Tenía sus labios tan cerca de los míos que me resultaba dolorosamente imposible resistirme un segundo más a sus besos.

Había únicamente dos opciones con las que podía continuar: alejarme definitivamente de él para evitar volverme loca, o rendirme y volverme loca por él.

Capítulo 19

—Les aconsejo que desde ahorita vayan preparándose para el examen, ya solo faltan dos evaluaciones y termina el ciclo. La próxima semana harán la primera —nos informó Arturo a la clase.

Estaba impaciente viendo el reloj y con la atención fija en la puerta.

Pasé la noche dándole vueltas a qué debía hacer con respecto a Salvador, y al amanecer lo supe con una claridad que me estremeció: debía hacer lo que más me aterraba. Debía besarlo.

Tal vez solo sería un beso sin consecuencias. Una prueba para calmar el caos que llevaba dentro, que quizá ni siquiera era real, pero no lo iba a saber si no lo hacía. Aunque también existía otra posibilidad y era la que más me hacía temblar: que él fuera realmente por quien mi corazón había estado esperando.

Y sí así era… entonces estaría dispuesta a rendirme. Rendirme ante sus labios, ante todo lo que pudiera nacer entre nosotros. Ante él.

Quizá estaba exagerándolo todo y debía soltar de una vez esa absurda venganza; después de todo, tarde o temprano el karma siempre nos encuentra a todos.

—Si quiere puede ir y buscar a su amigo, si tanto le preocupa y le interesa más que mi clase —irrumpió Arturo mis pensamientos haciéndome bajar de mi nube.

—¿Disculpe?

—Que lleva toda la clase mirando el reloj y viendo a la puerta, me imagino que es porque espera a su… compañero. Por cierto, dígale que una falta o retardo más y se queda sin derecho a examen —completó con sorna antes de voltearse a la pizarra y seguir anotando el temario.

Salvador no había llegado a clase y tampoco me había avisado de que faltaría, ¿y si se enfermó?, ¿y si le pasó algo? Bueno, ojalá

que solo se haya quedado dormido, aunque yo ya había apuntado los temas a ver para el examen y así estudiar juntos.

La campana sonó. El salón rápidamente se quedó vacío, estaba guardando mis cosas pero tomé mi teléfono para llamar a Salvador. Me llevó directamente al buzón de voz.

—¿Problemas amorosos? —preguntó con una sonrisa desde su escritorio mi profesor a la vez que apilaba sus libros.

No respondí.

—Es un estúpido. Te lo dije Dessiré. No es más que un niñito rico. Tú necesitas a un hombre a tu lado —indicó luego de cerciorarse de que el salón estaba vacío—. Déjame volver a comenzar contigo, dame la oportunidad de conquistarte, de mandarte rosas e invitarte a cenar. Sal conmigo, fuera de aquí, fuera de clases, fuera de mi apartamento, como una pareja normal. Déjame presumirte, déjame besarte en público —me pidió acercándose y quitando el cabello de mis hombros—, déjame gritar al viento que estoy enamorado de ti, déjame ser tu novio. Solo dame la oportunidad.

El roce de la suave piel de Arturo sobre mi mentón se sintió tan fría, tan lejana, como si mi cuerpo ya no lo reconociese.

—¿Acaso no te das cuenta? ¡Es el "todas mías"! Dessiré, tú tan inteligente que te has cegado por él. Él solo quiere llevarte a la cama… —me aseguró— porque, ¿no han estado juntos verdad?

Aunque si bien no tenía porqué responder su indiscreta pregunta, moví la cabeza negándolo.

—Le has costado, mi amor, más que ninguna otra, por eso sus invitaciones a salir, el que pase por ti en la mañanas y todas esas atenciones que tiene contigo, todo esto para que vayas a la cama con él y después… te botará como lo hizo con todas las anteriores o… ¿no recuerdas a la rubia ¿Recuerdas cómo la botó así sin más?, solo porque fijó sus intenciones en su próxima víctima y eres tú, mi vida.

—Veo que estás demasiado al tanto de su vida —lo confronté

—Los rumores corren rápido por los pasillos y se escucha cada cosa y sobre todo de una figura como tú y como él.

—¿Cómo yo y como él?

—Pues sí, hay mucha gente interesada en sus vidas… pero volviendo al caso, date el maravilloso regalo de no ser una más en su lista.

—Salvador no es así —me atreví a defenderle.

—¿Ah no? —dijo con una sonrisa irónica pintada en su rostro.

—Es un hombre bueno y noble que sería incapaz de lastimarme —solté firme mirándolo a los ojos.

Arturo lanzó una carcajada ácida.

—Mi amor, ¡estás tan enamorada que tienes completamente nublado el juicio!, cayendo en su palabrería, siendo otra más para él, pero de acuerdo —manifestó con un ademan de rendición—, juégatela por él y todo eso, pero cuando te rompa el corazón, recuerda que te lo advertí. Vuelve a mí que aquí estaré para cuidarte y amarte… otra vez —luego me robó un fugaz beso en la mejilla y se encaminó a la salida.

—Ah, por cierto, ¡te ves hermosísima hoy!, por si tu novio no te lo dice cada mañana. Esas piernas tan sexys que tienes lucen genial en esos vaqueros, pero no tanto como sin ellos —completó cerrando la puerta tras de sí.

Resoplé soltando el aire contenido. Tomé mi bolso y me fui a prisa al baño y, frente al espejo, inhalé y exhalé un par de veces queriendo dejar atrás la mala vibra y negatividad que había dejado Arturo en mí.

Conocía a Salvador desde hacía poco, era verdad, pero la química que teníamos me gritaba que fue desde hace una eternidad. Sus hermosos ojos me daban la seguridad y la confianza que nunca antes me había dado ninguna otra mirada.

Cerré los ojos. No podía dudar de él, no podía fiarme de las palabras de un hombre herido que estaba dando sus últimas balas en la guerra antes de rendirse.

Salvador me daba paz, alegría y sacaba de mí un lado que nunca había conocido, a una mejor persona. Arreglé mi cabello, retoqué mi labial y acomodé mi abrigo. Me dirigí a la plazoleta principal sacando el celular de mi bolso.

—Me debes doscientos pesos, te dije que él volvía con la rubia —murmuraba una menuda chica a otra caminando por los pasillos.

Seguí mi andar e intenté de nuevo a marcarle. Llegué al final del pasillo y, aún sosteniendo el teléfono en mi oído, ví algo que me cayó como acero en el estómago. La llamada corrió a buzón, pero ahí, recargado en su *Audi*, ví los cabellos dorados de Salvador tomando entre sus brazos a una mujer mientras ella lo miraba a los ojos.

Sentí el cielo caerse sobre mí. Me quedé parada en medio del estacionamiento con la mirada suspicaz y el desengaño palpitando en mi garganta.

Y entonces la boca de Salvador besó la frente de Samantha.

Capítulo 20

Deslizaba mis calcetines de aquí para allá por el piso pulido de mi apartamento, cocinando una pasta y escuchando música. Era una tarde lluviosa de fin de semana y no tenía planes ni ganas de salir, por ello llevaba puestas solo mis bragas y una playera gris… sí, la misma playera que me quedé aquella vez.

Sinceramente desde lo ocurrido apenas hace un día con… él, me sentía un tanto herida, enojada y muy estúpida. Aunque bien es cierto que no lograba identificar qué es lo que me dolía más, si verlo con ella por ¿celos? celos de que aún hubiera algo entre los dos, o porque me sentía muy traicionada, él sabía bien lo que ella me había hecho y aún así continuaba viéndola.

Por reacción llevé mi mano a abanicarme los ojos para secar una lágrima que me resistía totalmente a derramar.

Tomé un poco de la salsa de la pasta desde la sartén en un cucharón y me la llevé a la boca. El *interphone* sonó avisándome que tenía una llamada desde el *lobby.*

—Ojalá que sea Valentina —pronuncié en voz alta, ya que desde que salía con ese tal Mario me tenía bastante abandonada.

Fui hasta la cámara que me daba acceso al salón de entrada. Vi a Salvador con el cuerpo recargado sobre el mostrador de recepción esperando respuesta de mí. Resoplé poniendo los ojos en blanco.

—Señorita Fontana, un joven llamado Salvador Dieste le busca, dice que es… ¿su novio? —repitió con cierta desconfianza Francisco.

Solté una amarga risa forzada.

—Dígale, por favor, que no estoy —le pedí colgando el aparato y arrastrando los pies de vuelta a la cocina.

No pasaron ni cinco segundos cuando volvió a sonar.

—¿Sí? —remarqué un tanto molesta.

—Disculpe, señorita, pero dice el señor que no se irá de aquí hasta que hable con usted. Que algún día tendrá que salir por esa puerta, eso dijo él —se justificó Fransisco.

Volví a asomarme por la cámara para ver qué era lo que ocurría en la planta baja y Salvador se dirigía a mí con señas de sus manos juntas que me pedían que bajara o que lo dejara subir a mi *penthouse.*

Aún estando indignada y un poco herida, logró sacarme una sonrisa al verlo. Lancé un largo suspiro de rendición y al final accedí:

—Dígale que suba.

Pedí el ascensor y ví a Salvador correr hasta él. En menos de un minuto ya estaba en mi apartamento.

—¿Que necesitas? —le expresé irritada sin siquiera voltear a él. Yo seguía en lo mío en la estufa.

Le escuché soltar una placentera risilla.

—¡El mejor recibimiento! —exclamó—. Te va muy bien mi ropa.

Lo volteé a ver, tenía la mirada fija en mi semidesnudo trasero. Por reacción tomé el secador de manos que estaba a lado de mí y traté de cubrirme.

—Nada que no haya visto antes, preciosa —confesó saboreándose los labios.

Le aventé el secador a la cara en un acto de fastidio y me encaminé a mi habitación.

—¡No te preocupes, así luces increíble! —me gritó desde la estancia.

Me puse el primer pantalón deportivo que encontré y volví.

—¿Qué necesitas? —volví a preguntar mirándolo a los ojos con los brazos cruzados sobre mi cuerpo.

—Bueno, pues, yo… —divagó en busca de alguna respuesta— vine a que me pasaras por favor los últimos apuntes del doctor Arturo, porque no tengo la guía para el examen.

Rodé los ojos.

—Sí, ya lo creo. El viernes estuviste tan ocupado que no te importó faltar a clase —solté como si hubiese estado toda la vida esperando por sacarlo.

—¿Algo está mal? —preguntó Salvador con una estúpida sonrisa.

—No, no, no, no, claro que no. ¿Por qué debería estarlo?

—Dímelo tú que no has contestado mis llamadas.

Quería lanzármele encima. Sentía el puño arderme y solo era capaz de calmarlo si lo desquitaba en su cara.

—La gente tiene ocupaciones ¿sabías? No estoy pendiente de ti —le solté—. En mi recámara, sobre la cama, están mis apuntes —le señalé con la mano hacia la habitación.

—¿Puedo pasar?

—Adelante.

Podía leer a Salvador consternado por mi actitud.

—Bonito hogar —elogió observando todo lo que encontraba a su alrededor—, bonito departamento, bonito auto, bonito cuerpo, bonita cara de enojada, bonita tú —divagaba con aprobación.

—Gracias —le respondí a secas.

—Y, ¿qué es eso que huele tan delicioso? —indagó inhalando el olor de la comida.

—Pasta.

—¡Mmm! ¡Excelente!

Lo miré en silencio apreciando su sonrisa que me derretía desde dentro, el brillo de su cabello del color del sol, viéndole esos ojos de ámbar liquido que me hacían perder la cordura. Tenía tanta rabia dentro, que solo podría desquitarme besándolo, primero despacio para saborear sus labios y luego fuerte para derramarle mi pasión, para que supiera que estaba loca por él, para que supiera que no iba a compartirlo con nadie y que estaba dispuesta a rendirme ante él y por él.

Salvador se me acercó poco a poco, pero yo me alejé de inmediato.

—Si quieres puedes llevarte mi cuaderno, me lo regresas en clase, yo ya estudié.

—No, aquí está bien, aquí estudio, solo voy a leer un poco tus apuntes —soltó con tranquilidad como si hubiese recibido invitación.

—¡¿QUÉ?! ¡No! ¡Estás loco! ¡Fuera de mi casa!

Me miró un poco confundido.

—¡No puedes simplemente echarme de tu casa así como así!, —exclamó— ¡mira hacia afuera, Ágatha!, ¡está cayéndose el cielo!

—¿¡QUÉ!?¿Cómo me llamaste? —le grité casi en la cara.

—Ágatha —repitió sonriente.

Puso su cuerpo muy cerquita del mío y el corazón se me comenzó a desbocar. Advertí el termómetro de coraje pasar de cien a cero en segundos. Nos quedamos en silencio viéndonos fijamente el uno al otro. Mi corazón iba a cobrar vida propia en cualquier momento. Mi mirada bajó a sus labios en la cual tenía una leve sonrisa.

—Me encanta tu nombre de bruja, ¿te lo había dicho? —apenas susurró cerca de mi oído.

Abrí los ojos, que no fui consciente cuando los cerré, pero volví a la realidad. Tomé a Salvador por los hombros y lo guié hacia el ascensor.

—No me voy a ir de aquí hasta aclarar las cosas contigo— advirtió—. Tienes que decirme ¿por qué estás enojada? Tengo derecho a que me escuches, aparte… aparte tengo el coche en mantenimiento en la agencia y afuera se está cayendo el cielo en una tormenta. Déjame estar aquí, por favor, mientras me lo entregan —suplicó haciéndome esos ojitos tiernos que desde ese momento proclamé odiar.

Fue lo único que alcancé a escuchar antes de oprimir "PB" en el ascensor.

—Por favor —rogó una vez dentro—, habla conmigo. Todo es un mal entendido.

Yo solo le dije adiós con la mano.

Salvador, rendido, dejó que las puertas se cerraran y bajó al *lobby*.

Corrí de nuevo hacia la pantalla de la cámara y lo observé. Lo seguí hasta que salió a la calle tratando de esquivar la tormenta con ambas manos como si eso pudiera cubrirlo del agua. Luego corrió calle abajo hasta que lo perdí de vista.

Volví a mi actividad en la cocina, pero algo dentro de mí me robaba la tranquilidad. Culpa le llaman.

Lancé un gritillo de coraje y volví a los ventanales en busca de Salvador, logré verlo varias cuadras al sur de mi edificio mojándose bajo un árbol.

—¡TE LO MERECES! ¡Vete con tu amiguita! —le grité como si pudiera escucharme.

Resoplé. Volví a la cocina, pero pasados tres minutos, apagué el fuego en la estufa, me acerqué al ascensor, tomé mis botas de lluvia que descansaban a un lado, y un paraguas. Oprimí "PB" en el elevador y salí en búsqueda de lo que me indicaba el alma.

—¡MALDICIÓN! ¡No puedo creer que esté haciendo esto! —bramé en voz alta con rabia para mí cuando el agua me golpeó con fuerza el cuerpo y me empapó las ropas, haciéndome volar el paraguas.

¡Genial! Salvador ya no estaba en el mismo sitio que minutos antes lo había visto. Llevé mi puño hacia mis piernas tratando de controlar mi coraje interno. Seguí avanzando un par de calles, la ciudad lucía sola, no había nadie a mi alrededor, a excepción de los faros que alumbraban mis pasos abandonados por la luz del cielo.

«*¿Para qué quieres el auto, Dessiré?*» maldije por lo bajo.

—¡BRUJITA MÍA! —escuché por detrás de mí y una sonrisa me iluminó el rostro. Me apresuré a quitarla y con mala cara volteé a verlo.

—¡Qué sexy y hermosa te ves mojadita! —dijo travieso.

—¡Eres un estúpido, Salvador! —le grité—. ¡Muévete! Vamos a casa —me puse a avanzar unos pasos de vuelta.

—Mira lo que compré.

Levantó la mano triunfal y me mostró una bolsa de papel toda hecha jirones por el agua en la que llevaba una botella de vino.

—¿De dónde sacaste eso?

—De ahí —indicó apuntando a una licorería.

—¡Camina!, que vamos a coger un resfriado.

Salvador tomó fuerza con su pie y me salpicó con agua de un charco que estaba sobre el suelo. De la impresión, solté el paraguas y me acerqué lo suficiente a él para estamparle mis puños sobre su pecho.

—¡Eres un estúpido! —repetí descargando todo el coraje que tenía en mi interior mientras se me mojaba toda la cara.

Él tomó con fuerza mis brazos para detener los golpes en su pecho. Llevó sus manos a mi cintura y me atrajo con poderío hacia él, tanto que sentí su aliento sobre mis labios.

—Acepta que estás celosa —ordenó en un susurro poniendo espacio en cada una de las palabras.

Le di un último empujón para separarlo de mí.

—Bien, eso me saco por ser buena gente, ¡quédate aquí en la lluvia! —le grité y seguí avanzando.

Recorrí un tramo, pero no sentí sus pasos, así que volteé hacia atrás, él venía corriendo hacia mí, pero yo también lo hice para no ser alcanzada. Fue infructuoso porque más pronto que tarde, me tomó de nuevo por la cintura, atrayéndome a su cuerpo.

La luz de los faros alumbraba nuestros cuerpos empapados. Yo ya no podía más, de verdad, ya no podía estar sin besar esa boca, sus estúpidos y perfectos labios, mi corazón ya no estaba para resistirse, estaba decidida a hacerlo de una vez por todas.

Este era el momento perfecto para caer rendida ante él. Puse mi mano en su cuello y lo acerqué a mí. Él también cerró los ojos, esperando por mis labios. Acarició mi cara mojada y, entonces, sentimos una ola de agua sobre nosotros. Abrimos los ojos de golpe y vimos pasar a un auto a toda velocidad que nos salpicó toda el agua posible.

—¡IDIOTA! —le gritamos los dos.

Nos quedamos mirando el uno al otro y de pronto nos partimos de la risa cómplices de aquella aventura.

—Vamos a casa —le ofrecí.

Llegamos y subimos al apartamento no sin antes dejar rastros de agua a nuestro paso.

—Si quieres metete a bañar —le indiqué a Salvador quitándome las botas en la entrada de mi hogar.

—Báñate tú primero, es tu casa —señaló en un gesto ridículamente cortés.

—¡Por Dios! —repliqué—. ¡Te estoy diciendo que te bañes primero! Necesitas quitarte toda esa agua fría de tu cuerpo —le ordené con los dientes castañeándome.

—De ninguna manera lo permitiría, es su departamento, bella dama —se volvió a negar haciendo ademán caballeroso con las manos, aunque su cuerpo temblaba del frío.

Exhalé rendida.

—Bien, no te voy a rogar —le anuncié arrastrando mis pies hacia la habitación.

Me fui directo al cuarto de baño y me quité la ropa mojada, abrí el grifo del agua caliente, cerré mis ojos y dejé que mi cuerpo se relajara con las cálidas gotas. De pronto escuché la puerta abrirse de golpe. Puse los ojos como platos y me tapé a prisa mis partes íntimas.

—¡SALTE! ¡¿Qué crees que haces?! —le grité a Salvador que estaba parado en el umbral de la puerta.

Comenzó a quitarse la ropa.

—Perdona que no haya podido esperar, flaquita, ¡estoy a punto de caer en una hipotermia!, ¡tengo mucho frío! —se excusó, para mi gusto, exagerando—. Pero te prometo no ver más allá de tu cara. Te lo prometo —lo juró mirándome fijamente a los ojos.

No le quité la vista de encima, atenta a su próximo movimiento. Salvador se movía con extrema precaución, siempre de frente a mí. Yo me quedé arrinconada, cubriendo mi cuerpo, y él me sostenía la mirada.

Comenzó a lavarse el cabello con mi shampoo, y, de pronto, soltó un quejido al cerrar los ojos. Entre el vapor vi su rostro cubierto de jabón y cómo este le ardía al colarse en sus ojos. Mi primera reacción fue reír, pero enseguida me acerqué, y, con cuidado le enjuagué el ojo con agua limpia.

Cuando al fin logró abrirlos, los tenía irritados y rojos. Me acerqué aún más para observarlo mejor, y entonces, despacio, casi con timidez, su mano encontró mi cintura desnuda. El aliento se me cortó al sentir su respiración agitada sobre mi piel.

El roce de las gotas sobre nosotros y la delicada yema de sus dedos viajaban por los contornos de mi cuerpo y acariciaban la piel de mi columna, erizado cada molécula de mi ser. Apoyé mis manos en su trabajado abdomen y él llevó su pulgar hasta mis labios, el cual, besé.

Mi cuerpo ardía por dentro y por fuera. Me pedía a gritos tenerlo conmigo, sentirlo mío, rendirme y que se rindiera ante mí, ante mi cuerpo, ante mis caricias, ante mi amor. Solo él y yo desnudos en

silencio, el agua que empapaba nuestros rostros ardiendo en deseo y el fuego que se desataba en nuestras miradas.

Era un hecho y no había manera de negarlo: estaba total y perdidamente enamorada de él.

Capítulo 21

Mi cuerpo me imploraba que me tomara. Salvador bajó su cabeza y me besó los hombros, acarició mis caderas desnudas y solo pude echar mi cabeza hacia atrás en un acto de rendición, esperando por él.

Súbitamente un chorro de agua helada hizo un choque térmico con el calor que irradiábamos y el vapor que nos envolvía. Nos hizo alejarnos por reacción. Nos miramos boquiabiertos sin saber de dónde venía ese drástico cambio de temperatura y no nos quedó más remedio que echarnos a reír al ver como nuestro calor era apagado de golpe.

Cerramos el grifo y lo obligué a seguir mirándome de frente cuando me acomodaba la toalla sobre el cuerpo. Él, divertido, llevó sus manos a taparse los ojos en tanto sonreía, pero los míos, traviesos, aprovecharon el momento para observar con detalle cada parte de él.

—Espero no te incomode que ande desnudo por tu apartamento, porque mi ropa está muy mojada, te lo recuerdo —se excusó entrando a la habitación—, y no pienso usar tus vestidos y tus braguitas —advirtió muy quitado de la pena.

Saqué de mi cajón los limpios calzoncillos celestes que él me había puesto aquella noche en su apartamento.

—No tienes tanta suerte —le confesé lanzándole la ropa interior que le dio sin querer, justo a la cara.

El *interphone* volvió a sonar. Corrí hasta él.

—Señorita, Fontana, llamo para comunicarle que está en reparación el termostato de la calefacción en el agua. En media hora vuelve a la normalidad.

—Gracias, ya me había dado cuenta —respondí con un suspiro a Francisco.

—Le hace falta un poco más de especias —opinó Salvador con el cucharón de la salsa para la pasta en los labios.

Fijé mi atención en él, lo estaba viendo por detrás, su blanca y perfecta espalda, su trasero respingón y sus piernas de campeonato, su dorado y mojado cabello me parecían la combinación más perfecta del universo. Cada movimiento de él, parecía llenar el lugar con una gracia casi mágica, pero una voz en mi interior me recordó a gritos: "Te ha traicionado".

Sin preguntarme ni pedirme permiso, sirvió dos platos y dos copas de vino, los llevó a la mesa y hasta se dio el tiempo de prender las velas sobre el comedor.

—¿Qué clase de cita romántica es esta? —me burlé al verlo acomodar perfectamente los cubiertos sobre la mesa.

Se quedó callado.

—No es ninguna cita. Es mera cortesía —admitió.

Ahora a la que se le borró la sonrisa fue a mí, así que en silencio tomé asiento al comedor.

—Salvador, ¿por qué haces esto? —irrumpí el silencio y nuestros pensamientos.

—Tú hiciste la mayor parte, yo solo puse sabor, le faltaba un poco de finas hierbas…

—Me refiero desde aquel día, en el bar, ya sabes, en defenderme, en… cuidarme, en tus atenciones conmigo —le pregunté por las dudas que me había dejado Arturo en mí.

Él no respondió en un par de segundos y entonces pegué más de cerca mi vista a él para que supiera que estaba a la espera de su respuesta.

—Tú hubieras hecho lo mismo si estuviera en tus manos—fue lo único que atinó a declarar.

—Pero, ¿qué es todo esto? —llevé las manos en un acto de englobarlo todo—. Llevarme a conocer tu vida, tu tiempo, tu compañía.

Para ser honesta, mi corazón me pedía a gritos escucharlo decir que era porque quería involucrarme en su vida, porque amaba pasar su tiempo y compartir sus actividades conmigo, porque sentía algo por mí. Quería escucharlo de su boca. Quería aclarar todas mis dudas. Quería desterrar para siempre la estúpida idea de que solo quería acostarse conmigo.

—Eres mi amiga, ¿no es cierto?

¡PUM! Había reventado la burbuja en la que estaba inmersa. ¿Amiga? ¡Amiga! ¿¿AMIGA?? NUNCA en la historia de mi vida un hombre había querido ser "mi amigo". Unos querían llevarme a la cama una noche, otros todas las noches, otros más querían presumirme en público, otros querían ser mis amantes, mis novios, y otros más locos, querían casarse conmigo, pero, ¿amiga? Valentina era mi amiga, y no estaba enamorada de ella, ni me temblaban las piernas cuando me susurraba algo al oido, ni sus labios me tentaban a…

Lancé una risa resignada.

—Sí, creo que sí —solté con un dejo de desilusión que lamentablemente no pude contener.

Le di un bocado a mi cena, pero de pronto, ya no tenía apetito.

—O podemos ser honestos si hablas claro conmigo y me dices qué es lo que sientes por mí —soltó sereno sin mirarme y después le dio un trago a su copa de vino.

Y ahí estaba la pregunta que ni yo misma sabía responder. La misma pregunta que me había hecho tantas veces. Balbuceé torpe sin decir nada en concreto pero luego me quedé callada. Salvador dejó de lado lo que estaba haciendo y se paró, lo seguí con la mirada, se puso de cuclillas ante mí y mirándome a los ojos me preguntó:

—¿Qué es lo que somos?

Tenía las palabras atoradas en la garganta. Quería expresarle todo mi amor contenido por él. Quería abrazarlo. Quería besarlo. Quería hacerle el amor hasta que nuestros cuerpos cayeran rendidos, pero cerré los ojos y me recordé la escena del viernes: yo parada en medio del estacionamiento y él muy abrazado a otra. No podía ser yo. No podía ser la ovejita enamorada, entonces dije:

—Las etiquetas son para la ropa, es mejor no ponerle nombre a lo nuestro.

Touché. Se la había regresado luego de que me dijera "amiga". Vi en su mirada que también rompí su burbuja.

—Bien —aceptó reincorporándose a su silla.

—Bien —repetí.

—A veces no logro entenderte —confesó con cierta desaprobación.

—¿A qué te refieres?

—No sé a qué tienes miedo, pones tantas barreras que por más que lo intento me es imposible llegar a ti.

—Es que quizá no eres la persona correcta —solté con malicia para herirlo.

Me miró sorprendido.

—Y entonces, ¿por qué haces esto? Permitirme estar aquí —dijo señalando la mesa—, salir a buscarme, darme todas esas señales —se llevó las manos a la cara en un acto de frustración.

—Es mera cortesía —se la devolví.

Exhaló profundo como rindiéndose a la discusión.

—Bien —dijo.

—Bien —repetí.

Miré la hora en el electrodoméstico en la cocina, anunciaba las diez y veintitrés de la noche.

—Salvador, ¿a qué hora piensas ir por tu auto? —cuestioné poniéndole un poco de presión.

—Dessiré, ya cerraron —anuncio con obviedad—. Tendré que ir por él por la mañana —completó viendo su reloj de mano.

—Bien, te llevo a tu casa —me ofrecí poniéndome de pie para ir por mi bolso.

—No puedo entrar a mi apartamento, hice cambiar el acceso al ascensor y ahora está bloqueado, por la mañana lo repararán —soltó tan tranquilo.

Lo miré perpleja.

—Bueno, a la casa de algún amigo, de… Sam…antha —dije antes de morderme la lengua.

Se echó a reir.

—¿Qué te parece tan gracioso? —me molesté.

—¡Gracias a Dios! ¡Por fin! ¡Salió la razón! —exclamó llevándose la mano a cubrir su risa.

Sentí una oleada de coraje.

—No le veo la gracia.

—¡Sabía que era eso!

Resoplé cruzándome de brazos.

—Déjame explicarlo todo —pidió—. No es lo que crees.

—Yo sé bien lo que vi. La estabas besando —afirmé.

—¡En la frente! —se excusó.

—¡Donde sea! Tu… tu boca tocó su piel —señalé cabizbaja.

—Dess, ¡mírame! —atrajo mi mirada hacia él—. Conozco a Samantha desde siempre y ella necesitaba mi apoyo, su padre llevaba un tiempo en el hospital y ayer murió. Necesitaba de mí, no tiene a nadie más en la ciudad y me llamó justo cuando estaba por entrar a clase, fue hasta la escuela y me lo contó todo. Ella está pasando un mal momento, el beso… el beso solo fue una muestra de cariño y de confort para ella —me explicó.

Algo en mi interior se apagaba de apoco, el coraje que sentía había sido sustituido primero por la culpa de haber causado tanto drama por algo que tenía explicación y, segundo, por un alivio al escuchar la razón, pero también una pena por ella.

—Oh, lo siento tanto, no tenía idea —confesé avergonzada.

—Pero, ¿sabes una cosa?

—¿Qué? —pregunté sintiéndome una tonta.

—Me vuelve loco verte celosa por mí.

—¡No estaba celosa! —mentí defendiéndome.

—O bueno, cualquier cosa que sea eso que sientes sobre las relaciones a las que no quieres poner etiqueta.

Rodé los ojos.

—Quiero pedirte que vueles con Samantha y conmigo hasta Atlanta para el funeral de su padre, sirve y conoces a mi familia —me propuso.

—¡¿Qué?! ¡Por supuesto que no voy a ir!

—¿Sigues molesta por lo que hizo?

—Bueno yo… sí, sigo molesta, pero no creo que sea correcto, es un momento difícil para ella y no creo que le agrade verme ahí. Aparte… tú, bueno, me imagino que es difícil para ella verte con… alguien más.

Salvador se lo pensó un poco.

—Tienes razón, hablaré con ella.

—¡No! No tienes que hacerlo —me aclararé la garganta porque sentía las palabras atoradas—. Vuela con ella. Ella te necesita.

Salvador me dió un tierno beso en la frente y acarició mis mejillas con dulzura.

—Pero no te puedes quedar aquí esta noche —pronuncié de golpe.

—Y ahora, ¿por qué?

—Porque no, porque ningún hombre se ha quedado a dormir en mi casa.

—¡Qué felicidad escuchar eso! —se alegró de sobremanera—. Pero siempre hay una primera vez —dijo tratando de seducirme.

—No, Salvador —reforcé.

—Bueno, no insistiré, solo recuerda quién te cuidó cuando estabas ebria —me chantajeó de la forma más vil tomando su cazadora y yendo al ascensor.

—¿Y te piensas ir en calzoncillos? —observé entre risas.

Se encogió de hombros como confirmando mi cuestión.

Llevé mis puños cerrados sobre mis piernas y di un ligero grito de coraje.

—Te odio, Salvador Dieste. Te odio, ¡te vas a quedar en la sala! —le ordené señalando el sofá con mi dedo índice.

—En la sala será —confirmó con una gran sonrisa triunfal pero colocó las manos en señal de rendición.

Cerré la puerta de la habitación con seguro porque no me iba a ser posible soportar otra escena como la de la ducha. Me fui a dormir, pero a mitad de la noche y en medio de la oscuridad y la fina luz de luna que se colaba por mis ventanales me desperté. El reloj de la mesilla de noche marcaba las tres y veinte de la mañana. Me paré de la cama y arrastrando los pies fui a la cocina por un vaso con agua.

Pasé por la sala y vi el televisor encendido, me acerqué para apagarlo y vi a Salvador dormido en el sillón, parecía estar temblando, en silencio me acerqué a él y miré su cara empapada en sudor.

—Oye —le susurré al oído—, ¿estás bien?

Apenas abrió los ojos y los volvió a cerrar.

—Me siento muy mal —balbuceó.

Me reí en voz alta.

—Eso te pasa por mojarte en la lluvia fría —le regañé.

A él no le causó gracia alguna, no volvió a abrir los ojos y se limitó a voltearse de lado.

Puse los ojos en blanco.

—A ver, ven —le pedí ayudándolo a reincorporarse en el sofá.

Toqué su frente, estaba ardiendo en fiebre.

—Estás resfriado —le aseguré.

Él pareció no prestarme atención pues se concentraba en seguir tapándose el cuerpo con sus brazos. Fui a mi habitación y tomé una manta y dos píldoras del cajón de primeros auxilios. Llené un vaso con agua y volví a la sala.

—Toma esto —ordené extendiendo mi mano—. Te vas a sentir mejor.

Salvador tomó las pastillas de mi mano y las tragó.

Me senté a su lado y él se acurrucó conmigo. Yo dudosa, lo tomé entre mis brazos y me dediqué a secarle el sudor frío que le recorría. Él intentaba dormir, pero su cuerpo no dejaba de temblar.

Tuve que esperar hasta las seis de la mañana, una hora más decente para tomar el intercomunicador.

—Buenos días, ¿podrías comunicarme por favor con la señora Váss? —pedí en recepción.

—Buenos días, señorita, ¿la señora del 14B, la médico?

—Sí, por favor.

—¿Todo bien, señorita?

—Sí, gracias.

Esperé unos segundos en la línea y al primer timbrazo tuve respuesta.

—Señora, Váss, buenos días, disculpe la hora, soy Dessiré —dije aclarando mi garganta—. Verá, lo que pasa es que un amigo está aquí en mi apartamento y al parecer se siente muy mal, creo que tiene resfriado, ¿qué puedo darle para que se sienta mejor? —me preocupé.

—Voy para tu apartamento, mi niña. No te preocupes por la hora, justo salía para mi caminata matutina —confesó con dulce voz.

En menos de diez minutos tenía a la señora Váss con su maletín de primeros auxilios a lado del sillón donde estaba Salvador, hizo a un lado los calzoncillos y le puso una inyección en el trasero.

—En efecto, se resfrió y tiene una infección en la garganta. Ya le puse antibiótico, se sentirá mejor. Cuida mucho a tu novio; consiéntelo y déjalo descansar que se siente débil.

Tragé saliva.

—No, no es mi novio, señora, es… es solo un amigo.

—Bueno, pues yo que tú lo haría mi novio —dijo guiñándome un ojo—. Es guapísimo el condenado —se rió bajito—. Harían bonita pareja, mi niña. Se siente amor en el aire.

—¿Cuánto le debo? —irrumpí sus comentarios sacando mi billetera.

—¡De ninguna manera, corazón! Para eso son las vecinas —me abrazó y se fue directo al ascensor.

Le agradecí muchas veces y tomé nota mental de devolverle el favor tan pronto como pudiera.

Regresé a la cocina y le preparé un té a Salvador. Le ayudé a levantarse y llevarlo hasta mi cama, me aseguré de que se lo tomara y lo acosté. Tomé una almohada y estaba por encaminarme a dormir al sofá cuando con un hilo de voz me dijo:

—No te vayas, por favor. Eres lo único que quiero a mi lado.

El corazón me latió con fuerza, volteé la mirada en todas las direcciones como si alguien más hubiera escuchado lo que me dijo. Lo miré y le acaricié sus rojas mejillas, luego me acosté junto a él. Salvador se pegó a mi lado y se abrazó a mi cintura. Yo con cierto temor acaricié su suave cabello.

—Estoy… creo que estoy… tan enamorado de ti —dijo con apenas un audible susurro recostándose sobre mis pechos, y luego, se quedó profundamente dormido.

Capítulo 22

Había dejado mi habitación hecha un desastre, pues los últimos veinte minutos busqué como loca mi cuaderno. Era día de examen y quería darle un repaso antes de clase, hasta que caí en cuenta que se lo había llevado Salvador para tomar los apuntes y me lo regresaría en el aula. «*¿Dónde tienes la cabeza, Dessiré?».*

Sin perder más tiempo de la mañana me metí a bañar, me estilicé el cabello y me vestí una minifalda y unas botas altas, una camisa blanca a botones y mi abrigo *Dolce & Gabbana,* y claro, mis inseparables labios rojos.

Sentí una conexión especial aquella noche. A pesar de haber perdido la cuenta de en cuantas camas había estado, había descubierto otra faceta de intimidad, una que nunca imaginé. No necesité que estuviera dentro de mí para sentir la química fluyendo a través de nuestros cuerpos y mentes. Salvador me había hecho sentir más en una cama que ningún otro hombre con el que yo hubiera estado, ¡y eso que ni siquiera me tocó!, es más, ¡estaba completamente loca por un tipo que ni siquiera había besado! ¿Cómo podría llamársele a eso?

Había estado consumiéndome en las últimas horas pero me había decidido a confesarle todo lo que sentía, ya que ahora que él me lo había declarado ya, no había razón para seguirlo ocultando. ¡Estaba enamorado de mí! ¡Estaba enamorado de mí, tanto como yo de él! Y yo lo iba a gritar a los cuatro vientos. Estaba decidido. En la escuela se lo diría, no, es más, le besaría y le dejaría saber que yo también estaba loca por él.

En el transcurso a la uni, no podía dejar de imaginarme todos los escenarios posibles de nuestro primer beso.

—Salvador Dieste: quiero confesarte que te quiero y que estoy tan loca por ti, que me muero por besarte, que me muero por ser tuya, que me muero por ti, que estoy enamorada, estoy tan enamorada como nunca antes siquiera imagine —practiqué en voz

alta con los nervios alojados en mi pecho, con las manos sudorosas y el vivaque de mariposas en mi estómago.

¿De verdad así se sentía estar enamorada?

Aparqué y me bajé del coche y, para mi suerte, el *Audi* ya estaba ahí. Sentí las piernas temblarme pero irónicamente me llevaban un poco más a prisa de lo normal, como si mi cuerpo estuviera desesperado por verlo. El corazón me latía muy rápido.

Lo divisé a lo lejos, estaba en medio de un grupo de chicas y eso me desorientó. Nunca lo había visto así: riendo y jugueteando con mujeres.

Caminé hacia él con los latidos de mi corazón en la garganta y cuando lo tuve a unos cuantos pasos, me detuve en seco, él volteó su mirada y me vio. Me regaló una enorme sonrisa y yo a él, pero luego una morena a su lado le volteó el rostro para con ella y lo besó, lo besó y lo besó en los labios y él… no puso resistencia.

No me pude mover, las piernas no me respondieron para salir corriendo de ahí, en su lugar, solo me quedó un vació profundo en mi interior. Su imagen se me distorsionó por las lágrimas acumuladas, pero logré ver a Salvador con una mirada triste puesta en mí, y antes de que mis ojos liberaran las lagrimas y estas corrieran por mis mejillas, me di la media vuelta y fui directo al servicio de chicas.

—¡Qué estúpida soy! Estúpida, estúpida, estúpida, mil veces estúpida —me repetí al espejo.

Inhalé y exhalé profundo un par de veces hasta que logré mantener el control, saqué mi *lipstick* y retoqué mis labios, me acomodé el cabello y salí.

—Hola —se atrevió a saludar el imbécil de Salvador que al parecer esperaba por mí afuera del baño.

—Hola —le devolví el saludo a secas luego de tomar una bocanada de aire.

—¿Estudiaste?

—No —respondí llevando mi puño cerrado hacia mis piernas.

—¿No?

—¡No! Tú te llevaste mi cuaderno ¡por si no te habías dado cuenta! —espeté aun y cuando de mis ojos se querían escapar otro

par de lágrimas—. Aparte estuve perdiendo el tiempo todo el fin de semana, ya sabes, en puras estupideces —dije airada.

—¿Ah sí? —se atrevió a ofenderse.

—Sí.

—¿Cómo cuáles?

—¡Déjame en paz, Salvador! —le grité acelerando el paso.

—Toma, tu cuaderno —me alcanzó extendiéndomelo en las manos—. Ah y, ¡felicidades! ¡Lo lograste! ¡Ganaste! ¡Caí en tu juego! —exclamó clavando sus decepcionados ojos en mí.

—¿¡De qué carajos estás hablando?! —me paré en seco.

—¡Qué estúpido soy! ¿No es cierto? —soltó con una amarga sonrisa—. De verdad creí que sentías lo mismo que yo, pero no, tú no vas a cambiar… tú no tienes la culpa, fue mía al enamorarme de una niña egoísta que solo ve por sus intereses.

Absorta en sus palabras trataba de hilar toda esa sarta de disparates que me soltaba de frente.

—¡No entiendo nada de lo que me estás diciendo!

—Aunque te voy a hacer una recomendación —intervino—, cuando estés jugando con los sentimientos de alguien, procura no usar de diario una parte donde la víctima pueda verlo. Que decepción.

«*¡Santa mierda! ¡No puede ser!, ¡No puede ser!*» Salvador había leído el recordatorio que puse en el cuaderno aquel día.

Me quedé boquiabierta, pero él solo atinó a darme un beso cargado de desilusión en la frente, que dolió más que cualquier reproche. Dio media vuelta y entró al aula.

—Justo a tiempo, señorita Fontana. Señor Dieste cierre la puerta y tomen asiento —ordenó Arturo cuando estaba entregando las hojas del examen.

Tomé el papel de sus manos. Traté de leer lo que indicaba el cuestionario, pero no pude concentrarme. Solo pasaba una y mil veces la estúpida imagen de Salvador dejándose besar por la chica. Volteé disimuladamente a verlo, él estaba del otro extremo del salón y también me miraba. Al instante bajé la mirada al examen.

«*La fórmula para…*» ¡No! ¡Imposible! ¡No era capaz de recordar nada! Sacudí mi cabeza como si con eso pudiera despejar mi mente, luego volví a leer el problema escrito en la hoja. Mi mente estaba totalmente en blanco, como si me hubieran bloqueado la capacidad de razonamiento.

Me puse de pie y entregué en blanco el examen a Arturo.

—¿Tan rápido? —se sorprendió mi profesor.

Ni siquiera pude contestarle nada y salí del salón.

Volteé mi mirada de nuevo a la clase y vi a Arturo clavar su mirada en mí, después a Salvador pararse y entregar también su hoja.

Apresuré el paso para que no pudiera alcanzarme, sentía las piernas temblarme y los ojos volver a traicionarme al derramar lágrimas, así que me oculté detrás de un árbol. Lo vi pasar de largo.

Aún con las manos un tanto temblorosas, saqué un cigarrillo, lo llevé a mi boca y lo encendí. La nicotina me recorrió dándome un *shot* de serenidad.

—No fumes —indicó Salvador sobresaltándome.

Expulsé el humo en su cara. Cerró los ojos para evitar que le entrara.

—Vamos a que comas algo, Dessiré, mínimo para que no tengas el estómago vacío.

—Descuida, estoy bien —le aseguré de la manera más tranquila que pude.

—Ya lo creo, tú siempre estás bien, pero, ¿entonces por qué el enojo? Es por el examen o es por…

—¿Por qué, Salvador? —reaccioné con irritación mirándolo fijamente a los ojos.

—Ya sabes, el… beso —verbalizó mirando a otro lado.

Solté una sarcástica risa.

—No te alucines, Salvador, a mí no me interesa con quién te beses, ni con quién te acuestes. ¡No me importa nada de ti! ¡Entiende! —le solté a la cara.

—No entiendo por qué eres tú la enojada, Dessiré. Yo soy el que leyó de tu puño y letra que soy una venganza. Yo soy el estúpido que se enamoró de un juego y tú eres la que nunca aceptó

que sentía algo por mí. Pero, ¿qué estoy diciendo? —dijo irónico—, es obvio que nunca sentiste nada por mí. Yo soy el que debería estar enojado porque jugaste conmigo, porque no me quieres contigo ni me quieres con nadie más.

Llevé el cigarrillo de mi mano a mi boca, pero Salvador me lo quitó y lo apagó en el suelo con el pie.

—¡¿Qué te pasa?! —señalé molesta.

—No lo hagas, no fumes.

Rodé los ojos.

—Si mal no recuerdo, yo te vi llevando un cigarrillo a tus labios ese día que te conocí —señalé.

—Yo no fumo —respondió a secas.

—¿Ah no? ¿Y qué era eso?

—Solo lo pedí para acercarme a ti y pedirte fuego —confesó seriamente y con cierta decepción.

Nos quedamos viendo unos segundos fijamente; sentía el viento frío soplar sobre nosotros y las hojas de los arboles moverse.

—¿Y a ti qué te importa, Salvador? —espeté asqueada al verlo tan estúpida y falsamente preocupado por mí.

Se mordió el labio con un poco más de fuerza de lo normal, como si luchara por no soltar lo que venía directo de sus cuerdas vocales.

—Porque lamentablemente me importas más de lo que quisiera. ¡Carajo! Me importas mucho más de lo que crees y búrlate de mí si eso es lo que quieres. Te doy en este momento la medalla de ganador. ¡Ganaste, Dessiré! ¡Felicidades! Me enamoraste como un estúpido tan solo para vengarte de Samantha, ¿o no es así? ¡Dime que no es así! ¡Qué no estabas jugando conmigo! Dime que era real lo que sentíamos, solo dime que es un mal entendido y te juro que…

—¡Es verdad! Me acerqué a ti para cobrar venganza de lo que esa imbécil me hizo —le grité con rabia con las lágrimas bajándome por las mejillas.

Salvador apretó los dientes con exasperación y sus ojos comenzaron a cristalizarse. Luego cogió su mochila del suelo y retrocedió unos pasos marchándose.

Mi cuerpo me traicionó y llevé mis manos a mis mejillas para limpiarme las lágrimas. Sollocé un poco asegurándome de que nadie me veía. Cerré los ojos unos segundos para devolver el control de mis emociones pero escuché una voz que me sobresaltó:

—Dessiré, ¿podemos hablar en mi oficina?

Arturo estaba parado frente a mí con su laptop en las manos y una carpeta con los exámenes.

—Sí, claro —lo seguí.

Una vez dentro de su despacho me quité el abrigo y tomé asiento frente a él.

—¿Por qué dejaste en blanco el examen, Dessiré?

—No podía concentrarme —admití.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, solo me duele un poco la cabeza —mentí con una débil sonrisa.

—Bueno, no pasa nada, nadie tiene por qué enterarse de que lo entregaste en blanco —dijo de forma cómplice mi profesor—. Hagamos de cuenta que no.

—Gracias, Arturo.

Lo miré a conciencia. El precioso color de sus ojos y su fina sonrisa. Extrañé cuando los veía tan de cerca, cuando mis labios saboreaban los suyos, cuando el calor de su cuerpo embriagaba al mío y todo estaba bien. No me dolía nada a su lado.

Luego, como si mi cuerpo decidiera por mí, me levanté de la silla y fui hasta él. Su mirada ardía indómita, clavada en mí. Me senté de nuevo y después de lo que me pareció tanto tiempo en sus piernas y descargué mi roto corazón en sus labios. Mi lengua conocía el camino. Le eché los brazos al cuello y él pasó su mano por debajo de mi falda. El calor me encendía la piel y me exigía tener unas tibias manos sobre mi cuerpo. Le empecé a desanudar la corbata mientras él me besaba el cuello. Estaba por desabotonarme la blusa, cuando se escucharon unos ligeros golpecillos en la puerta y enseguida se abrió.

—Disculpe, doctor, ¿puedo hablar con ust…

Los dos nos quedamos de piedra y aunque yo estaba de espaldas y no lo vi, pude reconocer su voz.

Era Salvador.

Capítulo 23

—Señorita, su *martini* —me entregó la copa el *barman* de Candil's Bar, bajándome de la nube en la que llevaba todo el día.

—Sí, muchas gracias. Disculpe, ¿qué pasó con Iván? Él solía estar aquí en la barra —pregunté por mi amigo.

—Hoy es su día de descanso, pero en lo que te pueda servir, cariño —coqueteó el chico moreno que ocupaba hoy su lugar.

Le devolví la sonrisa dándole un sorbo a mi copa.

No había tenido noticias de Salvador desde la mañana en la oficina de Arturo, aunque obviamente ni siquiera tuve el valor de voltearme, lo escuché cerrar la puerta y marcharse.

Una parte de mí quería salir corriendo tras él, pero, ¿qué le iba a decir? "Sí, Salvador, solía tener un romance con nuestro profesor y además tengo una larga lista de *affaires* en pausa para ser usados cuando yo quiera". Además, muy sinvergüenza tendría que ser para ir y detenerlo, creo que ya estaba lo suficientemente decepcionado de mí.

El que me sorprendió demasiado fue Arturo, pues no hizo el mínimo intento de hablar con Salvador. Al contrario, tal parecía que le dio gusto que nos viera, podía ver en sus ojos la satisfacción al ver su cara. ¡Como si fuera una maldita competencia!

Fue el timbre de mi teléfono ahora el que me bajó de mis pensamientos. Vi en la pantalla que era Valentina, así que contesté de inmediato.

—¿Dónde te habías metido? —le reclamé sintiéndome ofendida.

—Bebé, no me regañes más —suplicó con su voz infantil —, el amor provoca que nos montemos en una nube propia, ¿no es cierto? —suspiró enamorada.

—No lo sé, supongo que sí —estuve de acuerdo.

Le di un largo trago a mi copa.

—¿Qué ha pasado en tu vida, mi amiga?

—¡Valentina!, ¡en mi vida ha pasado de todo lo que te puedas imaginar! —ponderé.

—*¡OMG!* Bebé, me siento la peor de las amigas —se lamentó—, desde que estoy enamorada me he encerrado en mi propia burbuja que te he descuidado tanto…

—Descuida, amiga, te entiendo —admití. Al fin de cuentas me sentía igual.

—Tengo una solución. ¿Qué te parece si mañana vas conmigo a un evento super exclusivo?… como los que te gustan —me propuso —. Papá cerrará un negocio en la ciudad y sí que se ha armado un evento a lo grande. Estará repleto de chicos guapos y millonarios — incitó emocionada.

—Vale, verás, no creo estar de ánimos ahora para una fiesta — admití.

—Pero, ¡no es una fiesta! ¡Son negocios! ¡Relaciones públicas, cariño! ¿Ya sabes? Ademáááásssss —dijo alargando la palabra—, alguien te quiere conocer.

Di un suspiro profundo al teléfono cuando vibró sobre mi oreja indicándome que tenía otra llamada entrante.

—Valentina, mañana hablamos, tengo que irme.

—¡Te pones tu mejor vestido! ¡Te quiero, bebé! —dijo antes de colgar.

Tomé la segunda llamada:

—Hola.

—Hola, Dess, soy Arturo, necesito hablar contigo, ¿no estás en tu apartamento verdad? Estoy justo afuera de tu edificio.

—No, vengo llegando a un bar —le informé.

—¿Te alcanzo allá?

—No, espérame ahí, ya salgo de aquí.

Pagué mi martini, tomé mi abrigo del respaldo de la silla y di un vistazo rápido a mi reloj que marcaba las diez con cinco de la noche.

Me detuve en el umbral de la entrada, pues la lluvia había arreciado con ganas, el guardia se ofreció a acompañarme hasta mi auto con un paraguas.

Cuando me detuve afuera de mi edificio vi a Arturo mirando la lluvia desde el cristal en recepción. Hice sonar el claxon de mi auto para que volteara mí y entonces le hice unas señas con las manos pidiéndole que subiera al auto.

Arturo se abrió a paso acelerado entre la lluvia aunque no evitó mojarse su traje gris.

—¡Entra! —le ofrecí quitando el seguro de las puertas —¿Qué pasó? ¿Qué haces aquí?

—¿Has hablado con tu amigo? —preguntó preocupado arreglándose su cabello salpicado de gotas.

—No y creo que ya no será más mi amigo —reconocí cabizbaja.

—Sabes… pensé que levantaría un reporte, pero no lo hizo.

—Quizá no logró vernos —señalé dejando notar la esperanza en mi voz.

—Dessiré, ¡estabas sentada en mis piernas!, y te estaba desabotonando la camisa. Es obvio que nos vio —confirmó.

Tragué saliva.

—Bueno, no sé…

—¿Has intentado hablar con él? —intervino.

Negué con la cabeza.

—Bueno, si llegas a hablar con él, avísale que no puede tener ni un retardo más o una falta y tiene que tener excelencia en todo, si no, no va a pasar la materia de posgrado, porque, al igual que tú, dejó el examen en blanco y eso promediaría sobre setenta, así que un punto menos sería fatal…

—¡Arturo! —exclamé incrédula—. ¿No te das cuenta de lo que acaba de pasar? —dije queriéndolo hacer consciente— ¡No puedes ponerte en el papel de exigente cuando él tiene en sus manos el poder de arruinar tu futuro profesional!

—No me interesa. Que haga lo que tenga que hacer —dijo con la soberbia instalada en él—. No voy a permitir que use esa información para chantajearme —admitió con terquedad.

—¡De verdad que no te interesa tu profesión!

—¡Claro que me interesa, pero también me importas tú!

Puso su mano en mi barbilla y se acercó para besarme, pero yo puse la mayor distancia que me permitía el coche.

—Arturo, no te confundas, lo nuestro ya está terminado. Lo que pasó esta mañana, de verdad que fue un error, yo no debí…

—Sabía que volverías, lo demás tan solo fue una novedad.

—Por favor, Arturo, no hagas esto más difícil.

—Dessiré…

—Lo mejor será que te marches, nos vemos en clase ¿quieres?

Arturo fijó sus ojos en mí y yo desvié mi mirada al retrovisor. Entonces, entre la luz tenue de los faros, vi la silueta de un hombre que perdía el equilibrio en medio de la calle. Enfoqué bien mi vista en el espejo tratando de ir más allá de lo que me permitían los mojados cristales.

El corazón me dio un vuelco.

Me quité el cinturón de seguridad y abrí la puerta del conductor tan rápido como si mi vida dependiera de ello. Arturo me miró un tanto asustado y antes de echarme a correr bajo la lluvia lo escuché decir:

—Dessiré, ¿qué haces?

Seguí corriendo bajo el agua que me empapaba el cuerpo y la cara. Salvador no podía mantenerse en pie y se tambaleaba en plena calle.

—¡Mi amor! —solté de pronto con un nudo en el pecho al verlo así, y entonces se desplomó entre mis brazos.

Estaba totalmente ebrio. Olía a alcohol y a perfume barato. Tenía la cara llena de golpes y la piel de la ceja y del labio abiertos de donde le brotaba sangre.

—¿Qué te pasó? ¡Mírame! —exclamé asustada con lágrimas corriendo sobre mis mejillas.

—Dime que te obligó a hacerlo, a sentarte en sus sucias piernas y te juro que lo mato —balbuceaba—. Porque si te faltó al respeto, yo…

—¿Qué? ¡No!

—Es por… ¿es por el examen, Dessiré?, ¿por eso estabas besándole?

Salvador hincaba su rodilla sobre el asfalto, y mis manos trataban de detener la sangre de su rostro.

—¿Qué está pasando aquí? —cuestionó Arturo con autoridad detrás de nosotros, olvidándose quizá de que no estábamos en su clase.

En menos de un parpadeo Salvador se puso en pie y estampó su puño directo a la cara de nuestro profesor.

—¡Salvador! ¡No! —grité.

Arturo se llevó la mano a cubrirse la nariz rota de la que ahora brotaba un manantial de sangre, pero más pronto de lo esperado también llevó su puño a la cara de Salvador. El golpe lo tiró de nuevo al suelo, y yo, asustadísima no podía parar de llorar.

—¡YA BASTA, POR FAVOR! —les grité, pero ninguno de los dos parecía escucharme.

—¡NO VUELVAS A METERTE EN LO QUE NO TE IMPORTA! —le gritó Arturo a Salvador que seguía en el suelo.

—¡Te voy a enseñar a respetar a las mujeres! —gruñó Salvador poniéndose de nuevo en pie y yéndosele a los golpes.

Parecían dos animales salvajes peleando por lo suyo. No les importa nada, ni el título de cada uno, ni el frío, ni la tormenta, ni las miradas curiosas de unos cuantos, solo pensaban en su coraje y la sed de pelea y sangre. Arturo no dejaba de golpear la cara ensangrentada de Salvador, y él también hacía lo propio con su puño.

Era imposible separarlos.

—¡Arturo, basta! ¿No ves en qué estado está? —le grité.

—Eso se saca por meterse en nuestra relación —me gritó también.

La sangre se extendía por el suelo arrastrada por la lluvia.

—Salvador, ¡escúchame! —dije atrayendo su atención a mí—. Arturo no me obligó a nada…

—¿Qué? —divagó con los ojos decepcionados.

—Yo lo besé porque… porque salimos juntos… bueno estuvimos viéndonos un tiempo —me corregí.

Salvador clavó su mirada en mí tratando de comprender mis palabras y Arturo aprovechó para darle otro golpe que lo dejó tirado a cuerpo completo en el asfalto.

—¡YA! ¡Vete de aquí, Arturo! —le exigí llorando.

Tenía el ojo hinchado, y sangre le escurría por el cuello desde la nariz y la boca.

—Dessiré… ¿por qué él y no yo? —inquirió con un nudo en la garganta reteniendo las lágrimas.

—El amor no se elige, Arturo —le confesé sosteniendo el cuerpo de Salvador y las lágrimas y el agua nublando completamente mi vista.

—¡Voy a acabar contigo! —lo amenazó liberando sus ojos de coraje convirtiéndolo en gotas saladas.

Arturo se dió la media vuelta y se fue.

Bajé la cabeza y le limpié la cara a Salvador.

—¿De dónde vienes? ¿Con quién te has peleado? —sollocé.

—Estuve en un bar y me peleé con todos los tipos ahí —admitió escupiendo sangre.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté con el corazón destrozado.

Solo hizo un ademán dejándome en claro que no tenía idea.

—Dess, mi brujita: te amo. Estoy tan enamorado de ti y no me importa que hayas jugado conmigo, sé que tú también te enamoraste de mí. Dímelo y te juro que te voy a cuidar, amar, valorar y respetar por siempre, mi princesa, y te prometo que no descasaré hasta hacerte la mujer más feliz sobre este mundo —confesó mientras sus ojos se cerraban.

Mis lágrimas no cesaban pero ya no sabía distinguir si eran de dolor, por asustada o de felicidad al escuchar sus palabras. Y ahí, afuera de mi apartamento, sobre el asfalto, con la cara, el cabello y las ropas empapadas, alumbrados solo por las luces de la noche, lo tomé del rostro y me apoyé en su frente.

—También te amo —abrí mi corazón muy cerquita de su boca, y luego lo besé como desde hace tanto tiempo quise hacerlo.

No me importó su sabor a vodka barato y a sangre, puse mi boca sobre la suya y al fin acepté que después de tanto tiempo y de tantos labios que había besado, los suyos eran por los que estaba esperando… toda la vida.

Capítulo 24

Puse el brazo de Salvador sobre mi hombro y le ayudé a ponerse en pie. Él balbuceaba un par de frases, pero no lograba decir nada coherente, así que no le di importancia. A tropezones, pero logramos llegamos hasta la recepción de mi edificio.

—¡Señorita, Fontana! —se alarmó Francisco—. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Por favor pide el ascensor —le indiqué limpiando la sangre del labio roto a Salvador—. ¿Sabes si está la señora Váss en casa?

—La vi salir a un evento con su marido, señorita —me informó.

—De acuerdo, si necesito de tu ayuda, te llamaré a tu lugar —alcancé a decir antes de que se cerraran las puertas.

Una vez en mi piso, llevé a Salvador hasta mi recámara. Se tiró sobre la cama y comencé a quitarle la ropa empapada. Me miraba son una sonrisa. Me encaminé al cuarto de baño, cuando de pronto escuché:

—¡Hey!

Lo miré desde el umbral de la puerta a la vez que me quitaba el abrigo mojado y también la blusa.

La tenue luz de la lampara en la mesita de noche le bañaba sus aún hermosas facciones debajo de aquellas manchas de sangre, el cabello empapado y la ceja y los labios rotos, y aun así me seguía pareciendo el hombre más guapo del mundo.

El ahora lejano sonido de las gotas repiqueteando sobre el cristal llenaba el silencio de la habitación.

—Me voy a casar contigo —completó.

Una genuina sonrisa me iluminó el rostro y aquella escena se quedó grabada para siempre como una fotografía que mi alma guardó en mi corazón.

Las palabras se me atropellaron en la garganta así que solo atiné a rodar los ojos y regalarle mi mejor sonrisa.

Fui a la bañera, abrí el grifo del agua caliente y regresé por mi chico malo. Lo ayudé a levantarse y llevarlo hasta ahí. Una vez adentro, me hinqué en el suelo y le limpié las heridas con una esponja suave y le lavé el cabello. Fijó su mirada en mí y me detuvo la mano, luego dijo con seriedad:

—La amo, señorita Fontana. La amo como jamás imaginé.

—Yo también te amo a ti, señor Dieste —reconocí plena.

Salvador tomó mi rostro entre sus manos y me acercó a él, luego me besó despacito, con mucho amor.

—Ven aquí —pidió muy cerquita de mi boca.

Llevé mi mano a mi espalda y desabroché mi sostén dejándolo caer al suelo. Hice lo mismo con mis bragas. Me desnudé ante él, en alma y cuerpo. Entré al agua. Acomodé mi espalda en su pecho. Salvador me besaba los hombros, haciéndome estremecer.

Frente a nosotros la vista de la ciudad detrás de los ventanales ya no parecía tan caótica después de todo. Ahora, tan solo era una noche tranquila y lluviosa. Había paz. No había estrellas en el cielo, pero ahora más que nunca sabía que estaban ahí.

Nos quedamos en el agua hasta que los dedos de nuestras manos se volvieron arrugaditos, solo entonces volvimos a la cama. Salvador seguía ebrio, era evidente, así que se quedó dormido al instante. Me recosté junto a él y lo contemplé. Su carita, ahora limpia seguía estando hinchada por los golpes. Bajé más la mirada: el abdomen le lucía perfecto. La toalla anudada a su cadera no me permitió ver más allá, pero vaya que lo había sentido durante el baño.

Estaba enamorada de aquel hombre, me volvía loca; quería comérmelo a besos y ahora podía hacerlo. Deslicé la toalla de mi cuerpo, volviendo a quedarme desnuda. Despacio y, con cautela me subí a él, le di un beso suave en los labios, en la frente, en las heridas de su cara, en su cuello, en su pecho, y bajé besando su abdomen.

—Mi amor, traviesa, ¿qué haces? —susurró adormilado.

—Voy a hacerte el amor.

La mirada de Salvador despertó y ardía en deseo. Me besó con mucha pasión, tanto que no le importó dañarse de nuevo los labios.

Me besó el cuello, y luego sus besos cayeron a mis pechos. El calor que irradiaban nuestros cuerpos se consumía en besos y caricias. Sus manos recorrían la silueta de mi cuerpo, el cual imploraba que lo tomara desde dentro.

Entró a mí, firme y caliente. Me entregué por completo, en alma, cuerpo y corazón, y aunque tuve sexo mil veces, aquel fue el primer día de mi vida en el que hice el amor.

Me desperté muy temprano por la mañana, seguía con la mirada clavada al techo tratando de unir las piezas de lo que había pasado toda la noche. Quizá fuera un sueño, pero por enésima vez volteé a mi izquierda para asegurarme que Salvador seguía ahí, que todo había sido real. Seguía durmiendo, así que con cuidado zafé mi cuerpo de su mano y le di un tierno y rápido beso en los labios. Me fui al baño y me aseé; me vestí a prisa y tomé mis llaves. Estaba ya en la puerta del ascensor cuando un acontecimiento llegó a mis recuerdos, así que me regresé, tomé un papel y un bolígrafo y le escribí una nota que después dejé en el buró al lado de la cama. Se leía:

"¡Qué vergüenza contigo, borracho!"

Una hora más tarde, regresé al estacionamiento de mi edificio, me bajé del auto y sostuve con una mano el vestido rojo de seda que habían lavado y planchado en la tintorería, con el cual acompañaría a Valentina al evento. En la otra mano llevaba mi bolso, un café bien fuerte sin azúcar para quitarle esa resaca a Salvador y un té para mí. Además llevaba un caldo para él y más comida para desayunar los dos. Llevaba las manos tan ocupadas cuando sentí vibrar mi teléfono en mi abrigo. Hice malabares para sacarlo. Vi en la pantalla marcado un mensaje de voz. Era de Salvador, así que un tanto confundida escuché el mensaje:

"Hola, Dess, yo… yo lamento mucho lo que ocurrió anoche, yo… pff… no tengo idea de lo que pasó, no recuerdo nada desde que me echaron del bar por pelearme y ahora que despierto me encuentro acostado en tu cama. ¿Qué locura no? Bueno… de todos modos gracias por mantenerme con vida puesto que no sabía ni de mí mismo. Quería darte las gracias en persona, pero no estabas en tu depa. Disculpa si te causé inconvenientes anoche, no sé… de verdad… no recuerdo nada, aunque los golpes de mi cara logran decirme algo, de todos modos: gracias.

Si necesitas algo, estaré en casa y por tarde en el deportivo del colegio. Ten buena tarde y otra vez… lo siento."

Para escuchar de nuevo presione 1.
Para eliminar mensaje presione 2.

Se me cayó el alma a los pies en la puerta del ascensor. Di clic en la tecla #1 y volví a escuchar el mensaje.

—Buenos días, señorita, su novio salió esta mañana, pero no mencionó nada —me informó Francisco.

—No recuerda nada —le dije llena de tristeza a mi portero.

—¿Cómo? ¿Quién? ¿Le pegaron en la cabeza? —se alarmó—. Con razón lo vi muy golpeado de la cara, señorita, —alcancé a oír antes de cerrar las puertas del ascensor.

Estaba de espaldas a mi espejo de cuerpo completo y observé mi dorso desnudo en el profundo escote del vestido rojo. Hice un moño bajo y lo acompañé con un maquillaje ligero en los ojos y labial del mismo color que mi vestido. Me puse un toque de *Chanel*.

Reí irónica ante el espejo. Él no recordaba lo que para mí había sido el mejor momento de mi vida.

Me puse el abrigo y salí del apartamento.

—¡Estoy tan emocionada! —expresó Valentina—. Me muero de ganas por presentarte a Miguel, ¡está guapísimo, Dessiré! Tiene treinta años, pero ya es empresario, tiene ojos grises, alto, ¡huele

riquísimo! No te había platicado de él porque recién llegó de Irlanda, pero… ¡se muere por conocerte!

—¿A mí?

—Así es.

—¿Y cómo sabe que existo?

—*¡Hello!* Tenemos mil fotos en Instagram. Siempre me ha dicho que eres la mujer más guapa del mundo, que me asegurara de mantenerte soltera hasta que él llegara, cosa que nunca me preocupó, pero ahora… —dijo mi amiga emocionándose de sobremanera—, ¡se ha llegado el momento!

Dimos las llaves al *valet parking* y entramos a la mansión donde se llevaría a cabo el coctel. Valentina llevaba un vestido largo color ciruela y su cabello liso y dorado. Los presentes hicieron una pausa en lo que sea que estaban haciendo y pusieron su atención en nosotras. Mi amiga vio a su padre y corrió como una niña pequeña a su encuentro, yo aproveché para tomar una copa de *champagne* que a la brevedad me ofrecieron los meseros.

Miré a mi alrededor, hermosas pinturas hechas por la mismísima Frida Kahlo adornaban las paredes. Me acerqué a observar.

—Hola, tú debes ser Dessiré, ¿cierto?

Giré mi mirada y encontré los ojos grises de un hombre que me sonreía con una boca perfecta.

—Hola, sí, creo que sí lo soy —dije extendiendo mi mano.

—Soy Miguel Thieriot —se presentó—. Sé que eres amiga de Val, y desde hace tiempo te he visto en sus redes sociales, pero, ¡eres mucho más hermosa en persona!

Lo observé con atención: tenía el cabello dorado como el sol y la fina barba del mismo color. Tenía razón Valentina, ¡olía maravilloso!

—¿*Champagne*? —pregunté levantando mi copa.

—Whisky —confirmó.

—¡Ahí están! ¡No puedo creer que me perdí el momento de su primer encuentro! —se lamentó mi amiga haciendo un puchero dramático.

—Bueno, un poco tarde, Val —reconoció Miguel.

—De igual forma los presento: Dess, él es mi amigo Miguel Thieriot, recién desempacado de Irlanda que se fue a estudiar el doctorado allá, y Mickie, ella es mi hermosa Dessiré Fontana, la mujer con la que dijiste que te casarías —lo expuso de pronto.

Miguel lanzó una risilla avergonzada con los colores subiéndosele por el rostro.

—Eso era entre nosotros dos, Val —atinó a decir en tono de broma.

—Bueno, ya, dejo que se conozcan. No quiero hacer mal tercio. Los veo en el brindis —se despidió Valentina alejándose a paso acelerado.

—¿Quisieras ir a pasear por ahí mientras llega el brindis? —me propuso.

—Me encantaría.

Miguel me ofreció su brazo para ayudarme a andar directo al enorme y maravilloso jardín.

—¡Es asombroso este lugar! ¿No es cierto? ¡Qué locura sería vivir aquí! —admití maravillada.

Miguel sonrió y desvió su mirada al suelo.

—No me digas que… no me digas que… ¡es tu casa! —dije cubriendo mi boca de la impresión.

—¡Y la tuya también! —declaró de manera cortés.

—¡Por Dios! ¡Es la casa más grande que he visto jamás!

—Es herencia, perteneció a mis tatarabuelos que fundaron Textiles Thieriot, la casa de modas, luego pasó a mis abuelos, a mis padres…

—Y después a ti —completé su oración.

—Creo que es demasiado grande para mí, pero al ser hijo único creo que tendré que respetar la tradición y heredársela a mi futuro hijo.

—¿Eres soltero y sin hijos?

—Así es.

Di un sorbo a mi copa sorprendida.

—¡Qué gran partido! —confesé entre risas.

Se rio al instante.

—¿Y tú? ¿Tu corazón está libre?

La sonrisa se me fue del rostro al recordar todo lo ocurrido noche y el mensaje en mi buzón esta mañana.

Volví a mirar a Miguel, *¡joder!* Sí que era guapo, atento, caballeroso y educado… si tan solo lo hubiera conocido antes, ahorita mismo no tuviéramos ropa y estuviera acabándome su boca a besos, porque un hombre tan guapo no se me hubiera escapado de ninguna manera.

—Val me contó que estabas soltera, pero… creo que con tu silencio me lo dijiste todo.

Agaché la mirada, pero de nuevo la llevé hasta él, ¿cómo podría ser que un hombre tan apuesto como él no estuviera despertando en mí la necesidad de tenerlo besando cada parte de mi cuerpo? Tenía que averiguarlo.

Lo tomé del cuello y lo besé en la boca. NADA. No sentí nada y entonces todo estaba claro: mi ser había conocido ya al hombre que me llenaba los sentidos. Mis labios y mi cuerpo ya eran inmunes a otra piel.

—Escucha, eres… ¡eres perfecto! ¡Mírate! Si te hubiese conocido unos meses antes, te juro que ahorita mismo estuviéramos teniendo delicioso sexo en aquella piscina —le señalé—, pero… sí, ¡estoy enamorada! —le dije con la verdad convertida en una amplia sonrisa en mi rostro.

Me di media vuelta y me fui sin voltear atrás, y sabía que nunca más iba a hacerlo. Ya no me importaba qué tan guapo fuera un hombre, ya no quería probar otros labios porque sabía cuáles quería besar por siempre.

Me sentía en cámara lenta ante la mirada de todos; mis piernas no corrían lo suficientemente a prisa como quería para ir detrás de lo que me indicaba el alma. Tomé las llaves de mi auto de las manos del *valet parking* y di reversa pisando el acelerador.

Me fui a alta velocidad por las calles, e incluso creo que me pasé algunas luces rojas, pero al cabo de unos minutos y maniobrando con el largo del vestido llegué a la universidad. Corrí por los pasillos solo para llegar a su encuentro, pasando las aulas y yendo directamente al área deportiva. Escuché algunos chiflidos de los chicos jugando básquetbol, que ignoré. Llegué a la alberca

techada pero estaba sola, entonces fui directo a donde presentía que podría estar: los vestidores de hombres.

Entré de prisa, había dos sujetos con la toalla anudada en la cintura que me miraron extrañados y divertidos. Miré por el cacho libre abajo de la puerta de las duchas y reconocí como si toda la vida hubieran sido para mí, los pies de Salvador.

El corazón me latía sin control. Solté mi vestido de seda y abrí la puerta. Salvador volteó hacia mí.

—Dessiré, pero… ¿qué rayos estás haciendo aquí? —preguntó un tanto asustado y confundido al mismo tiempo.

—Vine a decirte lo mucho que te amo y recordarte lo que pasó ayer entre nosotros dos.

Entré debajo del grifo del agua junto con él y, sin avisarle ni dejarle siquiera reaccionar, lo besé con toda la pasión y el amor que había en mí.

Capítulo 25

—¡Señorita, Fontana! ¡Salga de donde esté! ¿Qué cree que hace? ¡Juro que la vi entrar al vestidor de hombres! —se escuchó la voz del viejo profesor Ross.

Salvador tapó mi boca con su mano mojada evitando que se me escaparan unas risas.

El docente comenzó a abrir todas las puertas de los cubículos de las duchas para cerciorarse de que yo no estaba ahí, hasta que llegó y tocó donde estábamos Salvador y yo.

—¿Quién está aquí? ¡Abra la puerta! —gruñó.

—Profesor, Ross, ¡estoy desnudo! ¿Aún así quiere que la abra? —dijo Salvador con voz pícara.

—¿Quién está con usted? —exigió saber.

—Oh, ¡no sabía que se podía traer invitados!

—Gracioso, muy gracioso, señor, Dieste. Juraría que vi entrar a una señorita con un vestido rojo —divagó entre dientes dándose media vuelta y azotó la puerta después de salir.

—Salvador yo… yo tengo que decirte muchas cosas —expresé quitándome su mano de mi boca.

Él me miró con toda su atención a mis ojos en completo silencio y, al no tener respuesta de él, carraspeé mi garganta:

—¡Estoy completamente enamorada de ti! Yo… yo… te juro que yo no quería, pero no sé cómo pasó, solo sé que te amo y no quiero volver a besar otros labios que no sean los tuyos. Yo sé que quizá no soy tu mejor opción, que tienes niñas lindas y tiernas por montones detrás de ti, que soy inmadura, terca, egoísta y enojona. Que a veces no sé lo que quiero, que estoy lejos de ser la mujer perfecta y que soy un completo desastre… pero quiero que sepas que este desastre está completamente loca por ti —pude a cuestas completar antes de que los ojos se me llenaran de lágrimas.

Salvador continuaba en silencio, viéndome a través del agua que empapaba nuestros cuerpos.

—Ya no quiero poner barreras con mis sentimientos, quiero que conozcas todo de mí. Y… y yo tengo un pasado que incluye a muchos hombres y acepto que le tengo miedo al amor… y… y cuando era pequeña fui a un campamento para niños nerds —completé con la voz al punto de quiebre.

Él seguía sin decir nada, solo tenía su mirada muy cerca de mí.

—¿No vas a decir nada? —pregunté con el alma en un hilo, mirándolo de frente mientras se me distorsionaba su imagen por las lágrimas acumuladas en mis ojos.

—Yo fui a un campamento para niños gordos —confesó con bastante seriedad en el asunto.

—¡Salvador! Yo hablo de…

Unió sus labios a los míos regalándome el beso más dulce del mundo.

Las lágrimas de mis ojos se mezclaban con el agua que nos bañaba.

—Te amo —me susurró a los labios—. Amo tu terrible mal carácter, amo que eres una gritona y mandona sin remedio, amo que seas una llorona, amo tus ojos de huevo frito brillando cuando me cuentas tus sueños, amo tu sonrisa, es la más radiante y bella que he visto en mi vida. Amo tu cuerpo, tus manos…, y amo que besas como una niña nerd —confesó sobre mi boca.

—Y tú besas como un niño gordo —le confirmé.

Sonrió mordiéndome suavemente el labio inferior.

—¿Por qué tardaste tanto tiempo en decírmelo?

—Porque era una ruleta rusa —admití—. Sabía que una vez que lo aceptara no habría marcha atrás.

—Entonces, ¿ya no hay marcha atrás? —quiso confirmar.

Negué con la cabeza, luego volvió a besarme ahora los hombros haciendo que los ligeros tirantes rojos de seda cayeran con facilidad dejando libre y desnudo mi cuerpo.

—¿Por qué no llevas ropa interior? —me preguntó en un susurro, dando un mordisco suave en el lóbulo de mi oreja.

Un cosquilleo me palpitó entre las piernas.

—No se puede llevar ropa interior con la seda, luego se marca horrible —vocalicé con la voz entrecortada mientras sus besos caían

ahora sobre mis pechos.

Con su mano tomó mi pierna derecha y la levantó sutilmente, me apoyó en la pared y continuó el camino de besos por mi cuerpo húmedo. Cerré los ojos para entregarme al vaivén de nuestros cuerpos unidos.

Salí del vestidor de hombres usando unos pantalones deportivos de Salvador que me venían grandes, una sudadera negra con una capucha agachando mi rostro, queriendo pasar desapercibida… pero llevaba mis altas zapatillas.

Una vez en el estacionamiento me dijo:

—¿Confías en mí?

Dejé mi mirada puesta en él unos segundos, en su cabello mojado, en la media sonrisa que se dibujaba en su rostro y la perfección de sus dientes. Ambos sonreímos con complicidad.

—Con mi vida entera.

—Entonces deja aquí tu auto y sube al mío.

—No tengo ropa decente, Salvador —le recordé apuntando a mi *outfit*.

Me tomó de la barbilla y pronunció:

—No puedes estar más perfecta, te lo prometo.

—¿A dónde iremos? —me animé.

—Voy a hacerte mía hasta que amanezca.

—¡Salvador! —solté un chillido— ¿Me llevarás a un hotel cinco estrellas? —cuestioné sonriente llevando mis manos sobre su pecho.

—A uno de un millón de estrellas. El asiento de atrás —dijo señalando su auto—, mejor suite no tendrás —prometió sugerente.

Extendió la palma de su mano, la miré y la tomé, pues él ya esperaba mi respuesta.

—Abróchate el cinturón, mi amor, que este viaje apenas comienza.

Y fue así que salimos del plantel.

Llevaba un par de horas Salvador frente al volante. Habíamos dejado la ciudad atrás. El calor comenzó a empañar los vidrios, y mi

badboy bajó el techo descapotable del *Audi*. El cálido viento rozaba nuestros rostros y me hacía volar el cabello.

Detuvo su auto sobre la arena. Habíamos llegado a Cabo, la playa. El sonido del mar rompiendo en la orilla danzaba sobre nuestros oídos, constante y envolvente, mientras la luna, redonda y perfecta, se alzaba sobre nosotros como un testigo silencioso.

Cuando me abrió la puerta, y como si mi vida dependiera de ello, me quité las zapatillas de prisa. Cerré los ojos al sentir la cálida arena colarse entre los dedos de mis pies, regalándome esa dulce sensación de libertad que había olvidado durante años. Salvador me miraba con felicidad.

Entonces corrí a él sin pensarlo. Me atrapó entre sus brazos y me hizo girar en el aire, llenándome de besos la cara, como si no existiera más en ese instante.

—¡Te amo! —le grité una vez volví a pisar tierra, pero luego me eché a correr hacia el mar quitándome la sudadera y los pantalones deportivos a mi paso. Entré al agua cubriéndome los pechos.

Salvador siguió mis pasos despojándose de sus prendas. Corrió a mí y me atacó a besos dentro del mar.

Era una noche perfecta, el clima hacía estremecer cada uno de nuestros sentidos y la luna bañaba nuestros cuerpos desnudos en el mar. Me sentía completa teniendo frente a mí las cosas que más amaba: el mar, la luna y a Salvador.

Todavía mojados, nos recostamos sobre su auto y yo puse mi cabeza en su pecho para mirar al cielo tapizado de brillantes estrellas. ¡Todo era tan irreal! Cada una de nuestras acciones nos llevan a tomar nuestro destino; hace un par de horas estaba en una elegante casa llevando un costoso vestido que pudo llevarme a otro destino, pero aquí y ahora, tumbada de lado de mi primer amor, sabía que el simple hecho de seguir a mi corazón era el camino correcto.

—Salvador, aquel día en mi casa —murmuré sobre su pecho— tú… estabas sobre mi cama y dijiste algo…

—¿Qué me iba a casar contigo? —soltó tranquilamente sobre mi oído.

Un ligero ruborcillo me subió por las mejillas.

—¿Lo recuerdas?

—Recuerdo cada parte —confesó.

—Tú dijiste qué.. —me reincorporé para mirarlo de frente.

—Tenía que darte un empujoncito para que decidieras si me querías o no —intervino.

Me quedé boquiabierta y un tanto indignada.

—¿Todo lo tenías planeado?

—No sabía si volverías por mí, pero uno tiene que jugársela a por todo, a ganar o a perder. Quería que no te quedara ninguna duda de que me elegías a mí, así que esperé… esperé… y esperé en el deportivo por ti.

Le sonreí muy cerquita de su boca.

—Y referente a lo otro… los borrachos, los niños y las cosas que se dicen a las dos de la mañana son verdad —dijo mirando la hora en su reloj de pulsera—. Te juro que sueño verte llegar con un hermoso vestido blanco al altar, me muero por esperarte y verte entrar del brazo de tu padre, así, con esa sonrisa que tienes justo ahora, conquistando todos los corazones igual que lo hiciste con el mío, pero, ¡mala suerte a todos! Serás mi compañera de vida, solo mía —manifestó antes de darme otro beso en los labios.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—¿Qué quería estar contigo?

Asentí en silencio.

—Desde que pedí el cigarrillo en aquella fiesta y te seguí hasta el auto para pedirte fuego.

—Salvador, yo —carraspeé mi garganta—, antes salí con muchos chicos —confesé bajando la mirada.

Él me volvió a levantar la barbilla para que lo mirara de frente.

—Dice un poeta: "dama no es la que se abstiene, dama es la que se detiene cuando encuentra lo que ama” —citó.

Le sonreí con la paz desbordándose de mi alma. Volví a recostarme sobre su pecho.

—Te voy a contar una historia —mencionó acariciando mi cabello—: había una vez una princesa que usaba vaqueros a las caderas y los labios rojos. Fue a un baile, pero estaba al borde del hastío que salió a fumar un cigarrillo y de pronto un… guerrero bajó

de su caballo y cuando cruzaron sus miradas fue como si el tiempo se detuviera. La princesa le lanzó una mirada retadora y luego rodó los ojos, ojos castaños, preciosos, y traviesos que pedían pecar, de los cuales el guerrero ya se había enamorado. Eran dos almas solitarias buscando calor en brazos equivocados hasta que el destino los unió…

El viento erizaba nuestra piel, los cabellos me volaban ligeros, el sonido de la noche en el mar arrullaba nuestros sentidos y la luz de la luna bañaba nuestros rostros enamorados.

Cerré los ojos y me quedé dormida entre sus brazos hasta que salió el sol.

Capítulo 26

Arturo seguía escribiendo en la pizarra cuando sonó la campana, todos nos dispusimos a guardar nuestros útiles.

Faltaba solo un examen para terminar con todo el ciclo, pero parecía irse muy lento.

Salvador fue hasta mi lugar.

—¿Te pasas más tarde por casa?, y vemos que hacemos para esta noche —propuso acomodándome con ternura un mechón de cabello detrás de mi oreja.

Giré mi mirada para encontrarme con unos ojos que no dejaban de mirarme, era Arturo.

—¡Hoy es noche de brujas! —le recordé llevando mi mirada de nuevo hacia sus ojos castaños.

—¿Les puedo ayudar en algo? —observó con exasperación Arturo a un par de chicas que tenían la cara pegada al cristal cotilleando mis movimientos y los de Salvador.

—Te llamo por la tarde —le prometí.

Tomé mis cosas y me dirigí a la puerta del aula.

—Oye —dijo por lo alto Salvador.

Me giré para verle.

—Te amo.

Un calorsillo me recorrió la médula, tanto que ni siquiera fui capaz de desviar mi mirada hacia nuestro profesor.

—Y yo a ti —admití sonrojada pero con una sincera sonrisa en mi rostro.

Me fui hasta el servicio de chicas a refrescarme un poco del bochorno que me produjo esa muestra de amor frente a mi ex amante, pero cuando me miraba al espejo retocándome los labios con color, un cartel pegado a la pared llamó mi atención. Se leía:

"¿Beso o travesura?
La mejor fiesta de disfraces de tu vida.

¿Te atreves?”

Tomé mi teléfono y le saqué una foto para enviarla a Salvador.

Encuéntrame en la fiesta.
De: Dessiré. 12:05 horas. Octubre 31, 2018

De camino a casa, me pasé por una tienda de disfraces. El maniquí detrás de los cristales vestía de bruja, rodé los ojos imaginando a Salvador decirme que era el indicado para mí, pero entonces, un hermoso diseño robó mi atención. ¡Era perfecto! El reflector que tenía sobre él en el aparador lo hacía resaltar entre los demás. Era el indicado para mí. Lo pagué, junto con los accesorios y me fui directo a casa.

El reloj marcaba las nueve y treinta de la noche, pero yo ya estaba lista frente al espejo como si estuviera a la espera de una pasarela. Acomodé las ondas suaves en mi cabello y por último apliqué pequeños destellos de brillo sobre mi piel. El *body* de encaje blanco de *Victoria's Secret* me quedaba como un guante delineando los contornos de mi cuerpo. Me puse unas gotas de *Chanel* y salí de mi edificio cargando mi accesorio final.

Cuando llegué a donde me indicaba el mapa en mi coche, me encontré con un hermoso bosque adornado a la perfección a modo de cementerio, ideal para la ocasión.

El *valet parking* se llevó mi auto. Yo acomodé sobre mí el accesorio que me faltaba esta noche: unas alas de ángel.

De espaldas, me encontré a quien parecía ser un príncipe.

—Disculpa, ¿sabes por dónde es el acceso? —le cuestioné haciéndolo voltear.

Arturo me regaló una amplia y sincera sonrisa al verme. En cambio, yo me quedé sorprendida.

—¿Qué… qué estás haciendo aquí?

—Soy docente en la escuela —informó lo obvio—. Me tocó hacer guardia —me sonrió contemplándome sin disimulo de arriba a abajo.

Luego sin siquiera avisarme, me tomó la mano.

—Arturo, yo… —me excusé de pronto soltándome de él.

—Solo te voy a poner el sello —explicó poniendo la tinta sobre mi muñeca.

Aclaré mi garganta.

—Bueno, quisiera saber por dónde es…

—Sigue el camino de huesos, ellos te llevarán —me indicó manteniendo su sonrisa.

—Bien, pues… creo que me iré —me despedí alargando mi marcha.

—¿Vienes sola? —quiso saber.

—Bueno, yo… —divagué— Salvador ya no tarda…

—Ya son novios, ¿cierto?

Me quedé en silencio, él seguía manteniendo su postura, pero los ojitos tristes lo delataban, aunque tuviera una sonrisa que más bien, evocaba que aún quedaba en él un resquicio de esperanza de que se lo negara.

—Arturo…

—Te ves hermosa, mi vida, de verdad ¡perfecta! —intervino antes de que yo pudiera responderle apenas nada. Quizá es que, aún no estaba listo para recibir la respuesta.

Me fijé en sus ojitos grises con detalle hasta que un par de chicas rompieron el momento. No dije nada más, solo me alejé por donde él me había indicado, pero a medio camino, volteé atrás, él me miraba, luego seguí mi andar.

Hombres lobo, vampiros, superhéroes, villanos, y calaveras llenaban la noche con sus disfraces.

Desde el centro de la fiesta tenía la mejor vista a la pista de baile. Mi mirada se deslizó de un lado a otro, buscando algún rostro conocido, cuando de pronto la luz de un reflector me cegó por un instante.

—Lo siento, es para coronar a la reina de la escuela —se disculpó un chico con gafas antes de marcharse a paso rápido.

Otro grupo de chicas se secreteaban al verme y murmuran emocionadas. Solo atiné a sonreír.

Me abrí paso entre la música, el humo, y las luces de colores, y entonces un *zombi* del otro lado de la barra me preguntó:

—¿Qué te ofrezco, preciosa?

—Dos martinis, por favor —le respondió una voz detrás de mí.

Sonreí al reconocerla.

—Nunca está de más que el demonio le invite un trago a un ángel.

Volteé a verlo, estaba parado justo detrás de mí. La luz de los focos de colores lo hacían ver poderoso; llevaba su torso perfecto al desnudo, pintado de rojo con detalles en negro, al igual que su cara, su cabello dorado perfectamente acomodado y sus ojitos castaños clavados en mí.

—Te extrañé —le confesé echándome a sus brazos.

—¡Eres la mujer más hermosa esta noche! —me dijo al oido atrayéndome muy cerca a su cuerpo.

Una menuda y rubia chica que creo recordar como aquella que nos estaba espiando detrás del árbol en una ocasión, nos interrumpió el calor cuerpo a cuerpo.

—Dessiré, Salvador, ¿quieren votar por el nuevo rey y reina del ciclo?

Salvador le tomó con prisa el papel y el bolígrafo, escribió algo, lo dobló y…

—¡Déjame ver que pusiste! —exigí divertida.

—¡No! —determinó llevando el papel a la urna evitando que cotilleara.

—No hay nominados, solo es votar por quien tú quieras —informó la chica.

—Muy bien, dame un papel —le pedí.

—¿Cuál es tu nombre?

—Arantza —me dijo con ilusión.

Anoté su nombre en el papel y lo doblé, luego escribí "Salvador Dieste/Posgrado" en el siguiente y lo doblé para meterlo a la urna.

—Gracias y, ¡mucha suerte! —agradeció Arantza antes de marcharse a paso rápido yéndose a interrumpir a alguna otra parejita.

Nos estábamos riendo del acto cuando de pronto una mano tocó mi cintura haciéndonos voltear.

—¿Me permites bailar con ella? —se atrevió a pedir Arturo mirando fijamente a los ojos a Salvador.

Nos quedamos atónitos viendo a nuestro profesor, luego el uno al otro y entonces a Salvador por fin le volvió la voz:

—¿Tú quieres, Dess?

Las palabra se me atropellaron en la garganta produciendo un balbuceo.

Era Arturo, aquellas manos que tantas veces acariciaron con ternura cada parte de mi piel, aquellos ojos cálidos que un día me miraron con deseo y afecto, aquellos labios que conocía bien, que navegaron con bandera de ilícito en los rincones de mi cuerpo. Tan solo era Arturo, un corazón que había perdido la batalla en esta guerra del amor. La había perdido el día que se había enamorado de mí… y yo, tan solo era Dessiré, su alumna que quizá, y después de todo, en algún punto, también se había enamorado de él.

Asentí en silencio.

Comenzó a sonar una música lenta, me llevó hasta el centro de la pista y me tomó por la cintura, yo le puse mi mano en su hombro.

—Ya lo veo todo, mi hermosa Dessiré —soltó sobre mi oído—. Ya comprendí que estás enamorada de él y, aunque me siga pareciendo un niño caprichoso, él también está enamorado de ti. Es un buen hombre —admitió con tristeza en la voz—. Hubiera dado cualquier cosa por haber sido yo quien acompañara tu vida, pero el destino es quien juega las cartas. Espero que él siempre vea el tesoro que tiene consigo, que te cuide, respete y valore. Ya no voy a perseguirte ni a interponerme en tu camino. Hoy te dejo ir. Faltan veintitrés días para que dejes de ser mi alumna y luego un par más para que sea tu graduación. ¡Qué tonto fui!, deseando con ansias ese día, pero ahora sé que no volveré a verte nunca más.

—Arturo…

—Escucha, Dessiré, si por azares del destino algún día piensas en mí, búscame, que yo estaré pensando en ti.

Las lágrimas de melancolía se acumulaban en mis ojos, pero me negaba a hacerlas rodar por mis mejillas.

—He pedido una asignación internacional. Me voy a Francia. Ojalá algún día podamos volver a coincidir.

Mi profesor, mi cómplice de aventura colegial se estaba despidiendo de mí. Este era el adiós.

—Lo siento mucho —le dije con el corazón abierto—. Siento mucho todo el mal que te causé. Cuando lo nuestro comenzó no era más que sexo para mí, pero luego… luego fue algo más. Mi intención nunca fue lastimarte. No estaba en mis planes enamorarme tanto de alguien, pero… lo hice. Aquel hombre —añadí, señalando con la mirada— hace que mi corazón vibre. Me ha enseñado cosas que no sabía que sentía. Me hace ser una mejor persona. Te juro que yo no lo buscaba, pero el amor nos elige siempre —volteé a ver a Salvador, quien también me veía a lo lejos, recargado en la barra del bar, tomando una cerveza. Tenía la expresión seria y no perdía detalle de nosotros—. No hay nada malo en ti, Arturo, solo que no soy yo la mujer para ti. Ah, y no necesitas este traje porque debajo de él sigues siendo un príncipe —me regaló una cálida sonrisa—. Te prometo que un día encontrarás a una princesa para ti, y ella dejará todo atrás, solo para estar contigo.

—Te voy a extrañar.

—Siempre te recordaré como mi profesor favorito —admití con una melancólica sonrisa.

Sentí una mano sobre mi cintura, Salvador estaba cerquita de nosotros.

—¿Puedo tener a mi chica de vuelta? —preguntó sereno.

—¡Es tuya! No hay duda —expresó dejando ver una sonrisa sincera.

Tomé la mano de Salvador y de apoco solté la de Arturo.

—Cuídala, que muchos quisiéramos tener tu suerte —reconoció sobre su oído antes de darle unas palmadas en la espalda y marcharse.

Tomé del hombro a mi diablo y continuamos la pieza musical.

—Te dieron celos, ¿eh? —solté divertida.

—Muchos —confesó—, pero debía dejarte cerrar ciclos porque no pienso volver a compartirte con nadie más.

—Te amo, ¿te lo había dicho?

—Te amo muchísimo más, créeme.

—¿Sabes de que tengo tantísimas ganas?

—¿De besarme?

—Aparte.

—¿De qué?

—De que este diablo tiente al pecado a este inocente angelito —le susurré al oído.

Salvador sonrió mordiéndose el labio inferior.

—¡Diablos! De verdad, ¡eres la mujer perfecta! Haces que pase de los celos a la lujuria en un segundo.

Ambos nos echamos a reír, pero de repente, las luces se encendieron de golpe y Arantza palpó el micrófono agradeciendo a los asistentes y dando paso a la coronación:

—¿Te veo en cinco en el baño de chicas? —tenté a Salvador al oído.

Asintió con una sonrisa y me besó en los labios. De pronto, las luces se posaron sobre nosotros y, confundidos, miramos a nuestro alrededor. El murmullo se convirtió en aplausos y nos hicieron subir al escenario.

Habíamos sido elegidos rey y reina… y también la mejor pareja del colegio.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—No tengo idea —respondió Salvador entre risas.

Nos coronaron entre aplausos, y bajo la luz de la luna llena y las luces fluorescentes que alumbraban la noche, sellamos el momento con un beso.

Capítulo 27

Me levanté las gafas de sol al entrar al edificio, acomodé mi cabello y fui hasta recepción.

—Hola, vengo con Salvador Dieste, al penthouse —anuncié mi llegada con una sonrisa.

—Claro que sí, ¿ya la espera?

Asentí en silencio.

—Adelante, por favor.

Caminé hacia el ascensor cuando volvió a llamarme.

—Señorita…

Giré para verlo, y con un rubor muy notable en las mejillas, me dijo:

—No había tenido oportunidad de decírselo, pero… es usted muy, muy bella.

—Oh, eres muy amable —agradecí con una sonrisa coqueta mientras las puertas del ascensor se abrían.

En el escaso trayecto hasta el penthouse me reí de mí misma. Viejos hábitos no se olvidaban fácilmente; el que alimentaran mi ego, de pronto se sintió tan bien como en los viejos tiempos.

Cuando las puertas se abrieron en el apartamento de Salvador, se me revolvió el estomago de golpe y un hormigueo me recorrió la piel. Samantha estaba sentada en la sala, y Salvador se asomaba a la ciudad desde los ventanales. Se percataron de mi llegada y él corrió hasta mí dándome un tierno beso en los labios.

—¿Llegué en mal momento? —pregunté sarcástica.

—No, mi amor. Llamé a Samantha porque tiene algo que decirte.

La miré de fijo cruzando mis brazos sobre mi cuerpo a la defensiva. Ella se puso de pie y fue hasta mí, respiró profundo y como si le costara la vida y se le hubieran atorado las palabras en la garganta, desvió su mirada a otro lado.

—Sam… —alentó Salvador al ver su resistencia.

—Dessiré, yo… yo —se aclaró la garganta— quiero pedirte una disculpa por lo sucedido hace tiempo atrás con la foto. Yo… estaba celosa y…

—Con la disculpa es suficiente, Sam —intervino Salvador.

—Déjala que termine —ordené disfrutando más de lo que me gustaría admitir verla expuesta ante mí.

—Yo estaba furiosa porque… me quitaste al hombre que amaba —soltó con un dejo de rabia. Casi se le saltaban las lágrimas.

—Samantha, no, escucha —señaló Salvador tomándola por los hombros—, nadie le quita nada a nadie. Tú sabías que yo me sentía atraído por Dess desde la fiesta, te lo dije.

—Sí, como sea —declaró con el ego herido dando un paso atrás para liberarse de las manos de Salvador—. Lo siento, Dessiré. Me comporté como una tonta, lo siento mucho. ¡Ah!, y gracias por no levantar cargos, de verdad, yo… no sé qué estaba pensando.

Seguía mirando con soberbia a la rubia, pero, ¿qué locuras no hacemos las mujeres por amor? Sentí compasión por ella, por tener de frente al hombre que amaba y este le pedía que se expusiera ante la mujer que él amaba. Sam no era una mala persona, tan solo una mujer enamorada.

Suspiré.

—No pasa nada, Samy. Entiendo que una mujer hechizada por amor es capaz de cualquier cosa. Todo ha quedado en el pasado, ademas, gracias por ponerme un hermoso cuerpo, subió mi popularidad —Salvador rodó lo ojos y le robé una risilla sincera a la rubia—. Además, yo también debería pedirte disculpas por siempre portarme arrogante contigo. ¿Comenzamos de cero? —ofrecí mi mano y ella la estrechó. Limpió una lágrima que la traicionó rodando por su mejilla y articuló:

—Bueno, ya habrá alguien para mí, ¿no es cierto?

Salvador y yo asentimos en silencio.

—Bien, me marcho. Que sean felices y está de más pedirles que no me inviten a su boda —remarcó antes de pedir el ascensor.

—No estás en la lista —le confesé medio en broma, medio en realidad.

—¡Sam! ¡Dess!

Ella lanzó una débil sonrisa y yo rodé los ojos.

—Es simple, Salv. Que sean muy felices.

Las puertas del ascensor se cerraron y no la vimos nunca más.

—Gracias —le dije a Salvador antes de besarlo.

—¿Te pusiste celosa cierto? —susurró mordiéndose el labio en una sonrisa.

Resoplé.

—Las cosas deben hablarse y los ciclos cerrarse. Ella actuó mal y lo sabía.

—Bien… ¿y ahora? —pregunté.

—¿Confías en mí?

—Siempre.

—Usa esto sobre tus ojos —pidió dándome un suave antifaz de seda para dormir.

—¿¡Qué!?

—Sin preguntas, cariño.

—¿Otra vez me vas a llevar al cielo? —indagué obedeciendo su petición.

—Más cerca cada vez.

Escuchaba el viento soplar sobre mis oídos, y percibí el aroma del roble y de las hojas de los árboles colándose en mi nariz. Mi sentido del gusto disfrutaba el sabor de los labios de Salvador cuando aprovechaba cada luz en rojo para darme besos. Estar privado de un sentido hacía que los otros se agudizaran.

Después de una pequeña siesta en el coche, por fin llegamos a donde sea que me llevaba.

Salvador me ayudó a bajar y a caminar. Escuché las voces de otros hombres a la vez que trataba de descubrir de qué iba todo, pero no me fue posible. Un par de minutos después, luego de cargarme y subirme a no sé dónde, me dijo:

—Ahora puedes mirar, mi cielo.

Lo hice, y de pronto comenzamos a ascender. Estábamos en un globo aerostático y, entre más nos elevábamos, mejor se leía sobre la tierra:

"Feliz Cumpleaños, Dess"

—¿Cómo supiste que hoy estoy de cumpleaños? —chillé emocionada.

—Cuando amas a alguien quieres conocer todo acerca de ella. ¡Feliz cumpleaños, mi cielo! —me felicitó antes de besarme y entregarme un gran ramo de flores.

Me abracé a su cintura sin soltarlo. Era mi primer cumpleaños sin lujos, fiestas, ni excesos y me encantó, tanto que no lo cambiaría por nada en la vida.

El sonrosado color del atardecer se colaba en nuestros sentidos, el viento ligero acariciaba nuestros cuerpos y, ahí, cerquitita del cielo, le pedí a la vida que aquel fuera tan solo el primero del resto de mis cumpleaños a su lado.

Capítulo 28

Recién salía de la ducha y había terminado de secarme el cabello. Fui a la cocina deslizando las calcetas por el pulido piso y me serví una copa de *Chardonnay*.

Fui a mirar por los cristales de mi estancia degustando mi trago. Una fina capa de nieve cubría la ciudad, así como todos los adornos navideños.

Me dejé caer sobre el sofá, y encendí el televisor, en reproducción automática continuó mi serie favorita: *Sex and The City.*

—¡Eres una diosa! —elogié en voz alta a Carrie como si me escuchara— ¡Quisiera tener la mitad de tu armario!

El teléfono me bajó de mi momento más fan. Era una videollamada de mis padres.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo has estado? ¿Ya estás lista para la graduación?

—¡Hola, mami! Todo bien, gracias. Ya terminaron las clases —les informé.

—Cielo, nos hubiese encantado pasar navidad a tu lado, pero ya pronto nos veremos, mi niña —prometió mi padre.

—¿Y con quién pasarás la noche, cielo? ¿Algún galán?

—¡Cristina! ¡Cómo dices eso! —se exasperó al instante papá.

—¡Cielo!, ¡pero si ya no es una niña!, ¡mírala! ¡Es toda una mujer! Ya está en edad de pasarlo como adulto.

Me reí con ganas.

—Bueno, cuídate mucho, corazón. Te veremos muy pronto —se despidió mamá poniéndose un gorro navideño —. Te mandamos millones de besos y mucho amor. Ya nos vamos porque está por comenzar el espectáculo de luces en la torre Eiffel.

—Diviértete mucho, amor mío —gritó papá ya lejos de la cámara.

—¡Los amo mucho a los dos!

Suspiré. Después de todo hice una nota mental de agendar un vuelo hasta París para ir a visitarlos. Los echaba tanto de menos. Mi teléfono volvió a sonar.

—¿Hola?

—¿Ya hizo su carta a Santa Claus? —preguntó la voz del otro lado de la línea.

—¡¿Qué?! —expresé divertida.

—¿Que si ya hizo su carta de navidad a Santa Claus? —repitió como si yo no hubiese escuchado.

—¡Salvador! ¿Cómo crees? —me sonrojé.

—No te demores, mi amor, que esta noche llegará por tu casa —prometió llenándome de ilusión, como si fuese yo una niña pequeña.

Sonreí y, aunque me ruborice admitirlo, di un salto del sillón hasta la cocina en busca de un papel y un bolígrafo. Entonces, apoyada sobre la mesa, comencé a escribir, deteniendo el teléfono entre mi hombro y mi oreja.

Salvador esperaba paciente del otro lado de la línea.

—¿Listo?

—¡Listo! —afirmé con una sonrisa.

—Ahora, llévala hasta el arbolito de navidad y ponla ahí mismo.

Lo obedecí y luego me quedé parada sonriendo ante el arbolito lleno de luces.

—¿Te veré hoy? —le pregunté.

—Tengo algo preparado para nosotros en nuestra primera navidad juntos, pero antes debo hacer otras cosas. ¿Te importa si te veo un poco más tarde de lo habitual?

—De acuerdo.

Eran ya las ocho de la noche cuando el sonido del ascensor me hizo correr a la estancia. ¡No podía creer lo que mis ojos veían! Santa Claus estaba parado justo delante de mí cargando un montón de bolsas de tiendas de ropa de diseñador. Un Santa con el cuerpo demasiado atlético y *hot* para mi gusto, pero de igual manera, corrí a llenarlo de besos.

—¡Salvador! ¡Mi amor!

—¡Feliz navidad! ¡Jo, Jo, Jo!

—Pero, ¿cómo es qué entraste?

—Vengo por su carta, señorita, el portero también recibió regalo —confesó entre risas guiñándome un ojo.

Corrí al arbolito navideño y se la entregué con ilusión. La leyó para él, pero los ojos de un momento a otro se le llenaron de lágrimas. Sin decir nada, se acercó a darme un beso que duró casi un minuto entero.

—¿Por qué lloras? —pregunté al borde de la preocupación cuando me separé de sus labios y le vi un par de lágrimas rodar por sus mejillas.

—Porque lo único que está escrito en esta carta es: "darle amor y sonrisas a quienes más lo necesitan".

Le devolví la ternura con la que sus ojos me miraban y con delicadeza le di otro suave beso en los labios.

—Y yo que te compré tanta ropa y zapatos de diseñador —fingió lamentarse.

Ambos nos partimos de la risa. Salvador se quitó el disfraz y yo me quité la ropa, y ahí de frente a la ciudad, viendo los copos de nieve caer desde los cristales de mi estancia, me hizo el amor.

Salimos de mi apartamento con rumbo a la cita que tenía planeada Salvador.

En el coche, apenas y cabíamos los dos, pues todo estaba a llenar de regalos y juguetes cual si fuese un trineo.

Llegamos a una casa hogar, decenas de pequeños niños corrieron al encuentro de Salvador vestido de Santa Claus. La emoción que había en sus rostros al recibir y abrir sus regalos me conmovió hasta las lágrimas. Solo pude cerrar los ojos agradeciendo al cielo por él, y por la posibilidad de hacer feliz a alguien. En silencio limpié las lágrimas que se me escaparon, y corrí para alcanzarlo y ayudar a repartir los regalos.

—Te amo —me dijo mirándome a los ojos.

—Te amo —le respondí acariciándole el rostro.

Los niños de pronto nos rodearon con sus pequeñas manitas en un abrazo y ahí es cuando entendí que había vivido con las manos

vacías toda mi vida. Hasta aquel día.

Salvador se despidió de todos y entró al servicio a cambiarse de ropa. Cuando salió me quedé muda. Se veía arrebatadamente guapo. Llevaba un elegante traje negro a juego con la camisa y la corbata, y claro, el cabello parecía salido de la revista de una peluquería.

—¿Y bien…? —dijo dándome un beso en los labios.

Tartamudeé un poco pero al final logré defenderme:

—Oye, no es justo. Yo no tengo un vestido elegante —repliqué mirándome los vaqueros.

—Si lo tienes y está justo aquí —aseguró alzando una bolsa protectora que ponía como sello *Dolce & Gabanna* —. Un regalito más de navidad —completó sonriente.

Me llevé las manos a la boca para controlar mi emoción y evitar chillar como niña emocionada ante la mirada de algunas personas en servicio en la casa hogar.

Le di un beso rápido sobre los labios y lo hice a un lado con inquietud para meterme a prisa al servicio.

Salí usando el *Dolce* burdeos satinado que se ajustaba a la perfección a las curvas de mi cuerpo. No llevaba un labial rojo carmesí, pero no hubo necesidad, pues la sonrisa que había en mí iluminaba mi rostro, haciéndolo lucir más que cualquier otro *lipstick*.

Cuando cerré la puerta tras de mí, un brillo en sus ojos le delató las pupilas dilatadas. Se mordió el labio inferior y fue hasta mí.

—¿Lista para comenzar la noche?

Asentí en silencio entrelazando mi mano a la suya.

Llegamos a un enorme hotel, con preciosas luces y elegantes decoraciones navideñas. Cuando Salvador abrió mi puerta, bajé un poco confundida. Vi que fue hasta la cajuela y sacó unas grandes y llenas bolsas plásticas. Luego, le dió un abrazo afectuoso a un hombre uniformado que estaba parado en la puerta principal.

—Felices fiestas, Tim. ¿Has hablado con mamá?

—Gracias. No, señor, aún no llama —respondió el servicial Tim.

Salvador le dio la llave de su auto y nos adentramos al hotel.

En la recepción, volvió a abrazar y saludar a todo el personal, así como a llenarlos de regalos que llevaba en las bolsas.

—Salvador, ¿qué es todo esto? —me intrigué divertida en voz baja sobre su oído.

—Ya lo verás —me susurró.

—¿Está listo lo que platicamos? —inquirió con una amistosa sonrisa a la mujer detrás del mostrador.

—Sí, señor.

Seguía sin entender nada de lo que pasaba, pero tampoco podía dejar de sonreír. Fuimos hasta el ascensor y cuando se cerró, me atreví a preguntar:

—¿Cómo conoces a toda esta gente?

—Es mi hotel —respondió como restándole importancia al asunto.

—¡Vaya!, por poco y no recuerdo que eres dueño de una cadena de hoteles —sonreí sintiéndome ridícula al olvidarlo por un momento.

—Corrección, mis padres son los dueños. De momento solo tengo nueve a mi nombre.

Me quedé un tanto boquiabierta y luego me eché a reír.

—¿Qué? ¿No te gustan? ¡Son preciosos! —acertó con una sonrisa.

—¡Pues claro que sí!, son tan elegantes y bellos…

—Qué bueno que te gusten, porque serán tuyos también —confesó antes de salir del ascensor.

—¡¿QUÉ?!

—¿Qué? Yo no dije nada —soltó haciéndose el desentendido.

Era el último piso del hotel. En la puerta colgaba un letrero de **"Prohibido el paso"**, que Salvador retiró antes de abrir con una tarjeta de acceso.

Cuando me detuve en el umbral, se me cortó el aliento. La alberca climatizada estaba cubierta de espuma; a su alrededor, decenas de velas encendidas iluminaban el espacio. El suelo estaba cubierto de pétalos de rosas y flores dispersas, y finas luces bañaban la estancia con un cálido resplandor.

Al fondo, una pequeña mesa aguardaba con copas de vino y champaña; una melodía de piano flotaba en el ambiente, y sobre nosotros, el techo de cristal dejaba ver los copos de nieve cayendo lentamente.

En pocas palabras, el lugar parecía sacado de un cuento de hadas.

—¡Wow! —me maravillé cuando fui capaz de siquiera recordar hablar—. No tengo palabras, Salvador, esto es…

—No tienes que decir nada, tan solo siéntelo.

Me puso su mano en mi cintura, y me tendió la otra. Yo la tomé y ahí, despacito, apoyé mi cabeza en su hombro para dejarme llevar al compás de la bella melodía.

—Feliz Navidad, mi amor. La primera de muchas juntos —soltó sobre mi oído, haciéndome estremecer.

—Feliz Navidad, mi Salvador.

Entre risas y copas nos recostamos al filo del suelo para contemplar la nieve caer sobre el techo de cristal. Salvador buscó mi mano y la entrelazó con la suya.

—Creo que ya llevamos bastante avanzada tu lista de deseos por hacer, ¿no es cierto?

—Sí, solo nos falta…

—Ya lo sé, no me lo digas —irrumpió—: el beso bajo la lluvia.

"El beso bajo la lluvia", decía, pero aquel ya había sucedido, la primera vez que nuestros labios se unieron. Tal vez no lo recordara, así que tan solo atiné a responder:

—Tú no me has dicho qué es lo que deseas.

Nos miramos unos segundos, y recordé nuestra primera vez. Era esa complicidad silenciosa que solo existe cuando hay una conexión real. Salvador con su pulgar rozó mis labios, haciéndome cerrar los ojos. Se acercó aún más y, cuando su boca estuvo a un suspiro de la mía, susurró.

—Que comience a llover.

—Creo que va a ser un tanto imposible, estamos en un lugar cerrado —le murmuré con voz entrecortada.

Levantó su brazo y oprimió el botón de unos aspersores junto a la piscina, los cuales se activaron al mismo tiempo. Cerré los ojos al sentir el agua en mi cuerpo. Salvador me tomó del rostro poniendo sus labios en los míos.

Ambos comenzamos a juguetear hasta que lo empujé a la piscina y en el acto, tomó mi mano para arrástrame con él. El golpe cálido del agua empapó al instante nuestros cuerpos, igual que aquella vez en la fiesta, solo que, en esta ocasión, a diferencia de la anterior, lo que salió de mi boca fue:

—Cásate conmigo.

Capítulo 29

Me moví ligeramente de un lado a otro destapando mi cabeza de entre las colchas. Sentí los rayos del sol darme de lleno en la cara y, aún sin abrir los ojos, sonreí. Me llenaba por completo esa sensación de calor sobre mi piel. Tallé suavemente mis párpados y luego los abrí. Observé unos minutos la iluminada metrópoli desde los ventanales. El cielo estaba despejado y hacía un día soleado y perfecto.

Escuché mi teléfono sonar en la mesita de noche. Era papá. Tomé la videollamada.

—¿Cómo amaneció mi princesa? ¡La graduada más linda de todo el mundo! —saludó con ilusión desde otro lado de la pantalla, cargando un montón de maletas.

—¡Hola, papi! Recién me levanté, ¿ya están en la ciudad? —pregunté saltando de la cama con emoción.

—Justo estamos bajando del avión, cariño —respondió mamá asomándose a la pantalla.

—Bien, ya me ducho rápido y voy por ustedes al aeropuerto.

—Te esperamos, mi niña. Me muero por besarte, princesa —dijo mi madre.

Me comían las ansias por verlos, pues ya habían pasado dos años desde la última vez.

Dejé mi auto en el estacionamiento del aeropuerto y corrí a su encuentro como una chiquilla, abrazándolos al mismo tiempo. Mamá me llenó de besos y mi padre me tomaba las manos diciéndome lo mucho que había crecido en este tiempo, que había cambiado, aunque para ser sincera, creo me quedé congelada en el tiempo con ocho años en su mente y recuerdos.

—Si ya es toda una mujer, cariño, ya no tiene seis años —soltó mamá para restarle nostalgia al encuentro.

—Para mí siempre será mi Ágatha, cielo, mi niña chiquita —reiteró papá con las lágrimas queriendo escapar de sus ojos.

—Vamos a casa —les pedí emocionada.
—¿A qué hora es la ceremonia?
—Aún hay tiempo —asegure.

Llevé a mis padres al *penthouse* y se quedaron maravillados al ver lo bien que lo mantenía.

Preparé una rica comida para los tres, y se nos fue el tiempo charlando, riendo, y contando anécdotas divertidas y claro, mi mamá en su lenguaje del amor, me llenó de regalos lujosos: un brazalete de *Tiffany & Co*, un bolso *Chanel*, un gorrito *Prada*, unas zapatillas *Manolo Blanik* y demás cosas que cargaba en su abultado equipaje. Por su parte, mi padre no dejaba de besarme la frente desde que me vio.

—Sabes, cariño, tu madre y yo hemos llegado a una conclusión —soltó de pronto mi progenitor—: si no quieres ir con nosotros a París, puedes quedarte el departamento y comenzar tu vida aquí. Solo si así lo prefieres.

Solté el aire que estaba conteniendo en un suspiro profundo. Miré a mi alrededor y observé con atención cada detalle con el que lo había decorado, cada objeto que formaba parte de mí. Pero al final, y después de todo este tiempo, había tomado una decisión.

—El departamento es tuyo, papi, debes ponerlo en venta si es lo que deseas —le respondí con una sonrisa tomándolo de la mano.

—¿Y qué va a ser de ti, cielo? —me cuestionó mamá con un dejo de preocupación en sus palabras.

—Seguiré mis sueños —les confesé con una sincera sonrisa.

Me senté en el regazo de las piernas de papá y le devolví feliz el beso en la frente. Mi madre se puso a la par de nosotros y nos envolvió en un cálido abrazo.

Horas más tarde, me relajaba con dos rodajas de pepinos sobre los ojos y con una mezcla de mascarillas sobre el rostro. Mi madre tomó mi mano luego de que se quitara las rodajas de pepino de sus ojos.

—Cielo, y… ¿hay alguna novedad? ¿Algún galán?

—Sí madre. Lo hay. Lo van a conocer esta noche. Es… es el amor de mi vida —le confesé sin duda alguna.

Mamá se llevó la mano al pecho mientras me miraba con cierta ternura, aún y cuando ambas teníamos la cara llena de cualquiera que sea lo que teníamos untado.

Las chicas que contraté para el spa nos limpiaron la piel y comenzaron a maquillarnos.

Me miré por última vez al espejo y después de todo, mi padre tenía razón: había cambiado. No tanto físicamente, sino todo dentro de mí, mis pensamientos, metas, y sentimientos ya no eran los mismos desde hacía un año atrás, y eso se reflejaba en mi sonrisa y la luz de mis ojos. Sonreí, pues me gustaba lo que veía en el espejo. Por primera vez en la vida me sentía completa. Estaba segura de que, con el apoyo y amor de mis padres y Salvador de mi mano, todo iría bien, sea lo que sea que me trajera el destino. Toqué mi reflejo en el espejo con ternura.

Observé a consciencia mi ser envuelto en un precioso vestido de fina seda en color oro rosa. Era largo y llevaba una abertura en la pierna derecha y un escote en el pecho. Era verdaderamente hermoso y especial para mi última noche en la escuela.

Me puse un collar largo de oro sobre la piel desnuda que dejaba el vestido y unos pequeños aretes. Mi piel dorada parecía combinar perfecto con la suavidad de la tela y el moño bajo que llevaba hoy.

Di un salto del susto cuando mamá tocó la puerta de mi habitación.

—Sí, má, aquí estoy —salí de mi ensoñación casi olvidando por completo que no estaba sola en casa.

—Cariño, te llama el portero, tiene algo para ti.

Fui hasta ahí y di acceso.

Cinco mensajeros subieron cargados de rosas rojas y entraron a adornar con aquellas bellezas de aroma espectacular toda mi estancia. El último hombre me entregó una tarjeta:

Mil rosas para la graduada más hermosa del mundo.
Me muero por verte para también darte mil besos.

Estoy ansioso por conocer a tus padres.
Tu Salvador.

Sonreí.

—¿Estás lista, cielo? —preguntó mamá.

—Lista —afirmé.

Mis padres me dieron un último beso en la mejilla mientras que las puertas del ascensor se cerraban.

Llegamos al gran jardín principal del colegio, el cual estaba adornado con miles de flores. Al entrar me entregaron el birrete y la toga y mis padres tomaron sus sitios.

El corazón comenzó a acelerárseme cuando vi a Salvador acercarse a mí, tan guapo, tan perfecto, tan…, él. Vestido tan elegante, oliendo maravillosamente, con su cabello precioso y su sonrisa que me seguía moviendo el piso.

—No puedo describir lo hermosa que eres —elogió antes de darme un beso sobre los labios.

—Salvador, te ves… te ves… ¡Dios! ¡Eres perfecto! —exclamé llevándome la mano a la boca de la impresión.

Él me sonrió y volvió a besarme.

—Ah, y gracias por todas las flores —completé.

—Nada es demasiado comparado contigo. ¿Me presentas a tus padres?

Las mariposas me revolotearon en el estómago nerviosas.

—Claro, ven.

—Dame un segundo —me pidió y luego caminó hacia las mesas, de donde regresó acompañado de ¿sus padres?

—Mamá, ella es mi Dessiré Fontana —dijo dirigiéndose a la rubia mujer a su lado.

—¡Es bellísima! —respondió su madre antes de darme un cálido abrazo inesperado.

—¡Es un gusto conocerte! —completó su padre antes de darme un beso en la mejilla.

Por eso Salvador era tan apuesto, tenía bien de dónde sacar esos privilegiados genes, su padre era ¡guapísimo!, y su madre una

belleza de mujer elegante.

—Mamá, papá —dije mirándolos a los ojos—, él es… el hombre del que estoy total y completamente enamorada: Salvador Dieste.

El corazón me latía como tambor en mi pecho, pero la frecuencia de mis latidos encontró su ritmo normal cuando mamá lo abrazó, y mi padre estrechó su mano. Luego mi madre abrazó también a la madre de Salvador y comenzaron a charlar sobre la fantasía que era la decoración del lugar.

Fue un momento ameno y especial.

Una vez en la ceremonia, sin esperarlo recibí el reconocimiento por el más alto desempeño académico, o sea, en pocas palabras: fui la más destacada de la escuela, teniendo el promedio más alto de la carrera y el posgrado; lo cual provocó el llanto emotivo de mi madre.

Me paré entre los efusivos aplausos de los presentes y subí hasta el atril para recibir el reconocimiento. El profesor Ross fue el encargado de entregármelo, pero aproveché para preguntar algo que me inquietaba el alma. Pregunté casi con un murmullo y por debajo del sonido de los aplausos por mi profesor, por Arturo. El académico me respondió que ya se había efectuado su cambio a Francia. Sentí una opresión en el pecho, pero aun así sonreí y agradecí.

Después de la ceremonia llegó la fiesta. Todo era maravilloso, lleno de flores, velas, globos y luces que nos llenaban de una sensación de gozo y felicidad. Salvador y yo bailamos toda la noche bajo el cielo estrellado. De verdad no había nada que faltara, todo era perfecto; tenía a las personas que más amaba en el universo: mis padres y a él.

—"Bailar bajo las estrellas, en un cielo limpio y con el firmamento brillante" —soltó Salvador sobre mi oído mientras yo apoyaba mi cabeza en su pecho al compás de la música.

—¿Qué dices?

—Tú lo dijiste, en tu *bucket list.* ¿Este cielo cuenta como tal?

Volteé a mirarlo y vi el velo de estrellas que cubría la noche.

—Es perfecto. Otro sueño más cumplido a tu lado.

—Siempre haré hasta lo imposible por ayudarte a cumplirlos todos.

—Te amo, Salvador. Te amo como jamás lo imaginé, como nunca antes lo sentí.

—Yo te amo más, brujita mía.

—¡Salvador! —reproché con un puchero y él se echó a reír.

—¿Ya viste quién viene a prisa en la entrada?

Volteé hasta ahí y vi a Valentina corriendo hacia mis padres.

—Tarde… como siempre —dije entre risas.

—Yo diría que justo a tiempo —opinó Salvador sobre mi oído.

De pronto bajaron el volumen de la música y la gente despejó la pista, y, en medio de mi confusión y debajo de las luces, Salvador me tomó de la mano y luego dijo:

—Aunque te me hayas adelantado a mis planes, aquí, rodeados de todas estas personas y de frente a los que más te aman en todo el mundo: tus padres; quiero decirte que eres la mujer de mi vida, la razón por la que quiero ser un mejor hombre, cuidarte, amarte y respetarte siempre, y ayudarte a cumplir todos tus sueños. Anhelo también que seas la compañera de mi camino, mis pasos y mi vida. Te amo como jamás lo hice con nadie, es por eso que, también con mis padres presentes, quiero pedirte una cosa.

Las rodillas me estaban temblando, el corazón se me quería salir del pecho y las lágrimas me nublaban la vista. Por mi mente pasaron un montón de instantáneos recuerdos desde el primer día que nuestras miradas se cruzaron en aquella fiesta; eran como pequeños destellos de memorias que guardaba mi corazón. Aquella vez que le negué el beso jugando a la botella, cuando volví a verlo en el café y discutimos, cuando me salvó de aquel tipo en el bar, cuando amanecí en su habitación, cuando me veía con ternura mientras me pintaban un retrato, cuando me llevó a lo alto de la montaña y vimos el amanecer, cuando lo vi orando en la iglesia, cuando salí por él en plena tormenta, cuando me llevó a su rincón secreto, cuando me dijo que estaba orgulloso de mí en la colecta de donaciones, cuando el agua nos empapaba en mi regadera, cuando lo besé ebrio bajo la lluvia, cuando le curé las heridas, cuando corrí por toda la escuela a su encuentro para besarlo de nuevo, cuando

nos coronaron rey y reina, cuando se vistió de Santa Claus y entró a mi apartamento, cuando bailamos, cuando abrió los aspersores de la piscina y me besó…, y ahora verlo aquí, hincando una rodilla, sosteniendo un diamante color turquesa como el mar en forma de anillo…

—Ágatha Dessiré Fontana Rodríguez:

Llevé mis manos a mis mejillas para limpiarme las lágrimas.

—¿Me harías en honor de casarte conmigo?

Capítulo 30

Cinco años después.

La luz del sol me daba directo en la cara, y un cosquilleo iba desde la planta de mis pies subiendo poquito a poco hasta detenerse en mi entrepierna. Me hizo soltar una pequeña risita y contraer mis muslos. Seguía con los ojos cerrados y la excitación me iba erizando la piel, cuando por debajo de la sábana, se detuvo en mis pechos. Solté un leve gemido de placer pero pronto los besos provocantes llegaron hasta mi boca para ahogarlo.

—Buenos días, amor —me saludó al oido y con la delicada yema de sus dedos acarició el borde del encaje de mis bragas por debajo de la sábana.

Luego, su mano acarició mi trasero y contorneó mi cintura subiéndome el ligero camisón de seda a su paso.

—Solo tenemos cinco minutos antes de que…

La puerta de la habitación se abrió de golpe y, un hombrecito de tres años y una mujercita de dos, llegaron corriendo en pijamas y se subieron a saltar sobre la cama.

—Mami, mami, Salvador no quiere compartir sus juguetes —chilló nuestra hija.

—Campeón, debes hacerlo, es tu hermana —le dijo su padre al pequeño que ahora estaba sobre su espalda.

—No quiero —soltó—. Victoria le quiere pintar de rojo la boca a mis superhéroes —se lamentó.

—Vengan con papá los dos —indicó Salvador llevando en sus brazos a la pequeña niña y al rubiecito colgado en su espalda—. Hoy van a pasar la tarde conmigo en el hotel porque mami se ocupará —atinó a decir antes de los pequeños lo llenaran de besos en la cara.

Me senté sobre la cama y recogí mi cabello en una coleta alta mientras miraba aquella dulce escena.

—Dess, llamó tu publicista, tienes que mandar el capítulo final de tu libro para que comiencen a programar el primer tiraje y el tour de la firma.

—Gracias, mi amor —dije yendo hasta él para darle un beso sobre los labios.

—Niños, caminen a tomar un baño —alentó mi esposo dándoles una juguetona palmada en el trasero a los chiquillos, que se fueron entre risas y gritos corriendo a sus habitaciones.

Suspiramos. Volvíamos a tener aunque fuera solo por unos minutos, tiempo a solas para nosotros.

—Feliz quinto aniversario, mi amor —dijo Salvador clavando sus ojos castaños en mí.

—Feliz quinto aniversario, vida mía.

Le eché las manos alrededor del cuello y continué lo que habíamos dejado pendiente en la cama. Lo besé, primero suave y luego con más pasión mientras mis manos traviesas bajaban sobre su torso desnudo y se detenían sobre la abultada parte delantera de sus boxers.

—¿Lo hacemos rapidito en el baño? —me incitó al oído.

—Por favor —susurré con el deseo a flor de piel de volverlo a tener dentro de mí, como si toda la noche anterior no nos hubiese bastado.

Entramos besándonos el cuerpo como dos adolescentes cuando escuchamos del otro lado de la puerta:

—¿Papi?

Ambos reímos y pusimos los ojos en blanco. Di un salto del lavabo, donde ya estaba sentada. Abrí la puerta y el pequeño rubio estaba ahí.

—¿Lo dejamos para esta tarde? —pregunté rendida.

—Estaré, te juro, contando los minutos.

Cuando salí de la ducha y me alistaba frente al espejo poniéndome mi neopreno, desvíe la mirada hacia mi esposo. Estaba perfeccionando con algún producto su ahora más rubio cabello debido al sol, recién se había afeitado y seguía teniendo aquella carita de niño guapo, se puso loción y me regresó la mirada en el

reflejo del espejo. Habíamos crecido. Cinco años de matrimonio y dos hijos juntos no venían solos. Lucíamos más maduros, más entregados, con más experiencia, pero, si me dejas decir, fisicamente igual que el día en que nos conocimos, aunque claro, ahora nuestra piel llevaba un moreno más sensual por los besos diarios del sol.

—Te amo —me dijo con un brillo hermoso en la mirada que me decía que era feliz, tanto como yo con mi vida soñada a su lado.

Me acerqué a él, le acaricié de nuevo el rostro con suavidad y lo besé.

—También te amo, Salvador Dieste.

Como si estuvieran esperando el momento en el que mami y papi tuvieran un romántico encuentro a solas, entraron los chiquillos, bañados y muy guapos a completar nuestro sueño.

—Amor, tengo que ajustar los presupuestos de este año. Estaré en el hotel. Me llevo a los niños, ¿a qué hora vuelves?

—Calculo que para las cinco estoy aquí —le respondí—, voy a surfear un rato y luego iré a la fundación.

—¿Con los delfines, mami? —preguntó mi hijo que estaba en su etapa más curiosa.

—Así es, cielo —le respondí dándole un beso sobre la frente.

—¿Por qué mami siempre está con los delfines? —siguió indagando el pequeño.

—Porque mami tiene fundaciones para salvar a los delfines, campeón —respondió Salvador mientras le acomodaba los cabellos castaños a nuestra hija tras sus orejitas.

—Te veo esta noche para celebrar, mi Dess.

—Te amo, Salvador —le recordé muy cerquita de su boca.

—Te amo, Dessiré —correspondió acariciando mi mejilla.

Todos nos encaminamos a la puerta y, con los pies descalzos, bajé los escalones de madera. Sentí la deliciosa y blanca arena colarse entre los dedos de mis pies y les di un beso a los tres.

Salvador y el pequeño tomados de la mano y Victoria en los brazos de su papá, caminaron por la orilla del mar hasta llegar a nuestro hotel que se encontraba a menos de doscientos metros de nuestro hogar.

Sonreí al verlos alejarse.

Volví a entrar a casa, tomé mi tabla de surf y caminé al mar.

Comencé a equilibrarme sobre las olas sintiendo la brisa fresca darme sobre la cara, la luz y el calor del sol colándose entre ellas, las gaviotas volando y el agua del mar bañando mi cuerpo; una sensación de libertad, amor, plenitud y felicidad. Amaba esa sensación, de verdad.

Un par de horas más tarde me reuní con mis compañeros de *Dolphin Life* y revisamos los presupuestos para el año que había iniciado.

—¿Cómo sigue Lola? —cuestioné a mi compañero biólogo marino y veterinario acuático.

—En reposo, ya dio a luz esta mañana.

Emocionada me dirigí al lugar donde la estaban tratando, ya que la habíamos encontramos herida y gestando. Mi equipo de trabajo y yo la rescatamos y le dimos los cuidados necesarios.

Me acerqué a la piscina y la acaricié con amor. Ella me regaló un beso sobre la mejilla en forma de agradecimiento y me dejó acariciar un poco a su cría.

—Creo que dos días más y está lista para volver al mar, o ¿tú que opinas?

Él asintió.

Cuando volví a casa, tomé un delicioso baño disfrutando de mí y el sonido de las olas romperse tras mi ventana. Tenía una vista perfecta desde el jacuzzi: llena de azul y de vida. Mi hogar, el mismo que siempre soñé.

Preparé la pequeña mesa de nuestro patio trasero con una deliciosa cena para celebrar nuestro aniversario. Con el sol en el horizonte y la vista predilecta al mar. Escuché la llegada de Salvador y corrí a llenarlo de besos.

—¿Y los niños?

—Hoy es nuestro día, amor. No te preocupes por ellos, están en buenas manos —dijo antes de darme un beso apasionado.

—Tengo la cena lista —informé llevándolo de la mano hasta el jardín.

Tomamos asiento y disfrutamos de nuestra compañía, tomando vino y degustando el menú a la vez que mi esposo me contaba cómo iban las cosas en los hoteles y yo le conté acerca de Lola y de todo el proceso que había llevado con su cría. Luego, tan solo nos tomamos de la mano y contemplamos cómo caía el atardecer.

Salvador se acercó a mí y comenzó a dejarme besitos suaves por el rostro y luego por el cuello. Cerré los ojos al sentir sus manos en mi piel, pero luego los abrí al notar que me colocaba algo sobre el cuello: era un diamante en color turquesa en un collar que hacía juego con el anillo de compromiso que me había dado años atrás. Era realmente precioso, del color del mar.

—Feliz aniversario, vida mía.

Lo tomé de los hombros y lo atraje hacia mí con un beso. Salvador me cargó y me llevó hasta el amplio sofá de jardín. Nuestra ropa cayó al suelo y me quedé solo con la joya puesta sobre mi cuello y mis inseparables anillos, símbolo de nuestra unión. Me besó cada centímetro de la piel cuando los últimos rayos dorados del sol se aferraban a derramar su calidez sobre nuestros cuerpos sudados al vaivén de nuestros movimientos, hasta que la luz de la luna bañó las aguas del mar.

Se levantaron las estrellas en el cielo y la luna se posaba gigantesca y brillante alumbrando nuestros cuerpos y almas con su luz. El clima cálido del paradisiaco lugar nos hacía tener magia sobre los hombros. Y ahí, con los latidos de nuestros corazones con la frecuencia más alta de lo normal a consecuencia del delicioso éxtasis que alcanzamos juntos y nuestra mirada puesta en las estrellas le dije:

—Salvador —él desvió su atención a mí—. Me haces total e inmensamente feliz en todos y cada uno de los aspectos. Eres el mejor esposo, cómplice, amante, amigo, compañero de vida y el mejor padre del mundo. Has cumplido cada uno de mis sueños, mi amor, desde que te siguiera en aquel taxi, hasta darme la familia que

siempre soñé, y… este hogar de ensueño a la orilla del mar… —completé luego de que el calor del deseo en mi cuerpo se convirtiera en nostalgia que buscaba escaparse de mis ojos. Así que mejor le volví a besar con sabor a lágrimas y sal.

—Aunque eres una mujer fuerte, te sepas cuidar sola y no demuestres tus debilidades, siempre supe que quería protegerte, abrazarte muy fuerte y cuidarte toda mi vida. Desde el momento que te vi temblando de frio sabía que no quería verte así, quería que el sol besara tu hermosa piel, que los rayos dorados tocaran tus hombros, y tus pies corrieran descalzos y que bailaras feliz y libre sobre la orilla del mar, bajo la luna, bajo el sol, bajo las estrellas…

Apoyé mi cabeza en su hombro, sabiendo en más de una forma que estaba en casa.

—Vivo el cuento de hadas que siempre soñé, tengo a un rey, un príncipe, una princesa, y…

—¿Y?

—Uno más que viene en camino —le confesé tomando la mano de mi esposo sobre mi vientre.

Salvador se llevó la otra mano a la boca de la impresión y luego derramando felicidad y amor me llenó de besos toda la cara.

—¡Soy el hombre más feliz del mundo! Te amo, los amo —dijo llevando sus besos de mi cara hasta mi abdomen.

—Tengo *tickets* para todos, iremos a París a darle la noticia a nuestros padres. ¡Volverán a ser abuelos!

—Mamá se pondrá loca de alegría —presagió Salvador.

—La mía también —secundé con la emoción llenándome los ojos de lagrimas.

—Dessiré —interrumpió llevando con delicadeza la yema de sus dedos para limpiar mis mejillas—. Haberte encontrado es lo mejor que me pudo haber pasado en la vida. Quisiera pedirte que fueras mi esposa mil veces más, que nuestros destinos se volvieran a cruzar. Eres mi sueño cumplido, amor. Estoy tan enamorado de ti y —completó antes de que se le quebrara la voz— estoy tan feliz por nuestro nuevo bebé.

—Te amo, y sí, tenías razón desde ese día que me dijiste que serías mi Salvador. Nuestros *destinos cruzados* estaban escritos —

admití con una melancólica sonrisa.

—Te veías tan hermosa con esos labios rojos y tu cuerpo tan sexy, tu cabello…, toda tú llenabas cada lugar en el que estabas. Eras un misterio, un enigma que quería descubrir hasta que, al igual que todos, me enamoré de ti.

Lo besé, y fue un beso cargado de recuerdos, cargado de nostalgia, cargado de pasión, de agradecimiento y de amor. Un beso al hombre que había nacido para completar mi camino, aquel que sus manos estaban destinadas a que acariciaran mi cuerpo, limpiaran mis lágrimas, y se entrelazaran a las mías en el camino, durante todo lo que nos restaba de vida.

—¿Vamos por los niños?

—¿Les daremos la noticia de su hermanito?

—Creo que ya es hora —acerté sonriendo—. Solo espera un momento, amor, que ya regreso.

Apresuré el paso hasta mi oficina y prendí el *MacBook*. Abrí el documento de mi última novela y escribí el texto final:

"Ella pasaba la vida en zapatillas altas, con los labios entintados del más exquisito lipstick rojo, yendo cada fin de semana al salón de belleza y con costosa ropa de diseñador, sin imaginar que al final de cuentas el amor nos encuentra a todos, pues el hombre que el destino le reservó, la amaba tal cual era, así, sin maquillaje, despeinada, descalza y desnuda. Y aunque no era una princesa, sino una mujer real, con errores y defectos, la vida fue grandiosa y sus planes fueron perfectos, pues vivió por siempre feliz en su cuento de hadas".

Envié el correo a mi publicista con copia a mi editor y apagué la luz.

Alcancé a mi esposo y cerramos la puerta principal.

La luz de la luna bañaba con amor las aguas del mar y nuestros cuerpos andando sobre la arena con las manos entrelazadas, al encuentro de dos personitas que completaban nuestro cuento de hadas.

Agradecimientos:

Aunque Dessiré no fue la primer historia que nació de mi alma y corazón, y estuvo guardada por muchos años en la carpeta de mi MacBook llamada: "Mis sueños", sí que fue la primer valiente en darme esa corazonada para sacarla de ahí y que llegara al corazón de quienes quisieran leerla.

De verdad, no tengo palabras para poder agradecerte a ti que tienes mi historia entre tus manos, por el tiempo que le dedicaste a leer, a reseñar, a recomendar, por permitirme soñar despierta con todas aquellas historias que nacen en mi mente inquieta y se transforman en sentimientos que plasmo con todo el corazón en papel para ti.
De todo corazón deseo que la hayas disfrutado mucho.
El ser escritora no es un camino fácil, pero recuerda que todo en la vida vale la pena intentarlo solo si creemos en nosotros mismos.

Juliana Zavala

About The Author

Juliana Zavala



Desde Monterrey, Nuevo León, México. Publicista de profesión, escritora por vocación, y con una serie de novelas escritas, siendo Dessiré la primera publicada.

Amante del sol, el cielo, las estrellas y el destino, está convencida que el universo siempre conspira a favor de los que creen. Ama los finales felices, por eso los escribe.

Redes sociales:
@EntreCapítulosyLetras